
ROBINSON
MURIEL SPARK
PIERNA NORTE
RODILLA NORTE
BRAZO NORTE
Bahía de Vasco da Gama
Bahía de los Tiburones
PIERNA OESTE
Montaña
CABEZA
Bahía de las Granadas
Bahía del Brazo Sur
BRAZO SUR
N
W
E
S
1. Restos del avión
2. Casa de Robinson
3. Lago azul y verde
4. Campo de mostaza
5-6. Caminos que llevan a la playa de arena blanca
7. Playa de arena blanca
8.13.18. Túneles secretos
9. Granja y molino abandonados
10. Cementerio
11. El Mercado
12. Acantilados escarpados
14. El Horno
15. Plantaciones de granadas
16-17. Rocas de lava
19. Pasturas

ROBINSON

MURIEL SPARK

Muriel Spark

Robinson

Traducción de *Ernesto Montequin*





Título original: *Robinson*

Aguilar 2023
Buenos Aires, Argentina
www.labestiaequilatera.com
info@labestiaequilatera.com

eISBN: 978-987-1739-63-9
Diseño de cubierta: Juan Pablo Cambariere
Conversión a formato digital: Cecilia Espósito

Spark, Muriel
Robinson. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: La Bestia Equilátera, 2013.
EBook

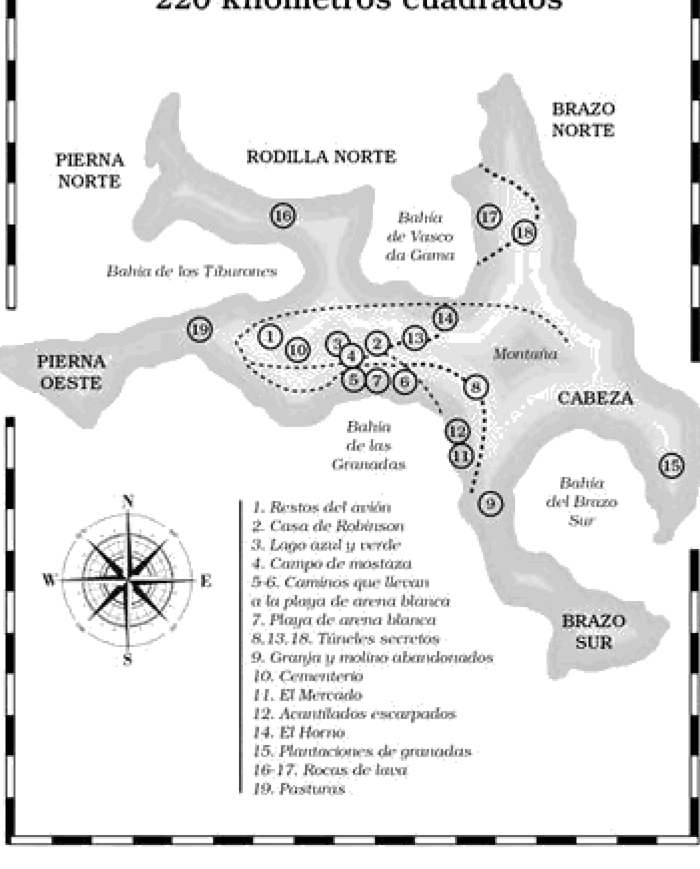
Traducido por: Ernesto Montequin
ISBN 978-987-1739-63-9

1. Narrativa Inglesa. 2. Novela. I. Título
CDD 823

Para mi madre y mi padre
con amor

MAPA ROBINSON

220 kilómetros cuadrados



CAPÍTULO I

Si me preguntaran qué recuerdos tengo de la isla, cómo fue estar varada allí por accidente durante casi tres meses, respondería que habría sido un paisaje y un tiempo imaginarios, si no fuera por los signos visibles que prueban su materialidad: mi diario, la gata, los recortes de periódicos, la curiosidad de mis amigos y también mis hermanas, que siempre me miran, creo, como a alguien que hubiese vuelto de entre los muertos.

Habrán leído acerca del incidente en los artículos de la prensa, donde se incluían algunas fotografías aéreas de la isla en las que, al verlas mucho tiempo después, me costó reconocer el escenario de lo que voy a contarles. En primer lugar, el diario es lo que me ayuda a orientarme. Despliega ante mí la trama de pensamientos y de acciones oculta entre los hechos que registré. Por mi diario estuve a punto de encontrar la muerte.

Tres de nosotros fuimos expulsados del avión en llamas cuando se desplomó en la isla de Robinson. Éramos los únicos sobrevivientes de veintinueve pasajeros, con la tripulación incluida y, como ustedes saben, se nos consideró perdidos hasta que nos encontraron dos meses y veintinueve días más tarde. Sufrí un fuerte golpe en la cabeza y la dislocación del hombro izquierdo. Jimmie Waterford solo se hizo algunos cortes y raspaduras. Tom Wells quedó con algunas costillas fracturadas. Me recuperé pronto y no habían pasado diez días en la isla cuando empecé a llevar mi diario en un cuaderno de hojas humedecidas que Robinson me dio con ese propósito. Veo que empecé por escribir mi nombre, el lugar y la fecha, como sigue:

January Marlow,
Robinson
20 de mayo de 1954

Me llamo January porque nací en enero. Me gustaría aclarar que jamás me llamaron Jan, aunque algunos de los periódicos utilizaron ese nombre en sus titulares cuando se conoció la noticia de que nos habían rescatado.

En aquel momento Robinson pensó que llevar un diario mantendría ocupada mi mente y yo fantaseaba que más adelante podía usarlo como material para una novela. Eso fue algo bastante extraño, ahora que lo pienso, porque entonces no había anticipado que el diario se volvería en mi contra, a tal punto que, habiendo sobrevivido al accidente de avión, me pondría casi al borde de la muerte.

A veces no recuerdo con precisión los detalles de hechos recientes hasta que alguna palabra o un objeto, casi sacramental, roza mi memoria y de pronto el pasado desfila ante mí, dejándome absorta, como cuando decimos que ha pasado un ángel, y entro en él como en el haz de un reflector.

Cuando volví a mirar, hace poco tiempo, mi diario de la isla, encontré las palabras: "Robinson nos hizo escuchar a Rossini en su gramófono". Recordé entonces no solo la adicción de Robinson a Rossini, sino todo lo que pensé aquella noche. Era el veinticinco de junio, poco antes de que Robinson desapareciera. Recuerdo que aquella noche, era mi séptima semana en la isla, salí de la casa de Robinson y bajé por el camino de la montaña entre las siringas azules hasta llegar a la costa. Era una noche cálida, sin neblina, con luna llena. Sentí ganas de abrir los brazos y adorar la luna. "Pero", me dije, "soy cristiana". Aun así sentí esa atracción horrible y sensual hacia la luna y regresé a la casa levemente perturbada.

Mientras yacía aquella noche en mi colchón recordé que mi abuela de Hertfordshire solía recitar unos versos a la luna nueva, sin importar si estaba sola o en una calle llena de gente. Volví a verla entonces en el recuerdo, como la veo ahora, dando un paso al costado del camino, con la mirada fija en la pálida luna creciente recortada contra el oscuro cielo del norte:

Luna nueva, luna nueva, sé buena otra vez
Y tráeme regalos, uno, dos, tres.

Y luego se inclinaba tres veces. "Uno", repetía. "Dos. Tres". Cuando era niña me avergonzaba cada vez que salía con ella durante la luna nueva. Temía a cada momento cruzarme con una de mis compañeras de escuela y que me asociara con esta conducta excéntrica. Me distraigo,

porque todavía estoy un poco embriagada con el recuerdo de mi deseo repentino de adorar la luna entre las altas siringas y la santa rita durmiente, con el mar en mis oídos.

Era la única mujer en la isla. Y dicen que la mentalidad pagana puede imponerse en las mujeres en cualquier momento, más aún en una isla y sobre todo en una isla como aquella. No me refiero solo a la luna ni al accidente. Pienso ahora que mis percepciones durante todo aquel período tenían una cualidad preancestral, que había un encantamiento, una fuerza primitiva y visceral que probablemente nos impulsaba a todos.

A veces la gente me dice: "Si usted no hubiera hecho ese viaje…", "Qué pena que no haya tomado un vuelo anterior…" o "¡Pensar que estuvo a punto de viajar por mar!".

Tiendo a rechazar la idea que yace detrás de estos comentarios así como rechazo la idea de que es mejor no haber nacido.

El avión se estrelló el diez de mayo de 1954. Iba rumbo a las Azores, pero no encontró el aeropuerto de Santa María a causa de la niebla. Desperté en la orilla de un lago azul y verde en medio de la montaña y de inmediato pensé: "El barco bananero debió de haber naufragado". Y volví a perder el conocimiento.

Es cierto que estuve a punto de tomar un barco bananero que iba hacia las Antillas y que haría una escala en las Azores, pero poco a poco mis amigos fueron disuadiéndome a medida que observábamos a los indios, daneses e irlandeses que vagaban en los muelles de la Compañía de las Indias Orientales en Londres. Y por eso en mis sueños, aunque finalmente había tomado la costosa ruta aérea de Lisboa, todavía existía el barco bananero.

Cuando desperté por segunda vez me hallaba en la casa de Robinson. Estaba tendida sobre un colchón colocado en el piso y al moverme sentí un dolor agudo en un hombro. A través de la resolana que entraba por una puerta entornada podía ver un extremo del lago azul y verde. Al parecer estábamos a una altura considerable, en la ladera de una montaña.

Podía oír que alguien se movía en uno de los cuartos contiguos, ubicado a mi izquierda. Algunos segundos después oí las voces de dos hombres.

—¡Basta! —grité. Las voces callaron. Luego una murmuró algo.

Enseguida una puerta se abrió a mi izquierda. Intenté girar, pero el

dolor me detuvo, y esperé mientras un hombre entraba en la habitación y caminaba hacia mí.

—¿Dónde estoy?

—En Robinson —dijo.

—¿*Dónde*?

—En Robinson.

Era bajo y robusto, con la cara curtida y el pelo canoso y enrulado.

—En Robinson —repitió—. En el océano Atlántico Norte. ¿Cómo se siente?

—¿Quién es usted?

—Robinson —dijo—. ¿Cómo se siente?

—¿*Quién*?

—Robinson.

—Creo que tengo una conmoción cerebral —dije.

—Me alegro de que piense eso porque es cierto —dijo—. Saber que uno tiene una conmoción cerebral cuando la tiene es un tercio de la cura. Veo que usted es inteligente.

Al oír esto decidí que Robinson me gustaba y volví a dormirme. Me sacudió hasta despertarme y puso ante mis labios un jarro de leche agria y tibia. Mientras yo la tragaba, dijo:

—Dormir es otro tercio de la cura y la alimentación es el restante.

—Me duele el hombro —dije.

—¿Cuál?

Toqué mi hombro izquierdo. Estaba cubierto de vendas.

—¿Cuál hombro?

—Este —dije—, el que está vendado.

—¿*Cuál* hombro? No lo señale. Piense. Descríbalo.

Me detuve a pensar. Enseguida dije:

—El hombro izquierdo.

—Es cierto. Se recuperará pronto.

Un gatito de pelo sedoso azul grisáceo entró, se sentó en el umbral y se puso a mirarme entrecerrando los ojos hasta que me dormí.

Esto sucedió veinticuatro horas después del accidente. Cuando volví a despertar era de noche y tuve miedo.

—¡Basta! —grité.

No hubo respuesta. Entonces, luego de unos minutos, volví a gritar:

—¡Basta, Robinson!

Algo suave y vivo saltó sobre mi pecho. Grité, me incorporé a pesar

del dolor que el movimiento me provocó en el hombro. Mi mano alcanzó a tocar pelo suave mientras la gata bajaba de un salto al colchón.

Robinson entró con un quinqué y se inclinó para examinarme bajo su luz.

—Pensé que era un ratón —dije—, pero era la gata.

Dejó la lámpara sobre una mesa lustrosa.

—¿Se asustó?

—Bah, soy bastante valiente. Pero primero fue la oscuridad y después la gata. Pensé que era un ratón.

Se inclinó y acarició a la gata, que se restregaba contra sus piernas.

—Se llama Bluebell —dijo y salió del cuarto.

Lo oí moverse en la habitación contigua y poco después volvió con un tazón de sopa picante y caliente. Parecía cansado y suspiró varias veces mientras me hacía tomarla.

—¿Cómo se llama? —preguntó.

—January Marlow.

—Piense —dijo—. Trate de pensar.

—¿Pensar en qué?

—En su nombre.

—January Marlow —dije y apoyé el tazón de sopa en el piso.

Levantó el tazón y volvió a ponerlo en mi mano derecha.

—Beba un poco y mientras tanto piense. Usted me dijo el mes y el lugar de su nacimiento. ¿Cuál es su nombre?

Este error me alegró, me dio confianza.

—Me pusieron January, un nombre inusual, porque nací en…

Lo entendió enseguida.

—Ah, sí. Ya veo.

—Pensó que era mi conmoción cerebral —dije.

Esbozó una sonrisa.

De pronto, dije:

—Debe de haber ocurrido un accidente. Viajaba en el avión de Lisboa.

Bebí unos sorbos del caldo mientras trataba de dilucidar las implicancias de mis palabras.

—No se esfuerce tanto —dijo Robinson—, no puede pensarlo todo de golpe.

—Recuerdo el avión de Lisboa —dije.

—¿Viajaba con amigos o con parientes?

Yo sabía la respuesta a esa pregunta.

—No —dije enseguida, casi gritando.

Robinson permaneció inmóvil y suspiró.

—Pero tengo que mandar un telegrama a Londres en la mañana —dije.

—En Robinson no hay oficina de correo. Es una isla muy pequeña. —Y agregó, porque supongo que puse cara de sorpresa—: Está a salvo. Creo que mañana podrá levantarse. Entonces lo verá por sí misma.

Tomó el tazón vacío y se sentó en una silla alta de mimbre. La gata saltó sobre su regazo. “Bluebell”, murmuró. Yo lo miraba acostada, semicomatosa, y me daba trabajo ordenar mis pensamientos y colocarlos en una frase. Finalmente dije:

—¿Le importaría decirme si hay alguna enfermera, alguna mujer, por aquí?

Se inclinó sobre mí como si buscara atraer mi atención.

—Eso será una dificultad para usted. No hay mujeres en la isla. Pero cuidarla no es un problema para mí. Será por poco tiempo. Además, es necesario. —Apartó a la gata de su regazo—. Piense que soy un doctor o algo parecido.

Una voz de hombre llamó desde el interior de la casa.

—Es otro de los pacientes —dijo Robinson.

—Cuántos… el accidente. ¿Cuántos?

—Volveré pronto —dijo.

Mientras desaparecía de mi vista pensé que se veía fatigado. Bluebell arqueó el lomo, trepó a mi colchón, se hizo un ovillo y empezó a ronronear.

Estábamos a miles de kilómetros de todo. Creo que aún persistían los efectos de la conmoción cuando me levanté, la cuarta mañana después del accidente. Me tomó cierto tiempo conocer los detalles de la casa de Robinson y no fue sino hasta la semana siguiente cuando empecé a preguntarme acerca de su extraño aislamiento.

Para entonces ya no había esperanza de un rescate inmediato. Muchos de ustedes recordarán que todo el Atlántico estaba avisado, que aviones militares y comerciales nos buscaban y que todos los barcos se mantenían alerta en busca de sobrevivientes o de trozos de la aeronave. Entretanto, allí estábamos en Robinson, con los restos del avión y los cadáveres. La isla estaba envuelta en niebla cuando llegó la primera

expedición de rescate poco después del accidente. Robinson había encendido luces de bengala cada noche, pero cuando las patrullas volvieron, dos noches más tarde, un torrente de lluvia las había apagado. En ambas ocasiones, el avión se había retirado rápidamente del banco de niebla, por temor a chocar con la montaña. No había nada que hacer, salvo esperar el barco que pasaría por la isla en agosto para recoger la cosecha de granadas.

Cuando me levanté un poco mareada del colchón, sentí dolor en el brazo izquierdo, que llevaba en cabestrillo, pero a pesar de ello y de lo aturdida que estaba, Robinson me puso de inmediato a cuidar a Tom Wells, que yacía con las costillas rotas, enfundado en un apretado chaleco que Robinson había hecho con tiras de lona, cosidas en diagonal de atrás hacia delante, en capas que se superponían en las dos terceras partes de cada una. Robinson explicó con sumo cuidado la función de ese chaleco antes de decirme que de ningún modo debía quitárselo al paciente. Mis horas de trabajo iban desde las ocho de la mañana hasta las tres de la tarde, cuando Robinson me reemplazaba.

Un hombre alto y delgado, con la cabeza correctamente vendada, hacía los turnos de la noche, y creo que Robinson también lo reemplazaba durante la noche para que siempre hubiese alguien para atender a Tom Wells.

Robinson me había presentado al hombre alto; recuerdo que me llamaba “señorita January”, pero no retuve su nombre aunque me resultaba familiar. En aquellos primeros días pregunté varias veces a Robinson quién era el otro enfermero y cómo se llamaba, pero tardé una semana entera en recordar el nombre, Jimmie Waterford. Jimmie se mostraba muy amistoso conmigo, como si nos conociéramos de antes. Tardé bastante en recordar que lo había conocido en el avión de Lisboa. Sin embargo, el monosilábico Tom Wells se grabó en mi mente de inmediato.

Por aquel entonces advertí la presencia de un niño frágil y menudo, de unos nueve años de edad, de piel oscura y grandes ojos. Lo había visto la primera vez que me levanté, pero durante varios días no reparé en él. Seguía a Robinson por doquier. Cumplía algunas tareas, como traer a la casa pequeños atados de leña y preparar el té. Se llamaba Miguel.

Durante las mañanas, Robinson me daba instrucciones. Las seguía al pie de la letra, como si estuviese atontada e incapaz de sentir curiosidad alguna. Mientras tanto, Robinson y el hombre alto se ausentaban juntos durante dos o tres horas cada vez.

Además de ser quien había recibido las heridas más graves, Tom Wells era un paciente difícil. Se quejaba y hacía ruidos casi todo el día, aunque Robinson le aplicaba inyecciones. Parecía haber comprendido nuestra situación y de hecho, en aquel momento, era más consciente que yo. Siempre he detestado a las enfermeras que son intolerantes con sus pacientes, pero muy pronto me volví irritable y brusca con Tom Wells, como si hubiera nacido para ello. Cuando me oía decirle al hombre que dejara de hacer tanto ruido, que se comportara o que bebiera esto o aquello, y frases por el estilo, Robinson sonreía con desgano. Todo esto sucedía antes de que yo hubiera asimilado mi nuevo entorno. Sabía, con una indiferencia inhumana, que había ocurrido un accidente. Acepté resignadamente la situación de hallarme en un lugar desconocido, que Robinson diera órdenes y que yo debiera cuidar a Tom Wells determinadas horas del día.

Exactamente una semana después del accidente, Robinson me dijo, mientras desayunábamos: "Intente comer lo menos posible. La mayor parte de nuestra comida es enlatada y yo no esperaba huéspedes".

Fue entonces cuando me di cuenta de que estaba comiendo. Robinson me había procurado alimento y en ese momento advertí que había estado consumiéndolo. Miré mi plato sobre la mesa redonda de madera clara. Acababa de terminar una porción de legumbres amarillentas. Junto a mi plato había un bizcocho grueso y duro a medio comer, igual a los que recordaba haber sumergido en el té cargado y tibio durante los últimos días. A partir de entonces presté atención al lugar con mayor detenimiento. Cuando aquel día empecé a actuar independientemente de Robinson, él pareció aliviado. Dos días después me dio el cuaderno para que escribiera mi diario.

Ansiaba estar de vuelta en casa, riéndome con Agnes y Julia, como cuando ellas venían a tomar el té en las tardes de invierno. Lo que más nos gustaba hacer con mis hermanas era reírnos de nuestras anécdotas de infancia y yo misma me sorprendía, más tarde, de mi propia inocencia.

Y sin embargo, en aquellos momentos, disfrutaba las tonterías que decíamos. Hubo un tiempo, después de haber abandonado la escuela para casarme, del nacimiento de mi hijo y de haber enviudado aquel mismo año, en que estuve distanciada de mis hermanas. De Agnes, porque era la mayor: huraña, soltera y resentida por mi aventura. Agnes vivía con nuestra abuela. Cuando la abuela murió, Agnes se casó con el médico; al menos se casó. Nos hicimos amigas, en la medida en que es

posible ser amiga de Agnes, que, para empezar, hace ruido cuando come.

Mi hermana menor, Julia, estaba todavía en la escuela cuando me escapé para casarme. Mi marido murió seis meses después. Traté de acercarme a Julia, tan alta y bonita. Pero la consideraban una descarriada; yo también pensaba que lo era.

—Julia solo habla de hombres, hombres y más hombres —dije una vez a Agnes.

—Oh, cállate —dijo ella.

Años más tarde, Julia se casó con un corredor de apuestas. Solo se casaron por civil. No me invitaron al casamiento. Vi al corredor de apuestas en el entierro de la abuela; al principio pensé que era el dueño de la funeraria.

—Creí que era el dueño de la funeraria —susurré a Agnes.

—Oh, cállate —dijo ella. No me dijo que planeaba casarse con el médico el mes siguiente.

Luego de eso, cuando nos reconciliamos, Julia y Agnes venían a tomar el té a mi casa pero rara vez yo las visitaba. Agnes vivía en Chiswick y Julia en Wimbledon; era una molestia ir a esos lugares desde Chelsea. Pronto descubrimos lo único que teníamos en común: nuestra infancia. Nos reíamos hasta que se hacían las seis de la tarde, cuando mi hijo Brian volvía a casa con la cara colorada luego de hacer deporte en la escuela. Mis hermanas jamás se iban antes de que él llegara. Supongo que me envidiaban por Brian, porque los años pasaban y ellas seguían sin tener hijos.

Cuando huí de la escuela y tuve a Brian, Agnes no demostró el menor interés por el niño. Solo demostraba curiosidad por mí. “Eres demasiado joven para esta clase de travesuras”, dijo desde su posición privilegiada como visitante en un hospital: ella, perpendicular; yo, horizontal. “Creí que eras una chica inteligente”, dijo.

Pero cuando vieron a Brian años más tarde, mis hermanas se sorprendieron, creo, por su docilidad; de algún modo esperaban que el hijo de una muchacha tan joven fuese un malcriado.

—Vaya —dijo Julia—, miren al hijo de January. ¿No es todo un hombrecito?

Pero todavía no habían descubierto la extraordinaria destreza social de Brian, aunque ese aspecto de su personalidad ya estaba, en plena adolescencia, muy desarrollado para su edad.

A menudo me preguntaba si Agnes y Julia se molestaban en venir

desde Chiswick y Wimbledon, en aquellas tardes de invierno, realmente para verme a mí y no a Brian. Aun durante la primera etapa de mi conversión religiosa, cuando se me dio por adoctrinar a mis hermanas, siguieron visitándome.

> *Diario, 20 de mayo de 1954*. La superficie de Robinson es poco más de 220 kilómetros cuadrados, si es que se pueden llamar cuadrados, porque se extienden en direcciones tan irregulares. Robinson le compró la isla a un portugués hace quince años y se instaló en ella luego de la guerra. Antiguamente, la isla se llamaba Ferreira. Robinson me mostró un mapa. Si uno lo sostiene con el Este hacia arriba parece una silueta humana. Hay varias penínsulas a las cuales Robinson llama el Brazo Norte y el Brazo Sur de la isla, la Pierna Norte y la Pierna Oeste. La casa de Robinson está ubicada en una meseta a unos trescientos metros por encima del nivel del mar. Es una montaña volcánica, en cuya cima solo hay lava y cenizas, pero él dice que en sus laderas se encuentran todos los climas conocidos. R. una vez se torció el tobillo allí arriba mientras atravesaba un brezal. En julio, el tercio superior de la montaña se cubre de tomillo en flor. Supe estas cosas por Robinson. Él me dio este cuaderno. Dijo: "Aténgase a los hechos, será lo más saludable". Estoy siempre cansada.

Ahora, mientras miro la página ajada de la primera entrada en mi diario recuerdo que fue idea de Robinson que escribiera con letra muy pequeña y sin punto y aparte para ahorrar papel. Aun así, el cuaderno no duró hasta el fin de mi estadía en la isla; después tuve que usar algunas hojas sueltas de papel que encontré en el escritorio de Robinson.

Recuerdo que más de una vez Robinson me había aconsejado que me ciñera a los hechos. Me había aconsejado con vehemencia que no escrutara el mar con la esperanza de ver un barco, ni el cielo en busca de un avión; según él era una costumbre deprimente. Aquellas primeras semanas apenas si podía apartar mis ojos del mar y del cielo, aunque el barco que traía los víveres de Robinson y se llevaba las granadas que cultivaba no llegaría a la costa sur sino hasta la segunda semana de agosto. Yo había hostigado a Robinson con la idea de construir un transmisor de radio. Él decía que no había medios para hacerlo. "A esta altura, Brian creerá que estoy muerta", pensaba mientras escribía mi

primer diario. Pero no lo escribí porque todavía no me constaba que fuese un hecho.

CAPÍTULO II

La casa de Robinson era un edificio de principios del siglo diecinueve, construido en un estilo colonial español. Era un *bungalow* de piedra ubicado en una ancha saliente natural de la montaña. Estaba rodeada de una pared baja por encima de la cual podía ver, desde mi cuarto, el lago azul y verde en las mañanas sin neblina. En las primeras dos semanas, no me aventuré más allá de las enormes puertas arqueadas de hierro forjado. En cambio, cuando mi confusión se hubo disipado y no estaba cuidando a Tom Wells, vagaba por el descuidado jardincito o me sentaba en el patio igualmente descuidado, masajeándome el hombro lastimado y observando la fuente que no funcionaba.

En su mayor parte, los cuartos estaban desocupados, al parecer desde hacía algunos meses. Los limpié todos. Tres de ellos y la gran cocina de piedra servían como vivienda de Robinson. Miguel dormía en un cuartito repleto de equipos de pesca. Las habitaciones restantes estaban extrañamente amobladas, cada una con camas marineras triples que eran meros catres rellenos con un material sedoso extraído de un helecho que crecía en la isla, una silla de mimbre y una mesa de madera lustrada. En cada una había un crucifijo tallado colgado en la pared. En cuanto hube recuperado la lucidez, le pregunté a Robinson acerca de esos cuartos:

—¿Quién suele dormir allí?

—Los hombres que vienen a recoger las granadas —respondió—. Son cosechadores que vienen cada agosto en el barco. Se quedan durante tres o cuatro semanas, trabajando en el granadal que está allí arriba, en la Cabeza, y cosechan la fruta mientras el barco va a comerciar a las Canarias y a la costa occidental de África.

—¿Y el resto del año usted vive solo en la isla?

—Sí.

—Con Miguel —agregué, intentando sonsacarle algo de información sobre el niño.

—Miguel está conmigo desde hace cinco años. A fin de este año se marchará para ir a la escuela y volveré a quedarme solo otra vez.

Por supuesto, pregunté:

—¿Quiénes son los padres de Miguel?

—A usted sí que le gusta saberlo todo —dijo Robinson con aire misterioso.

Guardé silencio. No estaba tan conmocionada para no advertir que Robinson me incitaba de algún modo a que le revelara mis sospechas. De golpe, se me ocurrió que Miguel no era, como había conjeturado, hijo de Robinson, probablemente ilegítimo.

—Qué misterio, ¿no? —dijo Robinson, bastante ansioso por que le diera la razón.

—No veo misterio alguno. Puedo imaginar el origen de Miguel —dije, mientras en realidad me preguntaba a mí misma qué quería decir con eso.

—¿Y cuál es entonces? ¿Qué imagina?

—Es huérfano de uno de los cosechadores de granadas que murió y usted lo ha adoptado —dije por decir algo.

—Debe de saberlo por Waterford —dijo Robinson.

—Jamás estuve en Waterford.

—Por Jimmie Waterford —dijo—. El hombre alto y rubio que viajaba con usted en el avión. Él debió de haberle contado acerca de la adopción de Miguel. Sabe algunas cosas de mi vida.

Mientras me hablaba parecía acusarme de algo.

—No —dije—. Era una suposición. Me parecía probable.

Pareció aliviado.

—Discúlpeme —dijo—, esperaba que me adjudicara la paternidad.

—No, eso habría sido improbable —dije.

—Dios mío —dijo Robinson, mirándome—, las mujeres salen con cada cosa…

> *Diario, domingo 23 de mayo*. Es el final de nuestra segunda semana en Robinson. Me duele el hombro. Supongo que necesitará un tratamiento eléctrico cuando vuelva a casa, si vuelvo alguna vez. Estoy sentada en el umbral de mi cuarto. J[immie] W[aterford] acaba de regresar y ordeña la cabra. Robinson no volvió todavía. Ahora sé dónde han estado durante el día mientras yo cuidaba a Tom Wells. Primero enterraron a los muertos. Luego examinaron los restos del avión y ahora están

> rescatando todo lo que puedan. Miguel pescó toda la mañana en el arroyo. Robinson lleva una lista de los muertos. Hay veintiséis y solo está seguro de cuatro de esos nombres. Describe los otros por cualquier objeto que tuviera el cadáver, como la correa de un reloj que cuelga, supongo, de una muñeca calcinada, el anillo en el hueso de un dedo o un dije debajo de la camisa. Robinson fue muy eficiente. He visto la lista. Ahora que han enterrado a los muertos, soy libre de caminar por la isla. Jimmie canta, creo que es una canción holandesa, mientras ordeña la cabra. Es parte holandés, su apellido no siempre fue Waterford. Recuerdo, ahora, que lo conocí en el avión antes del accidente. Pronuncia bien el inglés y su vocabulario es bastante inusual. Creo que R. está preocupado por Jimmie, de un modo personal, como si no fuera un extraño. Jimmie tiene un leve parecido con Robinson, sobre todo en la nariz. Es una suposición. Robinson me aconsejó que me atuviera a los hechos, que describiera hechos. Muy bien, hay un hecho acerca de Tom Wells: la conducta que tuvo conmigo esta mañana. Tendré que contárselo a Robinson.

Aquella mañana, o más bien hacia el mediodía, había llevado a Tom Wells un cuenco de sopa crema de tomate que habíamos abierto para él. Estaba servida en una bandeja con algunos de nuestros bizcochos gruesos y duros. La llevaba sostenida con mi mano derecha, ya que la izquierda seguía en cabestrillo.

Tom Wells estaba recostado; en la última semana su salud había mejorado. Mientras me acercaba a su cama, que era una cama real y no un colchón sobre el piso como la mía, dijo:

—¿Ya enterraron a todos?

—Sí.

Extendió su mano y me tocó.

—Usted es una preciosura —dijo.

Creo que pude haber salvado la sopa. A decir verdad no lo sé, quizá solté la bandeja deliberadamente. La sopa cayó sobre él, se esparció sobre el frente de su camisa y sobre las sábanas, como la sangre en una película en tecnicolor.

Lo dejé en ese estado y volví a la cocina, donde Robinson trinchaba un ave parecida a un pato que acababa de asar. Jimmie estaba de espaldas a la puerta y cuando entré hablaba veloz y suavemente en holandés. Robinson me vio y dijo a Jimmie en voz alta:

—La señorita January está aquí.

La escena con Tom Wells me había puesto nerviosa.

—No me llamo *señorita* January. Soy la señora Marlow.

—De acuerdo, de acuerdo —dijo Robinson.

—Derramé la sopa encima de Tom Wells —dije.

Robinson salió y regresó de inmediato con otro cuenco de sopa. Me senté en la mesa de la cocina y comí mi almuerzo, cabizbaja.

Jimmie Waterford, con sus brazos largos, se estiró delante de mí para buscar pan. Su cabeza rubia ya no tenía vendas.

Cuando Robinson se sentó a la mesa, Jimmie se dirigió a mí:

—¡Ajá! —dijo—. Ningún hombre es una isla.

—Algunos lo son —dije—. El único suelo que comparten está sumergido en el mar. Si las palabras tienen algún sentido y si las islas existen, entonces algunas personas son islas.

—Es un buen argumento —dijo Robinson.

—Así es —dijo Jimmie—, quizá.

Aquella tarde escribí la entrada en mi diario y a la noche dije a Robinson:

—Tiene que buscar otra solución con respecto a Wells. No lo cuidaré más.

—No estoy obligado a buscar ninguna solución para nadie —dijo—. Sea sensata —agregó, parodiando a Jimmie, que a menudo solía decir: "Sea sensato".

—No me quedaré a solas en esta casa con ese hombre.

—Sea razonable —dijo Robinson.

—Tiene que hablar con él —dije—. Advertirle. Amenazarlo.

—Le diré que usted lleva un puñal en la liga.

Por supuesto que yo no llevaba ligas. Tenía suerte de conservar las piernas.

—Escuchen las ranas —dije, porque me había calmado y las ranas croaban entre los arbustos que rodeaban el lago de las montañas.

—¿Hace mucho que está casada?

—Soy viuda —dije— y periodista.

Pensé que estaba restándole importancia a mi trabajo, pero era una categoría que se aproximaba a poeta, crítica y articuladora general de ideas. Ahora que tenía la mente despejada, estaba un poco harta de oír el consejo de Robinson, "Mantenga su diario al día. Aténgase a los hechos. Describa el paisaje", como si en circunstancias normales no

pudiera hilvanar una frase.

—Son dos condiciones de vida que requieren inventiva —comentó Robinson—. Usted puede lidiar con Wells. Trate de ocultar la repugnancia que le causa.

—Oh, no tengo nada en contra de él, salvo su conducta de esta mañana.

—Vamos, sí que tiene algo contra él —dijo Robinson.

Se me ocurrió que Robinson se parecía físicamente a mi cuñado, Ian Brodie, el médico que se había casado con Agnes. No era un parecido muy marcado; era solo en la forma de la cabeza, pero deseé que no existiese, puesto que tendría que convivir con Robinson hasta agosto.

CAPÍTULO III

—Tome el libro que desee —dijo Robinson.

Ahora bien, era una biblioteca enorme con estanterías vidriadas. No guardaría libros, me refiero a mí misma, detrás de puertas vidriadas. Aquí en casa los libros no están ordenados. La biblioteca de Robinson estaba bien encuadernada y cuidada. Advertí que muchas eran primeras ediciones con las páginas aún sin cortar. Soy adicta a una clase de esnobismo que difícilmente conserve una primera edición guardada en su estante. Pensar en un hombre que tiene en una isla primeras ediciones con las páginas sin cortar estimuló de algún modo mi esnobismo.

Si bien mi vida de casada había durado solo seis meses, mi marido había condicionado muchos de mis gustos. Cuando escapé de la escuela para casarme, él tenía cincuenta y ocho años y era un profesor en Letras Clásicas cuya madre estaba emparentada, por matrimonio, con mi abuela. Había llevado una vida retirada hasta que me conoció. Fue una conmoción para mí descubrir que se había casado conmigo por una apuesta. A veces, cuando me pregunto qué habría pasado si él no hubiera muerto y advierto lo viejo que habría sido —setenta y cuatro años— cuando llegué a la isla, me estremezco y pienso absurdamente en las manos arrugadas de los ancianos. A pesar de ello y si bien no suelo inclinarme por el tipo de hombre erudito, como lo era mi marido, mi gusto en materia de libros era una prolongación del gusto de él. En el interior de las tapas de todos los libros de Robinson había una etiqueta con las siguientes palabras:

Ex Libris
Miles Mary Robinson

debajo de las cuales había un grabado bastante horrendo que representaba un libro abierto sobre un atril de mesa, junto a una pluma

de ganso y una lámpara antigua. Debajo de todo esto, en caracteres góticos, el lema *Nunquam minus solus quam cum solus*.

Jimmy Waterford vino a verme poco después del incidente con Tom Wells y la sopa. Yo estaba enseñándole a la gata a jugar al ping-pong en un rincón del patio, mientras el moreno Miguel nos observaba en silencio y con una mueca de desprecio hacia nuestra actividad.

—Una cosa —dijo Jimmie—. Digo.

—Hola, Jimmie —dije.

Jimmie se sentó en cuclillas y yo guardé la pelota de ping-pong en uno de mis bolsillos hasta la próxima lección.

—Ve a preparar el té para el señor Wells, por favor —dijo a Miguel.

Me di cuenta de que quería hablar conmigo a solas, de modo que me senté junto a él, también en cuclillas.

—Se trata de lo siguiente —dijo—. Quiero decirle que Robinson no es hombre afecto a las mujeres. Robinson no es un desconocido para mí.

Yo sabía que él conocía a Robinson. Y existía ese parecido en la nariz que de pronto me había hecho pensar que podían ser parientes.

Jimmie me había caído simpático en el avión de Lisboa. Se debía en parte a ese modo peculiar de hablar que, lo supe tiempo después, había adquirido en primer lugar de un tío suizo que usaba a Shakespeare y a algunos poetas del siglo diecisiete como libros de texto y el *Modern English Usage* de Fowler como guía, y en segundo lugar del trato con los soldados aliados durante la guerra. Y, en el avión, Jimmie también me había gustado por la aparente espontaneidad con que había iniciado una conversación conmigo.

—Mal tiempo para volar.

—Sí, ¿no es cierto? —dije.

—¿Quiere beber algo? ¡Tenga!

Desenroscó la tapa de su petaca de cuero y plata y quitó la tacita de su base.

—Creo que no, gracias —dije por cortesía.

—Usted tome la taza, yo bebo del recipiente —dijo mientras me pasaba la tacita a medio llenar con brandy.

En ese preciso instante, un miembro de la tripulación, con la cabeza gacha y el mentón oscuro hundido en el pecho, pasó velozmente a nuestro lado. Luego de unos segundos regresó apresuradamente y

desapareció de nuestra vista. Fue la primera y última vez que vi a ese miembro de la tripulación. Entretanto, Jimmie me contaba:

—Creo que me haré examinar la cabeza. Acaso piense usted que viajo por vacaciones. Oh, no, oh, no. ¿Usted viaja por vacaciones?

—No, negocios —dije—. Excelente brandy. Me hace sentir normal.

Debajo de nosotros las nubes se fundían en el sol del atardecer mientras entrábamos en una de ellas, tratando de ganar altitud.

—No parece una mujer de negocios —dijo Jimmie, tomando un trago de su petaca.

—Gracias —dije.

—Es un cumplido —aclaró Jimmie.

—Lo sé —dije con amabilidad—. Gracias.

—¿Le sirvo un poco más de este brebaje?

—No, gracias. Ya bebí suficiente. Estaba rico.

Sin embargo, me sirvió un poco más de brandy en la tacita, que sorbí agradecida. He descubierto que, cuando una viaja sola por el extranjero, es prudente y también discreto dejarse acompañar durante el viaje por un hombre bien elegido. De lo contrario, una se ve acosada por muchos cargosos por el camino. Una tiene que saber discernir, por supuesto, pero es algo que se aprende con la experiencia: cómo detectar la clase de hombre que no va a presionarnos para lograr ningún compromiso futuro. Me sentía afortunada de haber encontrado a Jimmie. De hecho, mientras esperábamos en el aeropuerto ya me había fijado en él, en busca de protección contra un viajante de comercio inglés de cara ancha, voz estrepitosa y un montón de equipaje, que me miraba con demasiada insistencia. Había también un par de españoles que, cuando hice caso omiso de sus saludos individuales, habían decidido unirse. Mientras sorbía el brandy de Jimmie oí la voz del inglés de cara ancha que se acercaba desde varios metros de distancia, conversando con una pareja de norteamericanos.

—Solo permítanme abrir el portafolio —decía—. Les mostraré el producto. Créanme, el diseño se remonta a la época de los druidas.

Hurgó en su maletín y extrajo una medalla blanca de metal de unos ocho centímetros de diámetro. No pude distinguir el diseño interior, pero parecía un gnomo sentado en una barra encerrada dentro del círculo.

—Es infalible, les aseguro —dijo el inglés—. Trae a su dueño la más increíble de las suertes. Ya lo ven. La forma y el diseño, como pueden apreciar, son una réplica en miniatura de un antiguo amuleto druídico

descubierto en la llanura de Devonshire, en Inglaterra, hace apenas cincuenta y siete años. Es un amuleto mágico. No pretendo saber cómo funciona ni por qué. Pero funciona.

—Caramba —dijo la norteamericana.

—Caramba —dijo su marido.

—En la última mitad del año, exportamos quinientos mil solo a Nueva Zelanda.

—Caramba.

—Si me preguntan —me dijo Jimmie en voz baja—, yo diría que el hombre tal vez necesita que le examinen la cabeza.

Tomé un sorbo de brandy y asentí.

—Eh, usted —dijo el inglés, tan alto que su voz llenó el salón y los norteamericanos parecieron cohibirse—. Estuve llamándolo, mi querido muchacho —dijo cuando apareció el asistente de vuelo—. Me gustaría un whisky. Y ¿qué van a tomar mis amigos?

—Limonada —dijo la norteamericana.

—Agua tónica —dijo su marido.

—Ustedes necesitan algo más fuerte que eso. ¿Van a parar en Santa María? Es muy húmedo, se lo advierto.

—Caramba —dijo la norteamericana—. Una limonada.

—Whisky y agua tónica —dijo su marido.

—¿Regresan a Estados Unidos?

—Bueno, antes vamos a las Bermudas —dijo la norteamericana, con los ojos pegados al amuleto mágico que el inglés sostenía entre el pulgar y el índice.

—Es evidente que ese hombre los está embaucando —me señaló Jimmie.

—Qué tipo horrible —dije.

—Vi a ese sujeto en el aeropuerto —dijo Jimmie— y en cuanto lo vi supe que no era un tipo con clase. Me dije: "¡Vaya!, ese no es un caballero".

—¿En serio? —dije.

—Tengo un instinto para detectar a los caballeros —dijo Jimmie— y también a las damas.

"Es un compañero de viaje de lo más entretenido", pensé mientras el avión empezaba a sacudirse por los vientos en las inmediaciones de las Azores. La cara de Jimmie era larga y delgada; tenía la nariz levemente desplazada a la altura del tabique, lo que le daba una expresión

graciosa; su pelo era muy claro. Calculé que debía de tener poco más de treinta años.

—¿Va a cruzar el océano Atlántico? —preguntó él.

—Me bajo en las Azores.

—Yo también. Y luego seguiré viaje al sur por mar hasta otra de las islas —dijo.

—¿A qué isla? Me interesan bastante las islas.

—No figura en ningún mapa. Es demasiado pequeña.

El hombre de los amuletos de la suerte preguntaba a sus amigos:

—¿Conocen su futuro?

—¿Perdón? —dijo la norteamericana.

—La revista *Su Futuro*.

—Bueno, a decir verdad, no.

—Yo soy el dueño y también el director —dijo el hombre.

Advertí que se había puesto el sol.

Cuando empecé a reconocer a Jimmie, al final de mi segunda semana en Robinson, me animó inmensamente el recuerdo de nuestra conversación en el avión. Aquel hombre alto, rubio, con la cabeza envuelta en vendas recobró ante mis ojos la forma y el estado de mi entretenido compañero de viaje.

Mientras, acuclillado en el patio, repetía “Robinson no es hombre afecto a las mujeres. Lo conozco desde hace tiempo”, no me sorprendió en lo mínimo. Ya había advertido su familiaridad con Robinson y había deducido que, de hecho, Robinson había sido ese destino final al que se había referido en el avión.

—Robinson no es hombre afecto a las mujeres.

También ya sabía eso. En algunos hombres se discierne con facilidad cierta indiferencia no precisamente hacia las mujeres, sino hacia el elemento femenino en las mujeres, que puede ser interpretado de numerosas maneras. En Robinson yo había notado algo más que indiferencia: una suerte de neutralidad agresiva, al menos en lo que hacía en su actitud hacia mí. Y pensé que era probable que pudiera ser sumamente hostil a las mujeres en general.

—Vea —dije a Jimmie—, no nací ayer.

—¿De veras? —dijo con galantería.

—Y de todos modos —dije—, Robinson no es mi tipo.

—No se inquiete —dijo Jimmie— por lo que acabo de decirle.

—Robinson y yo somos muy distintos…

—¡Por Dios! —dijo—. No soy mensajero de Robinson. Le digo esto por mi propia cuenta.

Aquello puso las cosas bajo una perspectiva diferente. Jimmie me tenía bastante fascinada. Estimulaba una de mis cualidades mentales que yo consideraba la más aguda que poseía y que también era algo masculina.

—¿Le gusta? —dijo Jimmie.

Me tendió un estuche de lápiz de labios, pequeño y brillante. Lo tomé y lo abrí. El lápiz de labios estaba casi intacto, pero no del todo. Tenía la punta un poco roma. De repente, lo arrojé a la fuente seca.

—Lo tomó de los despojos del accidente —dije. No solo me repugnó la idea de usar el lápiz de labios de una muerta; también me enfureció la insinuación de Jimmie de que yo podría tener un interés romántico en Robinson.

—Es cierto —dijo.

Después de haber enterrado a los muertos, recogieron todo objeto reconocible de las inmediaciones del avión quemado. Era sorprendente la clase de cosas que habían encontrado a varios cientos de metros de los restos de la nave. Entre ellos, se encontraban mis anteojos de lectura, intactos en su estuche, con mi nombre y dirección en Chelsea en el interior. Cuando Robinson me los entregó, le dije:

—Preferiría recuperar mi estuche de maquillajes. Puedo leer sin anteojos.

—¿No puede leer sin maquillaje?

—No me siento yo misma sin maquillaje.

Era cierto. Y el estado de mi vestido y de mi abrigo no mejoraba las cosas, aunque los había remendado antes del accidente.

Y por eso, cuando Jimmie me ofreció aquel horrible lápiz de labios, estaba segura de que Robinson le había repetido mi queja. Intuí que habían estado hablando bastante de mí como un problema femenino. Dejé a Jimmie sentado en el patio y, pensando en cómo mantener la calma, tomé algunos cigarrillos de más de la ración que Robinson me daba. Yo era la única fumadora en la isla además de él, y él había aceptado, con un aire de resignación, compartir conmigo exactamente la mitad de toda su provisión durante nuestra estadía. Eso significaba nueve cigarrillos por día para cada uno. Como resultado de su conversación sobre mí con Jimmie y del incidente del lápiz de labios, ese día me tocaron once cigarrillos, mientras que a Robinson le

quedaron solo siete. Me pareció que tomar aquellos cigarrillos adicionales era preferible a alimentar el rencor.

CAPÍTULO IV

Al final de la tercera semana, Tom Wells pudo levantarse. Aún llevaba puesto el artilugio de lona con el cual Robinson le había recubierto las costillas rotas con buenos resultados, ya que parecían estar soldándose bien. Esto me liberó de mis responsabilidades de enfermera y a partir de entonces pude disponer de todas mis tardes. Y ahora que los muertos estaban enterrados, podía recorrer toda la isla.

—Si va a salir a pasear —dijo Robinson—, lleve este impermeable. En esta isla el tiempo es tan cambiante como una mujer.

Era mi primera excursión, había sol, era el seis de junio, la fiesta de Pentecostés.

Ya había metido un brazo en la manga del impermeable cuando me lo quité y lo arrojé al suelo, como si estuviera repleto de gusanos. Esa acción violenta hizo que me doliera el brazo izquierdo, que acababa de abandonar su cabestrillo.

—Es de los despojos —dije.

Robinson suspiró y lo recogió del suelo.

—Llévese el mío.

El impermeable de Robinson no me quedaba tan grande. Para mi primer paseo, me recomendó que siguiera el camino que bajaba de la montaña hacia la costa sur de la isla, por la playa blanca, y que volviese por un segundo camino visible desde la villa en los días despejados. Robinson señaló todo el itinerario desde el camino de entrada porque no había neblina.

El descenso no empezaba directamente desde la villa de Robinson. La casa estaba construida en una elevación plana lo bastante ancha para contener el lago azul y verde y un área de terreno del tamaño de un prado, que se veía desde el patio. Allí Robinson había sembrado mostaza que ahora estaba en flor, de modo que su amarillo ondeante casi me encandilaba. Al estar tan cerca del lago, el prado era un espectáculo deslumbrante. “Planté mostaza por el efecto”, dijo. Además

de las granadas, que cultivaba como negocio en la parte oeste de la isla, no producía nada de sus propios alimentos. No había chauchas, papas, cebollas, ruibarbo, ni tampoco espalderas para tomates, arbustos de grosellas, duraznos ni ciruelas. Un enorme depósito detrás de la casa albergaba su gran cantidad de provisiones enlatadas y cereales. Eso me parecía raro, ya que el suelo en la planicie que rodeaba la villa era fértil, el sol abrasador, y la neblina suave y frecuente.

Era el primer día desde el accidente en que estaba sola. Finalmente, planeé explorar toda la isla. Robinson nos había hablado de un paisaje de lava del otro lado de la montaña que, nos dijo, parecía una escenografía lunar. Había también un cráter en actividad. Eso me intrigaba. Pero Robinson me advirtió que no avanzara más allá de la playa del sur en mi primera excursión.

La pendiente era irregular, suave y abrupta por intervalos. En un momento, tuve que bajar escalando por antiguas coladas de lava. Allí tomé como punto de apoyo algunas firmes plantas de tomillo y de brezo de diez centímetros de alto hasta llegar a un pequeño bosque cubierto de hierba y con un grupo de siringas azules que, desde la villa de Robinson, se veían como una vegetación enana.

Debo decir que, durante la estadía, fui más consciente de mi entorno de lo que jamás había sido hasta ese momento, o de lo que he sido desde entonces. Anteriormente, solía hacer observaciones topográficas, pero la mayor parte de las veces era deliberado. Ahora, sin voluntad ni esfuerzo alguno, mis ojos registraban el territorio como si fueran un cuerpo independiente y primigenio, tomando precauciones contra cualquier contingencia. Instintivamente buscaba rutas de escape, escondites, rocas protectoras; instintivamente buscaba vegetación comestible. De hecho, debía de estar asustada. Y mientras que en mis viajes previos había reparado en el paisaje y en la escenografía —tenía afición por la botánica, me cautivaba la geología y me daba el lujo de ensayar especulaciones antropológicas—, ahora me descubría advirtiendo el refugio práctico que me ofrecían los pequeños cráteres, las quebradas y las cavernas de lava. Las fisuras, las rajaduras y los agujeros me atraían por su contenido de ortigas y hongos, posiblemente comestibles. Era más fácil mantener un fuego encendido a un nivel por encima del cordón de neblina; se podía, si fuera necesario, sobrevivir y dormir sobre los helechos de aquellos bosques bajos. Abundaban los arroyos de agua fresca. Pasar una noche en los lechos de musgo podía ser fatal. Al otro lado de la montaña, donde Robinson solía desaparecer durante varias horas, había gran cantidad de animales, como lo

demostraba su ocasional reaparición con perdices, faisanes y, a veces, agachadizas; o incluso, en ocasiones, traía algún conejo. Deseaba haber aprendido a usar una escopeta. Me habían contado de un arroyo de agua fresca en el cual Miguel conseguía pescar truchas. Me preguntaba en qué parte de la isla estaba ese arroyo. Y luego me pregunté de dónde venía todo ese pánico. En apariencia, no tenía nada que temer.

Mientras bajaba hacia la costa por el sendero entre las últimas rocas de lava, vi a Miguel, que se acercaba por la playa. Lo saludé con la mano. Me vio pero no respondió. Miguel no era exactamente hostil, pero era difícil agradarle. Creo que en esas primeras cuatro semanas estaba celoso de que hubiésemos caído del cielo y capturásemos toda la atención de Robinson.

Miguel había pasado la mayor parte de su infancia con Robinson, con quien hablaba en buen inglés. Como su madre había muerto cuando era bebé, su padre se había embarcado en un carguero y se había convertido en uno de los hombres que cosechaban las granadas de Robinson. Miguel siempre acompañaba a su padre en sus épocas de trabajo en la isla, y cuando este murió, Robinson adoptó al niño. Robinson hablaba a menudo de la inminente partida de Miguel a una escuela en Lisboa, como si fuera una enorme pero inevitable desgracia. Todavía no había elegido una escuela en particular; tan fuerte era su rechazo a separarse de Miguel.

Desde luego, yo había intentado hacerme amiga de Miguel pero, hasta entonces, no lo había logrado. Jimmie también había fracasado en ese intento. Se había desarrollado una suerte de competencia entre ambos por obtener la atención del niño, ya no el afecto. Tom Wells, que acababa de levantarse de su lecho de enfermo, había estado demasiado ensimismado con su propio malestar para percatarse de él. Pero a Jimmie y a mí nos había desconcertado descubrir en la primera tarde que Tom Wells pasó fuera de la cama, sentado en el patio, cubierto con frazadas, que Miguel lo había rondado tímidamente sin que él hiciera el menor intento por alentarlo. Al día siguiente, con un aire de urgencia omnipotente, Robinson trajo a Tom Wells su propio portafolio, que había encontrado entre los despojos del avión; presumiblemente, Wells lo llevaba aferrado entre sus manos cuando salió despedido de la nave. Mientras Tom Wells se apoderaba con deleite del portafolio y comenzaba a examinar su contenido, Miguel se acercó sin vacilar e introdujo su mano morena en el interior.

—Déjeme ver —dijo, acurrucándose junto a Wells— lo que tiene ahí.

Saltó de alegría cuando Tom Wells extrajo uno de sus emblemas druídicos.

Jimmie y yo estábamos bastante indignados. Mis intentos de enseñar a jugar al ping-pong a la gata Bluebell estaban parcialmente inspirados en mi deseo de impresionar a Miguel. A él le parecía una idea inútil. Jimmie, que había padecido una conmoción diferida, aunque sus heridas físicas eran menores, había llegado al extremo de intentar una pirueta en el patio y solo había logrado que le sangrara la nariz. Miguel se mostró indiferente. Traje la enorme y fría llave de la puerta de la cocina y la apoyé en la espalda de Jimmie, como aconsejan hacer para detener una hemorragia.

—Ese muchachito ni siquiera se rio de mi desgracia —dijo Jimmie, apretándose la nariz.

De modo que no me sorprendí cuando Miguel no me respondió al saludo desde la playa, aunque lo vi alzar la mirada. Era evidente que me había visto. Decidí pasear por la playa hacia él. La arena era extremadamente fina y menos blanca de lo que me había parecido a la distancia, por el contraste con las rocas negras de lava. De la arena emergían flores rosadas con forma de estrella que se apretaban contra los acantilados. A algunos metros del lugar donde el sendero del acantilado desembocaba en la playa yacía la carcasa de una pequeña embarcación y, un poco más allá, los restos de un viejo velero, con su leonino mascarón de proa aún intacto y apuntando hacia el cielo. Hice un espacio entre la maleza en la derruida parte delantera, me senté allí a descansar, reclinada contra el bauprés, y me masajeé el dolorido brazo izquierdo.

Cuando me vio sentada allí, Miguel se detuvo deliberadamente. Recogió una piedra y la arrojó al mar embravecido. En aquella costa, tenía unos tres kilómetros de profundidad y las corrientes eran peligrosas. Robinson nos había advertido que no nos bañáramos en él, porque aun allí donde las corrientes eran seguras, los tiburones no lo eran. El lago azul y verde era la piscina de la isla.

Según el mapa que Robinson me había mostrado, yo sabía que este trecho de playa estaba ubicado en la región lumbar. No podía evitar pensar en la isla con esta forma anatómica, debido a las constantes referencias de Robinson a los brazos y las piernas.

Miguel seguía arrojando piedras y yo contemplaba el mar para evitar que él se cohibiera por mi presencia. El mar que rodeaba Robinson ejercía una fascinación especial, quizá porque se extendía por

mil quinientos kilómetros antes de llegar a la oficina de correos más cercana. Fue solo algunos segundos después cuando advertí que Miguel había dejado de arrojar piedras y supuse que debía de estar acercándose. Recorrí la playa con la mirada, pero no pude ver signo alguno de él a pesar de que podía abarcarla toda con la vista. Una pequeña franja de vegetación crecía sobre los acantilados negros, pero era demasiado baja para esconder al niño, a menos que él se hubiese acostado en el suelo. Concluí que debía de estar echado cuerpo a tierra y decidí recorrer la playa, examinando muy de cerca la base de los acantilados. Llegué hasta el final, donde la roca negra se perdía en el mar, sin hallar rastro alguno de Miguel. Me sentí desconcertada, luego asustada. No veía ningún lugar donde podría haberse escondido, salvo el mar. Lo escruté con miedo, anhelando no ver una cabeza flotando fuera de mi alcance, pero no vi sino las olas que rompían contra las corrientes subterráneas y que podrían haber escondido cualquier cosa. En realidad, no pensaba que hubiese saltado al mar en los pocos momentos en que mis ojos se alejaron de él. Lo creí incapaz de semejante tontería. Estaba segura de que Miguel estaba a salvo en alguna parte, pero me perturbaba el hecho de no tener razón alguna para esta certeza. Por un momento, pensé que tal vez mis otros compañeros también habían desaparecido. Pensé que tal vez nunca habían existido, que Robinson y su casa eran el sueño de una muerta, que yo misma estaba muerta, como para entonces lo creía mi familia y lo habían informado los periódicos. Para alejar esas ideas de mi mente, pensé que lo primero que debía hacer era regresar a la casa de Robinson por la ruta más corta e informar de la desaparición del niño.

La ruta más rápida empezaba en el final de la playa donde yo me encontraba, aunque no era exactamente la más corta. Subía la montaña en zigzag, en una pendiente más suave que la del sendero que había usado en mi camino de ida. Llevaba veinte minutos subiendo cuando me topé con una granja derruida, con su molino de agua, sobre una pequeña meseta que asomaba a un arroyo que se filtraba por una estrecha quebrada. Se me ocurrió que los predecesores de Robinson, por más ermitaños que fuesen, habían hecho esfuerzos para cultivar cada uno de los espacios verdes de la isla. Más tarde, cuando vi las tupidas pasturas de la Pierna Oeste y del Brazo Sur, sentí una suerte de indignación porque su trabajo se había desperdiciado. Junto a la granja descubrí una cantidad de árboles de mango, todavía rebosantes de frutos, todos embarrados y descuidados. Era de allí de donde Robinson debía de haber recogido los pobres especímenes de mango que

comíamos en el desayuno. No me pareció que los árboles fuesen a resistir mucho más.

Muchas veces, durante mi ascenso, me volví para escrutar la playa debajo y los arbustos montañeses que la rodeaban, en busca de algún signo de Miguel. Empecé a preocuparme seriamente, sobre todo porque tenía todos los motivos más obvios para preocuparme. Cuando llegué a la granja desierta, eché un último vistazo a mi alrededor, porque encima de esa meseta empezaba a formarse un cordón de nubes, como sucede a última hora de la tarde, y eso hacía imposible divisar la costa desde el lugar donde me hallaba. Decidí descansar de mi caminata durante diez minutos en esa meseta y di un paseo por el lugar, rodeando la casa y mirando hacia su interior por las ventanas abiertas. Giré el picaporte. La puerta estaba abierta. Entré y vi a Miguel junto a la chimenea ruinosa, apilando ramitas para hacer fuego. Tenía una lata con agua y otra con café.

—Hola —dije—. ¿Cómo llegaste aquí?

La pregunta pareció agradarle. Y, por eso, para agradarle más todavía, dije:

—Te vi en la playa. Aparté la mirada un momento y, cuando volví a mirar, te habías ido.

Hasta se rio al oír aquello.

—¿Cómo lo hiciste? —dije. Si hubiese trepado la montaña, lo habría visto. Pero debió de haber trepado la montaña y no lo vi.

—Hay una cueva secreta —dijo Miguel—, con un túnel.

—¿Dónde? Me gustaría verla.

Él negó con la cabeza.

—¿Robinson conoce esa cueva secreta?

—Sí. Pero no se la muestra a nadie.

Me dio una taza de hojalata con el café negro y caliente que había preparado.

—Robinson no le mostrará las cuevas. Solo me las muestra a mí.

—Oh, ¿hay más de una?

No respondió; ya había revelado demasiado.

—Está riquísimo —dije y, para no parecer condescendiente, agregué —: pero le vendría bien un poco de azúcar.

Hurgó en el bolsillo interior de su chaqueta leñadora y extrajo un paquetito de azúcar. Lo abrió, lo vació dentro de mi taza y lo revolvió con una ramita. Nos sentamos ante la chimenea y sorbimos el café. En ese momento deseaba estar en casa.

—Tengo que irme —dijo Miguel.

—Yo también —dije.

—No, espere un rato.

Pensé que se proponía visitar otras cuevas secretas y que no quería que yo descubriera el camino, de modo que dije:

—Está bien. Digamos unos diez minutos. ¿Suficiente?

—Bueno —dijo—, espere hasta que deje de llover.

Advertí que estaba lloviendo, no demasiado fuerte.

—Oh, ¿eso es todo? —dije—. Bueno, no me importa la lluvia.

—Va a mojar el impermeable de Robinson —señaló el muchacho.

No podía negarlo. Esperé hasta que dejó de llover y cuando salí alcancé a ver a Miguel, que atravesaba con agilidad el matorral que había encima de mí para regresar a la casa.

CAPÍTULO V

—Desearía haberme quedado en casa —dijo Jimmie—. Empiezo a pensar que tengo que hacerme examinar la cabeza, por haber emprendido este viaje tan peligroso.

—Yo también —dije, pero en realidad no lo pensaba.

Quería volver a casa, aunque no deseaba no haberme marchado nunca. Si me hubiera quedado en casa, podría haber habido un incendio, me podría haber atropellado un automóvil, podrían haberme asesinado o podría haber cometido un pecado mortal. No existe un método absoluto para juzgar si hacer una cosa es más peligroso que hacer otra.

—Yo también —dije, simplemente para expresar mi acuerdo con el hecho de que nuestra situación podía ser mejor de lo que era.

Habíamos traído un picnic y estábamos sentados a orillas del lago azul y verde. Frente a nosotros, junto al prado donde pastaba la cabra, había una franja rocosa que descendía hacia el acantilado y debajo de ella, como no había neblina, se veía el mar. A nuestra derecha brillaba el amarillo vívido del campo de mostaza. El efecto era bastante idílico, siempre y cuando uno pudiera relajarse y disfrutarlo.

—¿Por qué vino? —dije.

Sentía curiosidad por saber de dónde venía Jimmie, por qué había tomado el avión en Lisboa hacia las Azores con el propósito de llegar hasta Robinson, desde cuándo conocía a Robinson y, al mismo tiempo, esa curiosidad que sentía me irritaba porque indicaba que esa gente estaba volviéndose parte de mi mundo. Los había considerado compañeros de viaje, como a cualquier persona que uno conoce a bordo de un avión. Me gusta estar en posición de elegir, me gusta tener el control de mis relaciones con la gente.

El seis de junio había escrito en mi diario:

> Siento que no fuimos bienvenidos en la isla. La emergencia

> terminó. Tom Wells ya puede levantarse. Estoy empezando a usar mi brazo izquierdo. Jimmie, que solo recibió un pequeño corte en la cabeza y que de hecho ni siquiera perdió el conocimiento en el momento del accidente, sufre de los nervios. Robinson parece bastante irritado por la presencia de todos nosotros.

—¿Por qué vino? —le pregunté a Jimmie.

—Por las vastas posesiones de Robinson —respondió—. Su familia me rogó: "Busque a Robinson y tráigalo de regreso a donde debe estar. Parta cuanto antes; los gastos correrán por nuestra cuenta". Así fue como vine. Pero primero pensé que pasaría una temporada en las maravillosas Azores y luego haría un grato viaje por mar hacia esta isla, donde me encontraría con el viejo y querido Robinson. Tal vez habría vivido aquí uno o dos meses y le habría dicho: "Regresa conmigo, Robinson". Él habría respondido: "No, viejo". Yo le habría dicho: "Son tus posesiones, Robinson. Tu viejo tío murió y quedaron abandonadas". Él habría respondido: "¿Y qué?", y yo habría dicho: "¿Quién va a administrarlas?". Él me habría dicho: "Yo no, viejo. Son todas tuyas". E imagino que habrían pasado seis meses antes de que volviese a ver a su familia para revelarles que había fallado en mi gran misión. Tal como lo tenía planeado, les habría dicho: "Fracasé". Ellos me dirían: "¡Diablos!". Y pagarían las cuentas. Así habría disfrutado de un hermoso viaje de seis meses pagado por ellos. Después dirían: "¿Y ahora quién va a administrar esas propiedades?". Yo diría: "Robinson quiere que me ocupe yo". "Pero —agregó Jimmie— este destino no sucedió. Se frustró y yo caí del cielo. Y aquí languidezco".

—No veo —dije— por qué cambiaron sus planes. Todavía está a tiempo de volver dentro de seis meses y de ocuparse de los asuntos de Robinson.

—Todo cambió desde que me expulsaron del cielo. Hubo demasiados muertos. Robinson está enojado. Tengo los nervios hechos trizas. A él no le importa el honor de su familia.

Empecé a reflexionar acerca de las tierras señoriales de Robinson.

—¿Dónde están esas propiedades? —pregunté.

—En Tánger —dijo Jimmie.

—¿Su familia vive en Tánger?

—No, en Gibraltar. Tienen dinero en abundancia. Yo soy el pariente pobre.

—¿Qué clase de tierras poseen en Tánger?

—No son tierras, son motocicletas. Es un gran negocio de importación. En lo que a mí respecta, le digo que habría estado encantado en ser el director general. Pero tengo los nervios hechos trizas.

—No se preocupe —dije—. Ya se repondrá.

—Hay múltiples posibilidades para las motocicletas en el norte de África. No me habría llevado nada de tiempo abrir muchas fábricas, pero ahora está todo perdido. De hecho, ahora pienso que quiero que me examinen la cabeza.

—Tal vez, a fin de cuentas, Robinson vuelva con su familia.

—Jamás —dijo Jimmie—. Lo conozco desde que éramos jóvenes y está claro que el mundo le importa un bledo.

Para enseñar a un gato a jugar al ping-pong primero hay que ganarse su confianza y aprobación. Bluebell era el segundo gato al que intentaba enseñarle algo; la encontré más dócil que al primero, que era macho.

El ping-pong con un gato es una forma simplificada y más individualista del juego. Se juega mucho más cerca del suelo y hay que imaginar la red.

Ganarse la confianza de un gato es muy diferente de ganarse la confianza de cualquier otro animal. La comida no es la solución más simple. Hay que estar preparado para jugar al menos dos horas cada vez. Para ganar el interés inicial del gato, siempre me cubro la cara y la cabeza con una hoja de papel y me pongo a maullar y a hacer otros ruidos felinos. La mayoría de los gatos lo encuentran irresistible y se acercan a olfatearme para ver qué hay detrás del papel. La fase siguiente requiere suaves murmullos alternados con agudas melodías silbadas.

Pensé que la canción “Bluebells of Scotland” sería la apropiada para Bluebell. Estaba fascinada. Temprano en las tardes se ponía a ronronear y se alzaba en sus dos patas traseras apoyando las delanteras en mi hombro mientras yo me acuclillaba en el patio, silbándole. Luego de eso, empecé a jugar con ella todos los días. A veces le arrojaba al aire la pelota de ping-pong. Ella solía saltar con elegancia y atraparla con sus patas delanteras. Para la segunda semana de junio, ya me había ganado tanto su confianza y aprobación que podía gruñirle con ferocidad. Eso le gustaba mucho y se agazapaba amenazante delante de mí, para luego saltarme encima de repente en un ataque fingido. A veces la acechaba

con pasos lentos, me agachaba sobre ella y la miraba con fijeza. Eso la enloquecía y hacía que diera largos brincos hacia mi cabeza inclinada.

—La va a rasguñar fuerte algún día —dijo Robinson.

—Bah, entiendo a los gatos —dije.

—Ella entiende a los gatos —dijo Jimmie, innecesariamente.

Robinson se alejó.

Luego de haber entrenado a Bluebell hasta el punto en que me dejaba hacerle casi cualquier cosa y podía jugar rudo con ella si se me antojaba, tomé una vieja caja de cartón del depósito de Robinson y la coloqué parada contra la pared del patio. Bluebell se sentó de inmediato dentro de esta pequeña casa de tres paredes. Entonces empezó la primera lección de ping-pong. Me arrodillé a dos metros de ella y dejé la pelota frente a mí. Ella se agazapó, lista para un juego de pelota común. Con mi dedo mayor y el pulgar arrojé la pelota dentro de la caja de Bluebell. Rebotó contra las paredes. La gata saltó sobre ella y la devolvió. Volví a arrojársela. Esta vez la atrapó con sus patas delanteras y se acurrucó sobre el suelo, mordiéndola y pateándola con sus plateadas patas traseras. Sin embargo, para una primera lección su estilo no era malo. Al cabo de una semana, Bluebell había entendido la idea del ping-pong. Cuatro veces sobre diez me devolvía la pelota; a veces, impulsándola con sus patas traseras de una manera tan cómica que hasta Miguel se reía. En otras ocasiones, se apropiaba de la pelota y la pateaba por todo el patio o la escondía debajo de su cuerpo y se sentaba sobre ella. A veces la empujaba con una pata algunos centímetros hacia delante y se quedaba esperando con sus enormes ojos verdes que yo la recogiera.

La gata descubrió enseguida que la presencia de la caja de cartón en el patio señalaba el comienzo del juego de ping-pong y siempre me esperaba allí luego del almuerzo. Era una alumna alentadora, una entusiasta. Un día en que estaba jugando particularmente bien y yo, para su gran excitación, la alentaba con rugidos leoninos, oí la voz de Robinson que venía desde el fondo de la casa.

—¡Bluebell! Micifuz, Bluebell. ¡Ven aquí, gatita linda!

Sacudió la oreja levemente por toda respuesta, pero en ese instante atrapó la pelota y me la lanzó, en lo que pareció un solo movimiento. Se la devolví y ella volvió a lanzármela.

—¡Bluebell! ¿Dónde está la gata? —dijo Robinson, entrando en el patio en el preciso momento en el que yo más gruñía—. Hay un ratón en el depósito. ¿*Le importaría*? —me dijo.

La gata tenía los ojos fijos en mi mano, que sostenía la pelota. La alcé y se la entregué a Robinson. Bluebell luchó por liberarse y buscar la pelota. Me pareció divertido y solté una risita. Pero Robinson la cargó con solemnidad, seguido por Miguel, que lo acompañaba como un pequeño y solemne sirviente.

Jimmie sonrió. Había algo en su sonrisa y en la actitud de Robinson que me incomodaba. Empecé a preguntarme si a Robinson le afectaban mucho los incidentes como ese. Yo no debería haber pensado en ese asunto como un "incidente". Era más bien un gran fastidio.

Era evidente que Robinson hizo un esfuerzo por crear una suerte de vida comunitaria durante el período de nuestra espera en la isla. Era evidente que lo hacía como un deber y que le parecía una molestia. Había sido distinto las primeras semanas, cuando estábamos convalecientes a causa del accidente. Luego, Robinson vio la oportunidad. También la vio Jimmie, que ahora sufría considerablemente; seguía insistiendo en que tenía los nervios hechos trizas.

Robinson se levantaba a las cinco, nosotros a las seis; para esa hora, la meseta estaba bañada por la primera luz del sol y no mucho más allá se alzaba la neblina blanca, que envolvía la montaña hasta la costa. Parecía que el cielo entero estuviera debajo de nosotros y que nos encontrábamos en una plataforma soleada que flotaba en el espacio, con nuestra casa, el campo de mostaza, el lago azul y verde, el prado donde pastaba la cabra frente a nosotros y la montaña detrás.

A esa hora temprana, Robinson solía ir al corral de la cabra, con una cantidad de plantas de tres hojas, similares a tréboles enormes. Antes, las espolvoreaba con un considerable puñado de sal.

—¿Por qué sala la comida de la cabra, Robinson?

—Porque le da sed y eso aumenta la cantidad de leche que produce. Además, le da a la leche un dejo salado, que la hace más rica.

Fue uno de los pocos principios de ganadería que le vi practicar. Por lo general, se las arreglaba con el menor esfuerzo, con comida enlatada y los huertos abandonados de la granja.

Yo preparaba el desayuno. Había encontrado un saco de avena en el depósito y la servía cada mañana. Antes, él y Miguel solían comer un mango o media chirimoya, recogida de uno de los viejos huertos de la granja, con una lata de porotos. Mi incorporación de la avena fue pensada para racionar los porotos porque había comprobado que la

provisión no era grande.

—Bah, cuando terminemos los porotos, seguiremos con alguna otra cosa —dijo Robinson—; hay otros alimentos enlatados.

No era solo una cuestión de qué era apropiado para el desayuno y qué no:

—¿Está *seguro* de que el barco de granadas vendrá en agosto?

—Por supuesto.

No me importaba la idea de que el barco omitiera venir y nos dejara a los cinco sin latas y famélicos. Pensaba que Robinson podría haber cultivado algo en la isla. El clima era apropiado para el maíz, que no requiere tantos cuidados. Habría sido fácil contar con verduras frescas. Decidí recorrer la isla en busca de raíces o de arbustos de bayas que podrían trasplantarse a la meseta de Robinson. Me malhumoraba cada vez que pensaba en la huerta que él se había negado a cultivar.

Es cierto que, con el sistema improvisado por Robinson, era fácil administrar el lugar. A medida que Tom Wells recuperaba la salud, nuestras tareas terminaban a las once de la mañana. Nos turnábamos para preparar la comida. El resto del día éramos libres. A menudo, discutíamos.

Para mi sorpresa, cuando estuvimos suficientemente repuestos y organizados y nos sentamos por primera vez para compartir la comida, Robinson bendijo la mesa. A pesar de los crucifijos que colgaban en las paredes de cada habitación, no me parecía que fuera un hombre religioso; tenía la vaga sospecha de que los crucifijos pertenecían al dueño anterior y que Robinson no se había molestado en quitarlos. Me sorprendió más todavía descubrir que la oración que dijo era la que usaban los católicos romanos: "Bendícenos, Señor, y bendice este alimento que vamos a tomar… En el nombre del Padre, del Hijo…". Cuando terminamos, dio las gracias, a la usanza de los católicos ingleses, seguidas por la oración habitual para los fieles difuntos que suele hacerme pensar que acabamos de comérnoslos.

Yo había ingresado en la Iglesia Católica el año anterior. Me preguntaba si Robinson era realmente miembro de la Iglesia, pero nunca me molesto en hacerle esa pregunta a la gente. Asumía, entretanto, que lo era. Y me preguntaba por qué elegía vivir tan alejado de los sacramentos; pero eso era asunto suyo.

Luego de la cena, Robinson nos reunía a todos en su sala de estar. Era una situación incómoda. Nunca parecía algo normal y simple para nosotros. Y sentía que, más que invitarnos, exigía nuestra presencia allí

como si fuera el director del colegio que nos invitara a tomar el té; era una obligación para ambas partes.

Robinson alentaba cierta formalidad entre nosotros. Todavía ignorábamos los antecedentes de cada uno. Robinson no hacía preguntas ni nos incitaba a hablar de las circunstancias que nos habían llevado a tomar el avión de Lisboa, ni de nuestras casas o el lugar adonde nos dirigíamos. De ello deduje que estaba ansioso por considerar nuestra intrusión en su vida como algo temporario: una vez que uno sabe algunos hechos sobre una persona, de algún modo se involucra con ella. Era evidente que Robinson deseaba evitarlo. Yo también. Al principio, esa reserva daba la ilusión de un progreso natural en nuestras relaciones.

Pero, desde luego, esos prudentes silencios no duraron mucho. En ocasiones era como si en lugar de preservar la distancia entre nosotros, Robinson deseara evitar la intimidad; parecía más preocupado por impedir que nos hiciéramos amigos que por cuidar que no nos entrometiéramos en la vida de los otros. Y, por muchas razones, yo no quería que Robinson supiese lo que Jimmie me había contado de él.

Poco a poco, mientras iba conociendo a mis compañeros a diario, empecé a sentir curiosidad por ellos.

A veces, en aquellas noches, jugábamos al ajedrez. Robinson y yo estábamos más interesados en el ajedrez que Jimmie y Tom Wells, que lo tomaban como si fuese una tarea terapéutica impuesta por nuestro anfitrión. Hablaban demasiado.

—A ver —dijo Wells una noche—, ¿adónde nos lleva esto, de todos modos?

—Vaya pregunta —dijo Jimmie.

—El ajedrez es bueno para la mente —dijo Robinson con tono amable.

—A ver —dijo Wells—, ¿quién es usted para decir lo que es bueno para mi mente?

Me pareció una pregunta bastante razonable, pero simplemente no me gustaba Tom Wells. Así que dije:

—Oh, no sea grosero. —Hablé sin levantar la vista del tablero donde el alfil de Robinson, la única protección que le quedaba, amenazaría a mi reina si yo movía mi caballo como deseaba hacerlo.

—¿Les gustaría oír un poco de música? —dijo Robinson.

Puso un disco en el gramófono. Era el primero de una serie de seis, una ópera completa de Rossini, *La Cenerentola*.

Sentí que Robinson estaba decidido a mantener el control. Parecía obsesionado con controlarse a sí mismo, a nosotros y a su isla. No estaba preparado para permitir ningún altercado que nos uniera y destruyera así el distanciamiento que tanto valoraba.

Jimmie empezó a relajarse y a oír con amabilidad. Yo hice lo mismo, aunque sentí que empezaba a ponerme de mal humor. No me parecía que Tom Wells tuviera la menor intención de ser grosero, pero era obvio que nunca había pensado en la música sino como un telón de fondo para la conversación. Y, lo que es peor, ni siquiera como un telón de fondo: tenía la idea de que ponías música para eliminar el silencio y luego seguías hablando pero en voz más alta.

—Ahora bien —dijo Wells, echando una mirada afable a su alrededor—, es evidente que esto es una molestia para todos, pero tenemos suerte de estar vivos.

Decía "tenemos suerte de estar vivos" a menudo, sin razón aparente, salvo que su tendencia a recordarnos una y otra vez cómo habíamos llegado a la isla tuviera el propósito de hacer que todos nos sintiéramos más unidos. "No es natural vivir así, solos, en medio de la naturaleza", decía, "pero tenemos suerte de estar vivos". Y en ocasiones sacaba a relucir esa frase después de haber pasado media hora calculando cuánto dinero había perdido por culpa del accidente de avión.

Tal vez no había nada realmente objetable en su "tenemos suerte de estar vivos". Tienen que entender que Tom Wells no me gustaba.

—Nos salvamos por un pelo —dijo Wells—. Es increíble: aquella misma mañana, cuando saqué mi boleto en la agencia de viajes, dije…

—¿Le gusta Rossini? —dijo Robinson. Distribuyó vasos de ron que en ese momento agradecí intensamente.

—Espero que esto no me afecte —dijo Tom Wells, mientras sostenía su vaso a la luz de la lámpara por alguna razón y lo observaba entrecerrando un ojo. Me dijo—: ¿Le gusta el cabaret?

Robinson esbozó una sonrisa y suspiró. Al oírlo, de repente decidí fastidiarlo.

—Me encanta el cabaret —dije—, si es bueno.

—Un espectáculo bien hecho —dijo Tom Wells.

—Es sumamente entretenido —dije—. ¿Conoce el club Caribee en Duke Street?

—Por supuesto —dijo Wells.

—¿Y el Daub and Wattle? Allí sí que tienen un buen espectáculo.

—Claro que sí —dijo Wells—. Tenemos mucho en común, usted y

yo.

Robinson se había sentado y escuchaba su música, ofendido. “Te lo mereces por tu pose inflexible”, pensé. “Ahí tienes algo con que ejercitar su paciencia”.

—Si tuviera la música correcta y un vestido apropiado —dije—, yo misma podría montar un espectáculo.

Es cierto que puedo hacer una rutina de baile y canto bastante efectiva y a menudo lo hago para divertir a mis amigos más cercanos.

—¿Tiene algo de jazz? —preguntó Tom Wells a Robinson, que estaba poniendo la otra cara del disco de Rossini.

No contestó.

Jimmie alzó las cejas y adoptó un aire de suficiencia.

—Usted y yo tenemos que conversar —me dijo Wells.

Miguel estaba reclinado contra la chimenea. Me miró y luego miró a los demás, sin seguir nuestra conversación pero percibiendo por sí solo lo que sucedía entre todos nosotros. Jimmie permaneció sentado, indiferente, tomando a cada rato un sorbo de su vaso. Me pareció que estaba secretamente feliz de que Robinson se viera desafiado y que el ambiente estuviera animándose.

De pronto, Jimmie guiñó un ojo a Robinson, que no se dio por aludido, sentado como estaba en estado de alerta junto a su gramófono, girando la manivela de vez en cuando y reemplazando los discos de su Rossini.

Los dejé allí y salí a dar un paseo. Mi humor no suele ser estable la mayor parte del tiempo. Fue en aquel momento cuando sentí el deseo de adorar la luna y me pareció algo extraordinario porque yo era cristiana; recordé entonces a mi abuela, inclinándose en el camino y diciendo: “Luna nueva, luna nueva, sé buena otra vez”.

Luego de aquella ocasión, por supuesto, tuve cierta dificultad para quitarme de encima a Tom Wells. Me seguía a todas partes, en la medida en que el cuerpo se lo permitía, que no era mucho. Aún estaba bastante débil y llevaba su apretado corset de tiras de lona. Lo irritaba bastante que sus heridas fueran más graves que las de Jimmie o las mías.

—Ustedes dos tuvieron suerte —decía—. Ese Robinson no tiene sentimientos o, de lo contrario, no esperaría que yo anduviera por ahí en mi estado. No es natural. Yo debería ir poco a poco.

—Robinson dice que usted necesita ejercicio para evitar secuelas.

—“¡Robinson dice! ¡Robinson dice!”. ¿Es que ninguno de ustedes tiene agallas?

—Es su isla.

Robinson me dijo un día:

—Parece que quiere música de jazz. No tengo ningún disco de jazz.

—Él cree que usted es muy afectado —dije— porque no tiene un aparato de radio.

—No puedo contentar a todos —dijo Robinson.

—Ojalá dejara de perseguirme.

—Es culpa suya —dijo Robinson—. A un hombre así hay que mantenerlo a raya.

—Tiene un lado divertido —dije—. ¿Vio las cosas que guarda en su portafolio?

Era el mediodía. Yo miraba tranquilamente a Robinson, que limpiaba un arma. Estaba de pie en la fresca habitación con piso de piedra, de espaldas a una ventana abovedada que rebosaba de luz. Cuando mencioné a Tom Wells dejó de limpiar el arma.

—Le dije que ninguno de nosotros está interesado en el contenido de su valija —dijo.

—Yo sí—dije—; estoy muy interesada.

—No lo está. No mientras esté en esta isla —dijo.

Yo estaba sentada junto a una mesa alta, con los codos apoyados en ella, pero me puse de pie de un salto. Robinson arrojó el trapo sobre la mesa y luego de colgar el arma en la pared, tomó otra.

—Trate de ocultar su rabia —dijo Robinson.

—Me intereso en lo que se me antoja —dije.

—No mientras esté en esta isla.

Lo dejé allí y salí en busca de Jimmie. En el camino tomé dos cigarrillos de la caja que había en el escritorio de Robinson. Pensándolo bien, tuve cierta contemplación hacia la conducta de Robinson porque, en el último tiempo, Tom Wells no dejaba de acosarlo. Apenas el día anterior, yo había sido testigo de una escena entre ambos, cuando Tom Wells había armado un escándalo por unos documentos que, según él, faltaban en su portafolio.

—Dígame, Robinson, ¿este portafolio estaba abierto cuando lo encontró?

—No. Estaba completamente cerrado.

—Debió de haber estado abierto —dijo Wells—. Algunos papeles

deben de haberse caído. Unos documentos confidenciales muy importantes. Desaparecieron.

—La valija no estaba abierta —dijo Robinson con firmeza—. Estaba tirada a unos treinta metros del avión, cerca del lugar donde lo encontré a usted.

—Los papeles estaban en el portafolio antes de que el avión se estrellara. Ahora no están. ¿Cómo lo explica?

—No soy vidente —dijo Robinson.

Encontré a Jimmie en el patio, reclinado en una reposera, junto a Tom Wells. Miguel estaba acuclillado cerca de la silla de Tom Wells y, al principio, no lograba ver qué estaban haciendo.

Mientras me acercaba, Wells echó un vistazo a su alrededor.

—¿Robinson anda por aquí? —dijo.

—No, está limpiando las armas.

—Lo mismo da, en verdad —dijo Tom Wells—. Solo a Robinson parecen no importarle esos artículos. No me diga que no es un bicho raro.

Encendí uno de los cigarrillos de Robinson y me sentí obligada a defenderlo.

—Lindo cumplido para su salvador —dije pomposamente.

—Vea, princesa… —dijo—, de acuerdo, es cierto. Hay que decirlo con todas las letras. Tiene razón, Robinson me salvó la vida. ¿Eso le da derecho a mandonearme durante tres meses?

—Es su isla —dije.

Miguel nos observó a los dos de arriba abajo. Entretanto, advertí que, desplegados encima del portafolio de Tom Wells, había una cantidad de pequeños objetos brillantes de formas extrañas.

—Empiezo a pensar —dijo Jimmie— que Robinson está poniéndose demasiado pesado.

—*Pas devant* —dijo Tom Wells, mirando al niño.

—No es un secreto —dijo Jimmie—. Se lo diría a Robinson en la cara.

Empecé a examinar los extraños objetos de metal plateado colocados sobre el portafolio. Miguel seguía tocándolos, fascinado.

—Mire —me dijo el niño—, el señor Tom me dio una de sus joyas.

Era un trébol de cuatro hojas, de metal, que pendía de una cadena. Miguel se lo puso en el cuello.

—Le traerá suerte —dijo Tom Wells.

—¿Qué es “suerte”? —preguntó el niño. Si bien su pronunciación del inglés era buena, su vocabulario se limitaba a lo que había aprendido de Robinson.

Jimmie soltó una carcajada.

—Es muy gracioso —dijo— que este joven pregunte qué es la suerte. Robinson no pronuncia esa palabra y ni siquiera admite la idea misma de suerte.

—Usted parece saber mucho sobre Robinson —observó Tom Wells.

—Así es —dijo Jimmie afablemente.

No había confiado a Tom Wells nada de su relación previa con Robinson, pero me pareció evidente que Wells lo sospechaba. Imaginé, con acierto, que Robinson había aconsejado a Jimmie que no hablara demasiado sobre sí mismo.

—Al oírlo, cualquiera pensaría —dijo Wells— que usted y Robinson son viejos amigos y que usted vino a visitarlo.

Tom Wells era más transparente que yo en su curiosidad por conocer la historia de la vida de Robinson. A su tiempo, sentía yo, poco a poco, la historia simplemente llegaría a mis oídos. Jimmie hablaría, a Robinson se le escaparía, de modo que hice algunas preguntas.

Tom Wells nos acosaba permanentemente con preguntas. Por mi parte, me sentía casi como Robinson. De hecho, uno de los pocos aspectos que compartía con Robinson era el temor al exceso de familiaridad. Cuanto menos dijera sobre mi vida pasada, mejor; más aún a Tom Wells y en una isla.

—¿Qué es “suerte”? —preguntaba Miguel. Tomó el trébol de metal entre sus manos morenas, lo llevó a sus gruesos labios y lo besó—. ¿Qué es “suerte”?

Jimmie y yo alzamos los ojos al cielo buscando una definición cuando Tom Wells dijo:

—Tener felicidad y una larga vida. Ahora ven aquí, muchacho, y te mostraré los signos del zodíaco. ¿Cuándo naciste?

Miguel lo miró, absorto.

—¿En qué mes? —preguntó Tom—. No tienes que darme la fecha ni el año. No te haré una lectura completa del horóscopo a menos que estés dispuesto a pagarla. ¿Entiendes? ¿Tienes dinero?

Supongo que sabía tratar con niños.

Miguel acariciaba su amuleto en forma de trébol y reía, encantado.

—¿En qué mes naciste?

—No sé.
—¿Cuándo es tu cumpleaños, tontito?
—El año próximo.
—¿En qué mes? Enero, febrero, marzo, abril… Vamos, puedes elegir, siempre y cuando pagues.
—Enero —dijo Miguel, como si escogiera un color.
—¿Antes o después del veintiuno?
—¿Eh?
—¿Qué fecha en enero? Primero, segundo, tercero, cuarto… Piénsalo.
—El primero —dijo Miguel.
—Ese día es mi cumpleaños —dije.
—No, no lo es —dijo Miguel—. Es el mío.
—Qué gracioso —dijo Jimmie.
—Vea —me dijo Wells—, no puede cumplir años el mismo día que él. El cumpleaños del niño es el primero de enero, ¿entiende?

Miguel se puso a bailar alrededor de Wells y recogió, una por una, las relucientes baratijas. Wells lo contemplaba con la mayor benevolencia. En ese momento advertí que Tom Wells se parecía bastante a mi cuñado, el corredor de apuestas, Curly Lonsdale. Tenía casi su misma edad, alrededor de cincuenta años. Al igual que él, Tom Wells tenía una boca indefinida en una cara cuadrada y regordeta, y solía gesticular todo el tiempo, estirando los dedos de sus manos también cuadradas. Tenían en la voz el mismo gorjeo de falsa intimidad.

La primera vez que oí sobre Curly fue en una carta de mi hermana Agnes: “Julia se ha casado con un hombrecito tan ordinario… Es un ‘inversor hípico’. Parece uno de esos que seducen a las hijas de las dueñas de pensión cuando todavía usan ortodoncia. Está claro que Julia tiene suerte de poder casarse con alguien…”.

Años después, luego del funeral de mi abuela, conocí a Curly. No me sorprendió que fuese bastante horrendo, pero sí me sorprendió enormemente —en aquella ocasión y en lo sucesivo— comprobar lo bien que le caía a mi hijo. A Brian le fascinaba ir al cine con él los sábados a la tarde, en un Jaguar que había visto años mejores. La primera vez, Brian volvió a las ocho y media de la noche, deslumbrado con ese nuevo mundo exótico que acababa de conocer.

—Curly llevaba encima setecientas cincuenta libras; me las mostró. Eran grandes fajos de billetes de cinco… Y luego del cine comimos

pescado con papas fritas en un restaurante muy lindo en Leicester Square y después fuimos a una casa a encontrarnos con un montón de sus amigos. Todos jugaban a las cartas y había pilas y pilas de colillas de cigarrillos en los ceniceros y billetes de cinco libras por todas partes. Y los tipos parecían locos con el juego y estaban en mangas de camisa…

—Les veías los tirantes —dije.

—Así es. Y Curly va a llevarme a las carreras cuando empiece la temporada.

—¿Te dieron algo de tomar? —pregunté.

—Oh, sí, *ginger ale*. Sam, uno de los amigos de Curly, le dio una copa de brandy. Creo que estaba por servirme una a mí también, pero Curly dijo: “Sírvale algo suave al chico, Sam, o su vieja va a poner el grito en el cielo”. Fue muy gracioso porque Curly me guiñó el ojo y él parecía divertirse a lo grande.

—¿Había mujeres?

—No —dijo Brian—. No había damas. Pero había una foto de un bombón sobre el enorme piano.

—¿De veras te cae bien Curly? —pregunté.

—Es el mejor hombre de nuestra familia —dijo, como si hubiera docenas para elegir. Además de Curly Lonsdale, el único hombre de nuestra familia era el marido de Agnes, el médico, Ian Brodie. Desde todo punto de vista, prefería a Curly antes que a Ian. Mientras observaba sentada en el patio cómo Tom Wells, tan parecido a mi cuñado Curly, se ganaba la confianza de Miguel, me obsesionaba saber quién se había hecho cargo de Brian desde que me habían dado por muerta; ¿Agnes y Ian Brodie o Julia y Curly? A fin de cuentas, deseaba que fuese Curly, a pesar de que nunca me había caído bien.

—Esta es Ethel de la Fuente —dijo Tom Wells tomando una de sus baratijas.

Era una figura de mujer de metal, con una cabeza enorme. La boca le llegaba de oreja a oreja, tenía los brazos pegados a los lados del cuerpo y, por debajo del borde de su larga falda, sobresalían un par de botas puntiagudas.

—La Ethel original —dijo Wells— fue encontrada en una fuente en Somerset. Se remonta al siglo vi. Ethel tiene grandes poderes para atraer la buena suerte. Podría mostrarle cientos de cartas de gente cuya vida cambió gracias a ella.

Miguel dejó caer sobre su pecho el trébol de cuatro hojas y se lanzó sobre Ethel de la Fuente.

—Y pensar que me estoy perdiendo tantos negocios… —dijo Tom Wells—. Y además está la revista; ¿quién se habrá hecho cargo de ella? Tengo aquí las pruebas de imprenta del número de junio. Bueno, tenemos suerte de estar vivos. —Hurgó en su portafolio—. Escuchen esta carta de un cliente satisfecho: “Estimado señor Wells: Mi mujer y yo queremos agradecerle la increíble suerte que hemos tenido desde que usted nos envió a Ethel de la Fuente. Ethel es lo máximo. Mi esposa había sufrido de mala salud durante doce años. Ahora tengo un trabajo mejor y estamos seguros de que fue gracias a Ethel. Mi esposa y yo le deseamos felicidad y todo lo mejor. Cordialmente, señor y señora Harper”. Esa es una de las cientos que recibo de gente común y corriente. También me hacen un montón de confidencias. La gente tiene que abrirle su corazón a alguien, ¿no? Conozco miles de secretos; algunos de ellos los sorprenderían. Ricos y pobres, todos le escriben a Tom Wells.

—¡Ethel! —exclamó Miguel con un asombro apenas contenido.

—Y aquí está el gnomo Natty —dijo Wells.

—¡Muéstremelo! —dijo Miguel.

—Gracias a Natty estoy aquí para contar el cuento. Créanme, no es la primera vez que salva una vida en un accidente. Ojalá tuviera aquí la carta…

—Habría tenido más suerte si no hubiera habido accidente.

—Debe de haber habido algún Jonás en el avión. En esos casos, no hay nada que hacer.

—¡Muéstreme a Natty!

Wells sacó de entre sus mercancías un pequeño amuleto y se lo entregó al niño.

—Puedes quedártelo —le dijo—. Tengo otros. —Era una figura con aspecto de enano, sentado con las piernas cruzadas y un gorro en punta—. Gracias a Dios que existe Natty —agregó—. Siempre tuve fe en él. Debemos de estar perdiendo miles de pedidos.

Advertí que Jimmie sentía tanta envidia como yo por las posesiones de Tom Wells. Todos nuestros efectos personales se habían quemado con el avión y no teníamos modo de competir por la atención de Miguel.

—En el número de *Su Futuro* de junio hay un anuncio de Natty a toda página —dijo Wells.

—Muéstreme el futuro —dijo Miguel.

—Nos llueven cartas a diario desde todos los rincones del mundo, de

miles de hombres y mujeres de todas las edades —dijo Wells—, elogiando al gnomo Natty y otros productos similares.

—Tal vez ahora dejen de escribir —dijo Jimmie—, cuando se enteren de la mala suerte que ha caído sobre usted.

—¿Qué mala suerte? —preguntó Wells con agresividad.

—Muéstreme el futuro —dijo Miguel, al parecer creyendo que se trataba de uno de los amuletos de metal.

—Muéstrele la revista —dije.

Wells colocó con cuidado su muestrario de amuletos de la buena suerte sobre el piso del patio; hundió con entusiasmo la mano en su portafolio y extrajo las pruebas de imprenta de su revista, que contempló con mirada compungida.

—Ignoro qué sucederá con *Su Futuro* —dijo—. Desde luego, el número de junio no saldrá. Porque esto que tengo en la mano es el número de junio. Lo preparé durante el viaje y pensaba enviarlo por correo desde Santa María a nuestras oficinas en Paddington. No sé, ni quiero pensar, qué estarán haciendo allí.

—Tal vez ya no quede nadie —dijo Jimmie.

—No se marcharán —dijo Wells—; no mientras yo viva.

—A esta altura, lo habrán dado por muerto —dije—, como al resto de nosotros.

—*Ellos* lo sabrán —dijo Wells—. Confío en ellos. Saben que estoy vivo, se lo aseguro.

—Saben todo acerca del señor Tom —dijo Miguel, que parecía percibir que atacábamos a su amigo.

—Vean, tengo amigos ocultistas —dijo Tom—. No hay manera de evitarlo; saben lo que pasa en el mundo. No me refiero al montón de adivinos ignorantes. Créanme, estos son científicos de muchas clases y en todo el sentido de la palabra. Algunos tienen títulos muy importantes. Son personas que han dedicado sus vidas al estudio de lo desconocido. Les aseguro que no soy un seguidor de ningún grupo en particular. Hay incontables métodos para conocer los misterios del universo. Cuento entre mis amistades con distinguidos psicometristas, videntes, intérpretes del karma, astrólogos, espiritualistas del yoga, sanadores, radiestesistas astrales, pronosticadores de saliva, etcétera, etcétera. Son hombres y mujeres visionarios. Naturalmente, lo que cuenta es la calidad del médium. Yo busco calidad. Todos mis amigos son de alta calidad esotérica.

Dejó escapar un suspiro de agotamiento, limitándose a extender sus

manos cuadradas con las palmas hacia arriba frente a él, como si defendieran su causa.

—Los amigos del señor Tom saben —dijo Miguel.

—Escuchen a este niño inocente —dijo Tom Wells—. Tiene las ideas correctas, el muchacho.

—¿Es este el Futuro? —preguntó Miguel, sosteniendo un medallón con signos cabalísticos pintados en esmalte rojo alrededor del perímetro.

—Ese es el Medallón de Contacto Caldeo, hijo. Sí que sabes elegir. Letras en esmalte genuino. Tiene una potencia increíble y acaba con los problemas de salud, el agotamiento, la fatiga, el insomnio, etcétera. También es una ayuda infalible para triunfar. Puedes quedártelo también, tengo muchos.

—Muéstrele la revista —dije—, es eso lo que quiere.

Tom Wells frunció el entrecejo con disimulo y me miró.

—Es demasiado para él —susurró—. *Su Futuro* es sobre todo para quienes han superado las primeras etapas talismánicas del desarrollo espiritual. —Agitó el manojo de papeles—. Aquí tenemos artículos serios —agregó—, escritos por profesores.

—Deme *Su Futuro* —dijo Miguel.

—Dele *Su Futuro* —dije.

—Es que son solo las pruebas de imprenta —dijo Wells—. No las entenderá. Es la única copia que tengo. Ya tiene los amuletos; es suficiente.

Miguel pareció sentir que le quitaban algo.

—Quiero *Su Futuro* —me comentó.

—Qué vergüenza —dijo Jimmie—, privar al pobre niño de esos documentos.

—Puede mirarlos —dijo Wells—, pero quiero que me los devuelva, de veras, y no estoy bromeando.

Miguel se apoderó de las pruebas y empezó a pasar las páginas. Parecía interesado en las fotos de los anuncios, pero no reparaba en los textos.

—Les advertí que al niño no le interesaría —dijo Wells.

Miguel temió que le quitaran su tesoro. Se lo apretó contra el pecho y dijo:

—Es mío.

—No —dijo Wells—, devuélvemelo.

—Es una crueldad darle algo a un niño y luego quitárselo —dijo Jimmie.

En ese momento apareció Robinson. Miguel se apoderó rápidamente de los tres amuletos que había dejado sobre el peldaño y los aferró con firmeza junto con *Su Futuro*.

—¿Qué diablos pasa aquí? —dijo Robinson. Miró los amuletos desparramados sobre el piso del patio, alrededor de Tom Wells.

Wells se colocó una mano sobre las costillas para indicar dolor.

—Es el muestrario del señor Wells —dije—. Están todos llenos de buena suerte.

—Fue bastante decente de mi parte devolverle toda esa basura —dijo Robinson a Wells—, con la condición de que no la exhibiera.

Tom Wells cerró los ojos y se frotó las costillas.

Recogí uno de los amuletos.

—Esta es Ethel de la Fuente —dije—, que garantiza…

—¿Qué tienes allí? —Robinson miraba a Miguel.

El niño le entregó las pruebas de imprenta, pero aferró los amuletos con la otra mano.

Robinson rompió las pruebas en varios trozos. Nos quedamos todos boquiabiertos.

Finalmente, Wells dijo:

—Ese es un delito punible. Si no hubiera una dama presente, le diría lo que pienso de usted. Lo que acaba de destruir era de mi propiedad. Y, ya que estamos en el tema, me gustaría saber qué sucedió con los papeles que faltan en mi portafolio. Eran ultra secretos.

—¿Qué tienes allí? —volvió a preguntar Robinson a Miguel.

El niño abrió la mano y le mostró los amuletos.

—Devuélveselos al señor Tom —dijo Robinson con voz serena.

—Son míos —dijo Miguel.

—Son objetos inofensivos —dije.

—Traen suerte —dijo el niño.

—Escúchame, Miguel: son cosas malas —dijo Robinson—. Tienes que devolverlas.

—Es una crueldad darle algo a un niño y luego quitárselo —dijo Miguel.

—Qué gracioso —dijo Jimmie.

Robinson nos miró y dijo:

—Siendo mis huéspedes, está mal que pongan al niño en mi contra.

—Entrégale esos artículos al señor Tom, como el niño noble que eres —dijo Jimmie a Miguel.

El niño se largó a llorar ante la primera señal de traición.

—Devuélvemelos por ahora —dijo Wells—. Te los guardaré.

—No debe someter al niño a sus engaños —dijo Robinson—. Él tiene que saber que no le permito conservarlos bajo ninguna razón.

Wells volvió a intentarlo:

—Entrega los amuletos a Robinson —dijo— y quizá le traigan suerte a él.

Miguel se animó.

—Robinson puede quedarse con uno —dijo—. Puede quedarse con la medalla de la suerte; yo me quedaré con Ethel y con Natty y no estoy bromeando.

—No me importa la suerte que traigan —dijo Robinson, implacable —. Los arrojaré en el incinerador, en la montaña. Ya ves, Miguel, estos trozos de metal son muy dañinos. —Mientras los miraba sobre la palma abierta del niño, advertí una mueca de asco en la cara de Robinson. “En verdad cree que tienen propiedades malignas”, me dije a mí misma.

—Miguel —dije—, devuélveselos al señor Tom y ahora mismo te daremos algo aún mejor. —Me pregunté con desesperación qué le daríamos.

—No debe engañarlo —dijo Robinson—. La verdad es que no tiene nada para darle. Aparte de esta basura de Wells y de la ropa que llevan puesta, todos ustedes no tienen nada por el momento.

El niño empezó a llorar otra vez.

—No debería torturarlo con toda esta discusión —dije.

—De acuerdo —dijo Robinson—, no le quitaré las cosas por la fuerza. De todos modos, preferiría no tocarlas.

—Eso es bastante supersticioso de su parte —dije.

Pude ver que Robinson estaba furioso. Como si respondiera a un desafío, levantó algunos de los amuletos del patio y los examinó. En verdad aborrecía tocarlos.

De repente, los dejó caer sobre el regazo de Wells y dijo:

—Bella está enferma, Miguel. Ve y échale un vistazo. —Bella era la cabra.

—Bella —dijo Miguel. Siguió a Robinson, guardándose los amuletos en el bolsillo.

—Hay algo que está mal con ese hombre —dijo Tom Wells.

—Es su isla —dije.

—Soy un ciudadano británico —dijo Wells—. Ha destruido mi propiedad. Eso es un hecho; lo denunciaré con las autoridades cuando regrese a casa.

Comenzó a recoger los trozos de su revista. Le resultaba difícil a causa de las costillas vendadas. Jimmie y yo lo ayudamos. Cuando terminamos de recoger todos los fragmentos, tuve una idea y tomé una cinta adhesiva transparente del escritorio.

La traje al patio y me puse a pegar las páginas rotas, como si se tratara de un rompecabezas. Al igual que Miguel, la sección de avisos, con sus fotografías, me pareció lo más atractivo. Había un indio, con turbante, muy serio; un hombre con aspecto de erudito y con anteojos de marco de carey; una mujer de aspecto maternal; un hombre joven y apuesto con un hábito de monje; una muchacha de mirada salvaje, parecida a Emily Brontë. Todos estaban acompañados por anuncios que también me fascinaron.

> BARI SAWIMI puede proporcionarle una Regeneración Táctil. Envíe un trozo de una prenda personal de tela, de diez por veinte centímetros, para una respuesta postal e inmediata satisfacción. PO Box 37s. 6d. No hacer cheques a nombre de "Bari Sawimi", Box 957, *Su Futuro*.

> MURIEL LA MARAVILLOSA, con sus ojos de rayos x. *Puede leer hasta el fondo de su alma*. Cientos de clientes satisfechos…

> CONSULTE AL HERMANO DEREK. ¿Afligido? ¿Preocupado? ¿Aquel trabajo tan bien pago está fuera de su alcance? Escriba al hermano Derek…

En una de las fotos descubrí una imagen retocada que se parecía mucho al propio Wells, titulada Doctor Benignus.

Confíe en el DOCTOR BENIGNUS. Trátelo como a su padre. Consejos GRATIS para todos los lectores de *Su Futuro* y miembros del Círculo Mágico de Amistades del Doctor Benignus. Problemas financieros, matrimoniales y morales tratados con la mayor confidencialidad. El Doctor Benignus ha llevado consuelo y felicidad a miles de…

Al fin logre armar las pruebas completas, aunque rasgadas.

—Muy gentil de tu parte, cariño —dijo Wells.

—No corresponde que tutee ni llame “cariño” a la señorita January —dijo Jimmie—, como si fuera una mujer sola, y si osa…

—Una mujerzuela, querrá decir —dije.

—Una mujerzuela —dijo Jimmie—; y si osa infligirle cualquier humillación a esta dama, le dejaré el ojo morado.

Tom Wells se palmeó las costillas, cerró los ojos y se dirigió a mí.

—Pongámonos serios un momento. En este número hay un artículo que va a interesarle. Vea la página doce. Se titula “¿Estamos cumpliendo la profecía del Apocalipsis?”.

—En serio —dijo Jimmie.

—Naturalmente —dijo Wells—, es muy serio.

—Me refería a que le dejaría el ojo morado —dijo Jimmie.

CAPÍTULO VI

No había manera de llegar al otro lado de la isla sino atravesando la montaña. El camino partía desde la meseta donde estaba la casa, se elevaba repentinamente, zigzagueaba hacia el norte y noroeste sorteando los picos más altos, para luego descender a través de bosques de enebro hasta llegar a una planicie verde en el Brazo Norte. En algunos puntos del sendero donde se amontonaban los árboles solo unos pocos rayos de luz blanca penetraban las nubes y la escena era nítida; los claroscuros tenían la textura de un grabado en madera. De pronto, bajo la luz directa del sol, resplandecían una variedad de verdes y alcanzaban a verse cráteres cubiertos de musgo. Brillaban unas raras lucecitas rojas, que luego descubrí que las causaban los vapores que subían desde el suelo como un rocío de herrumbre. Hacia el este de esa ruta, la montaña estaba llena de cráteres anchos y profundos. Los pozos menos hondos tenían dentro charcos de agua iridiscente, con reflejos verdes y azules. Ese era el paisaje lunar del que Robinson nos había hablado. La sensación de la tierra debajo de nuestros pies, los colores, aun el aire eran extraños.

Nunca había visto tantos arroyos en una montaña. Robinson decía que esos pequeños manantiales aparecían por doquier, de modo que cada vez que cruzaba la montaña —alrededor de una vez al mes— descubría dos o tres nuevos. En un punto, sobre nuestra meseta, donde las rocas estaban al descubierto y el sol era particularmente fuerte, vi una planta parecida a un pequeño cactus y, desde la brecha en la piedra donde había echado raíces, como si surgiera de la planta misma, manaba un pequeño hilo de agua que corría con fuerza. Esto sucedió la primera vez que crucé la montaña. Estaba con Robinson, que buscaba cierta agua de manantial que tenía grandes propiedades curativas; pensaba que podría curar a su cabra enferma. Robinson se mostró muy entusiasmado al ver el agua que aparentemente manaba del cactus. “Es un manantial nuevo”, dijo. Me dejó allí y volvió a la casa en busca de su

cámara de fotos. Aún conservo la fotografía. Parece falsa: el cactus abre sus gruesos labios, como un tritón de piedra en una fuente, para vomitar un chorro de agua.

Robinson caminaba delante. Me habló por encima del hombro:

—¿Sigue llevando su diario?

—No, últimamente perdí el interés.

—Debería escribir todos los días.

—Ya no me importa. Puede que lo retome más adelante.

—Debería importarle. Pensé que era escritora.

—No escribo nada a menos que tenga ganas de hacerlo.

—Ah —dijo él—, ya veo. Usted escribe por placer. Su actitud, llevada a su conclusión lógica…

—Mire la mata de mimosas —dije. Había una arboleda en una meseta debajo de nosotros y, al borde de eso, seis mimosas. Siempre me enfurece que la gente me diga: “Tu actitud, llevada a su conclusión lógica…”.

—Siga llevando su diario —dijo—. La ayudará a sacarse a Jimmie de la cabeza.

—No veo por qué querría sacarme a Jimmie de la cabeza.

Por supuesto, al reflexionar más tarde sobre aquella conversación, en mi furia lamenté no haber respondido “Usted es un insolente”, o algo por el estilo.

Jimmie y yo habíamos estado planeando una excursión a la montaña y, luego de alguna vacilación, consultamos a Robinson acerca de la ruta. A decir verdad, yo había intentado sonsacarle información a Miguel sobre el mejor camino para atravesar la montaña, pero él había dicho: “Pregúnteselo a Robinson”.

—No creo que haya nada que valga la pena ver en la montaña —dije adrede.

Miguel se rio y, para darme algo en qué pensar, dijo:

—Hay tres túneles secretos.

—Lo creeré cuando los vea —dije.

—Pregúntele a Robinson —dijo.

Jimmie y yo no queríamos preguntarle nada a Robinson; habríamos preferido arreglárnoslas solos, porque sentíamos que él encontraría el modo de que no hiciéramos aquel viaje juntos. Como se supo después, eso era cierto. Robinson había dejado en claro que no aprobaba mi

amistad con Jimmie. Es verdad que yo estaba acercándome bastante a él, sobre todo debido a nuestra situación en la isla y a las cualidades del lugar, a los colores, a los ambientes, a la neblina y a esa clase de cosas.

Una tarde, mientras Tom Wells dormía y Robinson y Miguel pescaban en uno de los arroyos encima de nuestra meseta, dije a Jimmie:

—Salgamos de aquí.

—¿Adónde?

—Tal vez podamos cruzar la montaña.

Él negó con la cabeza.

—No conozco la montaña.

—¿Qué otras partes de la isla conoce?

—El cementerio —dijo.

Robinson había prometido mostrarnos toda la isla. Por entonces, era nuestra octava semana allí. Mi única excursión había sido a la playa, por el camino del sur. Tom Wells, en parte a causa de su herida y en parte por su pereza y falta de curiosidad, no había intentado explorar demasiado; me pareció que deseaba reproducir a su alrededor, con la mayor fidelidad posible, el entorno de la oficina de su revista en Paddington. Robinson había colocado un escritorio en el cuarto de Wells, donde este había desplegado sus papeles y escribía artículos para los próximos números de *Su Futuro* en hojas que Robinson le había dado con resignación. A veces leía los libros de Robinson que le llamaban la atención. Se quejaba mucho de la comida, del clima y del dinero que estaba perdiendo por culpa de su cautiverio en la isla, porque así lo llamaba. “Este cautiverio forzoso”, repetía todos los días, junto con otras frases, tales como: “Supongo que mi mujer se habrá marchado a casa de su hermana”, “Tenemos suerte de estar vivos” y “Hay algo que está mal con ese Robinson”. Se quejaba también de que Robinson le hubiese quitado las chucherías a Miguel y que las hubiese arrojado en un cráter activo llamado El Horno: “Ese Robinson es un maníaco religioso” o “Ese hombre se pone loco si uno trata al niño con amabilidad”.

En una ocasión en que Robinson estaba particularmente irritado porque yo había ganado el elogio de Miguel durante un partido de ping-pong muy animado con Bluebell, se me ocurrió que yo, comparada con Robinson, Jimmie y Tom Wells, sobrellevaba bastante bien las circunstancias. Luego de esta reflexión, me procuré cuatro cigarrillos de la ración de Robinson para proteger mi alma del pecado mortal del

orgullo. Realmente mortifica mucho hacerle una pequeña mezquindad a alguien, pero un teólogo me dijo una vez que no está contemplado por la doctrina.

Jimmie observó mi robo y mientras yo encendía uno de los cigarrillos saqueados y exhalaba el humo con lujuria, le expliqué el motivo. Era la primera hora de la tarde, Tom Wells dormía, y fue entonces cuando dije: “Salgamos de aquí”. Planeamos una excursión para el día siguiente. Jimmie guiaba el rumbo hacia el cementerio, que estaba ligeramente al noroeste de nuestra meseta, a menos de un kilómetro y medio de la casa. Tuvimos que escalar una abrupta pendiente; después, cuesta abajo, el camino se hizo más fácil. En la ladera oeste de la montaña había unos pozos de lava, pero no eran tantos como los que luego vi en mi caminata con Robinson a través de la ladera noreste. Me sorprendió ver que el avión no se había estrellado en uno de los macizos acantilados de las montañas, sino en una suave colina verde que se hundía hacia abajo. Allí nos había encontrado Robinson la noche del accidente: Jimmie deambulaba, mareado, con la cara ensangrentada; yo yacía inconsciente, de costado, como si estuviera muerta; Tom Wells aullaba y se retorcía, iluminado por las llamas del avión. Finalmente, cuando se hizo de día y Jimmie se calmó, él y Robinson nos llevaron hasta la orilla del lago azul y verde.

Bastante cerca de allí, en una hondonada de fondo llano, Jimmie y Robinson habían enterrado los cuerpos. Como las tumbas no eran lo bastante profundas —puesto que dos sepultureros para los restos de veintiséis muertos eran demasiado poco para una excavación muy profunda—, habían removido un conjunto de rocas y de piedras volcánicas de los costados del montículo que había alrededor y las llevaron rodando hasta cubrirlas con ellas. Aquellas rocas recién desprendidas, algunas hechas de una suerte de lava roja, negra y porosa, cubrían la hondonada, protegiendo el cementerio de los embates de la lluvia y la neblina, hasta que llegasen los cosechadores de granadas en agosto y tal vez lográramos convencerlos de que cavaran nuevas tumbas para dar una sepultura más segura a los cadáveres.

A veces, en la meseta donde se alzaba la casa de Robinson, cuando el viento soplaba desde el norte o desde el este, un extraño olor a quemado invadía la atmósfera y penetraba en las habitaciones. Olía a azufre. Según Robinson, venía de una erupción efervescente y aún activa en la montaña, que él llamaba El Horno.

—Me encantaría ver El Horno —dije.

—La llevaré allí, algún día.

Cada vez que el viento soplaba del noreste, trayendo ese olor a azufre quemado, yo le recordaba su promesa.

Mientras estaba sentada con Jimmie encima del cementerio, sentí olor a quemado, aunque no había viento.

—Debe de haber un pozo de lava líquida cerca —dije.

—Lo que huele son los olores del avión —dijo Jimmie.

Se puso de pie y me indicó que lo siguiera. Bajé la colina detrás de él y allí, a nuestra izquierda, estaban los restos del avión, apoyados contra la pendiente cubierta de pasto y, aunque habían pasado ocho semanas, emanaban un olor a quemado como el que produciría un dragón muerto al descomponerse.

Al ver los restos me eché a llorar. "¡Oh, Dios! Ahogue esa pena en un poco de brandy", dijo Jimmie. No pude dejar de llorar aunque me causaran gracia las palabras de Jimmie y aunque ya me hubiera imaginado, muchas veces desde la recuperación del accidente, la escena del avión en llamas. La había imaginado en un intento por convertirla en un ejercicio de piedad, ya que es una emoción que no surge fácilmente en el desconcierto y en los primeros temores que nos dominan cuando estamos en un entorno muy extraño.

No sé si fue por piedad que lloré al ver los restos del avión; solo sé que no podía dejar de hacerlo. Caminamos hasta que el avión y el cementerio quedaron ocultos detrás de una colina de pasto y nos sentamos a contemplar el mar que resplandecía debajo de nosotros. Pero yo seguía llorando.

Llevábamos con nosotros comida para el picnic: dos guayabas, algunas galletas de crema de banana y una botella del agua mineral amarillenta que Robinson y Miguel solían traer de la montaña. Jimmie abrió el paquete de la comida y me sirvió un trago en un jarro de loza. Aunque yo seguía llorando, me pareció que el agua era más amarillenta de lo habitual y, cuando la probé, dije:

—¿Qué le puso? —Reconocí el gusto y el color del brandy—. ¿Dónde consiguió el brandy? —pregunté, sin dejar de llorar.

Jimmie extrajo del bolsillo del saco una petaca de cuero y plata y me la acercó a la nariz.

—Puedo servirle un poco más, si lo desea.

—¿Dónde lo consiguió?

—Es un regalo personal que recibí de un pariente. Cuando me rescataron del avión, también rescataron mi querida petaca.

Yo recordaba haber visto en el avión la petaca de Jimmie, de la cual

me había convidado con un poco de brandy. Enjugándome los ojos, dije:

—¿Dónde consiguió el brandy? Sé que la petaca es suya, pero ¿dónde consiguió el brandy? —Porque, en el avión, entre Jimmie y yo la habíamos vaciado.

Él miró su petaca, arrobado, la olió y luego, colocándosela junto a una oreja, la agitó para oír el ruido del licor.

—Estaba entre los despojos —dijo—. Ay, beba y no llore más.

Sabía que no había encontrado el brandy entre los despojos. Robinson había examinado y clasificado los pocos restos de equipaje que había cerca del avión. Tom Wells y Jimmie recibieron algo de ropa para satisfacer sus necesidades inmediatas y yo rechacé aquellas prendas siniestras. Sin duda, no había ningún licor intacto en aquellas dispersas y patéticas maletas.

—¿De qué despojos? —dije, con lágrimas mecánicas, que ya no sentía—. ¿De los de Robinson? —agregué. Hice una pausa y continué—: Mire, Jimmie, es el brandy de Robinson. No debería habérselo quitado.

—Lo hago para mortificar mi alma inmortal —dijo Jimmie—, como acaba usted de decírmelo. Y, después de todo, maldita sea, obtener un poco de algo que uno desea hace mucho bien.

Se desató del cuello un pañuelo de seda con lunares y me lo dio para que lo usara, ya que el mío estaba empapado con mis lágrimas. Se sirvió un poco más de brandy. No lo advertí en el momento, pero más tarde me di cuenta de que el pañuelo también provenía de los despojos del avión. Entretanto, lo usé para llorar sobre él.

Jimmie se recostó sobre los codos y bebió.

—Muchas veces en el pasado, cuando Robinson era mi compinche… —Se interrumpió y dijo—: Viene Robinson.

Alcé la vista y vi la cabeza de Robinson asomar detrás de una colina a cierta distancia; luego, al cabo de unos instantes, su cabeza y sus hombros emergieron detrás de un promontorio más cercano, hasta que poco a poco fue apareciendo por completo, mientras caminaba hacia donde nos hallábamos.

—¿Por qué llora? —dijo, mirándonos alternativamente a mí, a Jimmie y otra vez a mí.

Solté una risita, sin dejar de llorar, ante su mirada de sospecha. Me caía bien Robinson, pero últimamente en su afán de mantener el orden en su isla lo encontraba bastante extraño.

—Supongo que se lamenta por el desastre del avión —dijo Jimmie, todavía reclinado sobre los codos y bebiendo brandy.

No sonó demasiado convincente, lo cual me hizo reír de nuevo. Al oírme, Robinson me lanzó una mirada dura y luego dijo:

—Tome un poco de brandy. —Y, sin apartar la vista de mí, se dirigió a Jimmie—: Dele un poco. —Esto nos sorprendió a ambos, porque no parecía haber notado la tapa de la petaca que Jimmie tenía en la mano y menos aún su contenido.

—Tengo un poco aquí —dije, alzando el jarro de loza.

Robinson lo olió.

—¿Qué es esa mezcla?

—Agua mineral y una pizca de…

—¿No será mi *mejor* brandy? —dijo Robinson.

—Lo es, naturalmente. Cálmate —dijo Jimmie.

—¿Quieres decirme que has mezclado mi mejor brandy con agua mineral? —dijo Robinson—. No me sorprende que January esté llorando.

Comprendí que estaba armando semejante escándalo acerca de su mejor brandy para ahorrarnos la vergüenza de explicar por qué teníamos su brandy y me pareció un buen gesto de su parte.

—Sabe muy bien con agua mineral —dije.

Me seguían cayendo lágrimas de los ojos.

—Es horrendo —dijo Jimmie.

Robinson se sentó junto a nosotros. Le dijo a Jimmie:

—¿Le queda algo en la petaca?

—Mucho.

Jimmie le entregó la petaca. Robinson me la pasó y me dijo que tomara un buen trago, lo cual hice.

Casi como si se tratara de una emoción, el efecto del brandy empezó a esparcirse dentro de mí. Sentí que esperaban que diera alguna explicación por mi llanto. No sabía qué decir. Pensé en decir “Me siento una tonta”, pero me contuve porque recordé que es lo que suelen decir las mujeres cuando lloran.

—Oh, Dios, no sé qué decir —dije, pero la frase me sonó el colmo de la idiotez.

—Pruebe con un cigarrillo —dijo Robinson y me ofreció su cigarrera abierta.

—No —dije—, mejor si toma *usted* uno de los *míos*. —Hurgué en el paquete del picnic y saqué el sobre donde guardaba los cigarrillos.

—De acuerdo, lo *acepto* —dijo Robinson—. *Muchísimas* gracias. —No

es que me importara mucho todo aquello; estaba demasiado absorbida en mi llanto.

Dejé de llorar un momento, mientras fumaba el cigarrillo.

—Ojalá tuviera un poco de maquillaje —dije, tratando de pensar y de articular alguna queja concreta. Era cierto que mientras estaba en la isla extrañaba mucho mi maquillaje; no me gusta andar a cara lavada para que todos vean lo que llevo escrito en ella. Una de las fantasías con las que soñaba despierta cuando estaba en la isla, como una añoranza, era una sesión de maquillaje. Me imaginaba en mi dormitorio, en mi casa, cumpliendo con cada uno de los pasos: la limpieza, la crema, las pinturas; todo el ritual de la humectación y el masajeo, hasta el último toque de rímel, tomándome mi tiempo, digamos una o dos horas. Mientras que la verdad es que en casa me maquillaba con bastante rapidez y solo le dedicaba el tiempo que merecía en las contadísimas ocasiones en que estaba de humor.

—Tenemos algunas cosas que encontramos entre los despojos —dijo Robinson—. Puede usarlas, si siente que es imprescindible.

—De ningún modo —dije y empecé a llorar otra vez.

—No es imprescindible —dijo Robinson.

—Es esencial para una dama —dijo Jimmie— adornarse el rostro con un poco de pintura.

—Simple y objetivamente, no es esencial —dijo Robinson—, pero no tengo objeciones al respecto.

¡Cómo me enfurecía que Robinson dijera que tenía o que no tenía objeciones al respecto sobre algo! Dejé de llorar.

—Sus objeciones no tienen importancia —dije.

Comencé a guardar las cosas en señal de que el picnic había terminado. No era la primera vez que Robinson se entrometía cuando Jimmie y yo estábamos de picnic por ahí.

Robinson, como si me leyera el pensamiento, dijo a Jimmie:

—Vine a contarle algo sobre Bella. Ha estado vomitando. La ordeño como siempre, pero me deshago de la leche por si está infectada.

Se adelantó y Jimmie y yo lo seguimos. Nos detuvimos a observar la neblina que empezaba a formarse, arremolinándose como leche cuajada por debajo de nosotros.

Fue la tarde del día siguiente cuando atravesé la montaña con Robinson en busca de agua mineral para la cabra. Jimmie había querido acompañarnos, pero Robinson encontró una emergencia para evitarlo:

humedad en el depósito. Había que mover todas las cajas y reemplazar la cañería que había detrás de una de las paredes.

—Siga escribiendo su diario; la ayudará a sacarse a Jimmie de la cabeza.

Ante semejante comentario, por supuesto, yo debería haber respondido: “Es un insolente”.

—No veo por qué querría sacarme a Jimmie de la cabeza.

Y, al responder aquello, me pregunté cuál sería la mejor manera, en las cinco semanas que me restaban en la isla, de mantener mi relación con Jimmie libre de la interferencia de Robinson y, al mismo tiempo, que este no dejara de protegerme de Wells.

—¿Jimmie le habló mucho de él? —preguntó Robinson.

—Jimmie me habló mucho de usted —dije.

—¿Qué le contó Jimmie?

Esperaba aquella pregunta. Miré a mi alrededor y vi a Miguel más arriba que nosotros, siguiéndonos. Al observarlo, puse en orden mis impresiones y noté: en primer lugar, que Miguel debió de acercarse a nosotros por debajo de la tierra, y dos, que sentía bastante pena por Robinson. Era difícil para un recluso, y más para uno tan severo, sentir amenazada su reclusión por lo que otras personas sabían de él.

—Aquí viene Miguel —dije.

Robinson se esforzó por parecer interesado en la llegada de Miguel y luego repitió, en tono casual:

—¿Qué le contó Jimmie? —Soltó una carcajada divertida, como si quisiera decirme que no podía tomar en serio nada de lo que me hubiera dicho.

—Hola, Miguel —grité.

Lo cierto es que, cuando estoy enojada, tengo una lengua afilada y, en esos momentos, es mejor que diga cualquier cosa que no tenga nada que ver antes que decir algo relacionado con el tema.

Miguel sonreía con felicidad mientras trepaba detrás de nosotros.

—Viniste por el túnel secreto —observé.

Robinson pareció sorprendido durante un segundo; luego se dio por vencido, como si su último aliado lo hubiese traicionado. Siempre sucede lo mismo con la gente que hace del autocontrol un fetiche: adoptan las actitudes más histriónicas. ¿Cómo iba a saber yo que la existencia de los canales subterráneos era un secreto?

Por suerte, Miguel no pareció perturbado por mi comentario.

—Desde este lugar —dijo Robinson, que estaba un poco más alto que yo—, tiene una vista del mar de ambos lados: la Bahía Vasco da Gama hacia el norte, y nuestra Bahía de las Granadas hacia el sur. La bauticé así porque allí es donde atraca el barco que viene a recoger las granadas.

Era, con todo, una vista espléndida. Estaba dispuesta a no decir nada más acerca del espinoso tema de las cuevas subterráneas, pero Miguel dijo con picardía:

—Conozco todos los túneles secretos de la isla.

—Me encantaría verlos.

—No valen demasiado la pena —dijo Robinson—, son unos agujeros en la montaña, llenos de barro. En uno de ellos hay un punto donde hay que arrastrarse cuerpo a tierra. Y, por supuesto, ya no son secretos.

—Pero ella no los conoce —dijo Miguel.

—Solo los conozco de oídas —dije.

—Ella no conoce los túneles secretos —repitió Miguel con entusiasmo.

—Puedo oler El Horno —dije. También podía oír su rumor y en ese momento vi elevarse en ráfagas el humo rojizo, del otro lado de la colina.

Uno de los lados del cráter, por el cual nos acercábamos a la ladera que daba al fondo, tenía una pendiente suave y estaba cubierto de vegetación tropical, de plantas gruesas como lenguas de vaca pero muy verdes gracias a los numerosos riachuelos que surcaban aquel flanco. Cuando esos hilos de agua llegaban al fondo del cráter, chisporroteaban y se evaporaban; el ruido y el vapor se mezclaban con el rumor de las nubes sulfurosas de la erupción. El costado opuesto del cráter era repentino y escarpado, y era contra ese acantilado que las nubes rojizas golpeaban y se dispersaban, de modo que podíamos permanecer en el borde del cráter de este lado, observando la ebullición sin demasiadas molestias. Desde donde estábamos habría sido fácil descender caminando hasta el fondo. Pero el borde opuesto estaba cortado a pico.

—Qué horrible caer allí —dije—. Nadie podría sobrevivir.

—El cuerpo sería absorbido de inmediato por el fondo —dijo Robinson—. Allí abajo hay una acción continua de succión y expulsión. —Y añadió—: Curiosamente, si arroja allí algo de tamaño considerable, la erupción lanza una suerte de grito. Debe de haber un hueco angosto y tubular que baja hasta el fondo del cráter y la succión que se produce a través de él emite ese ruido, ¿lo ve?

No lo veía, pero alcé la piedra más grande que encontré y la arrojé en el fango hirviente. Se oyó un grito horrible.

—A veces —dijo Robinson— suspira sin motivo alguno.

—Me encantaría oírlo suspirar —dije.

Miguel había descendido parte de la ladera, recogiendo algunas flores de grandes pétalos que en su origen parecían haber sido azules pero que la constante actividad del vapor rojizo las había hecho virar a un tono malva jaspeado.

—No te alejes tanto —gritó Robinson—. Más abajo es muy resbaladizo y podrías caerte. No podríamos bajar a rescatarte.

Miguel se rio.

—Las flores son para el señor Tom —dijo.

En el camino de regreso, Robinson volvió a referirse al diario.

—Siga escribiéndolo. Más adelante agradecerá haber tomado esas notas. Después de todo, tiene la intención de escribir sobre algunas islas.

—No sobre esta isla —dije.

—El hombre propone y Dios dispone —dijo.

Pensé: “Hay algo de cierto en eso y es una pena no tenerlo presente cuando nuestros planes se desbaratan”.

Me habían encargado que escribiera sobre algunas islas para una serie de libros acerca de tríos de diversas cosas. Tres ríos, tres lagos y tríos de montañas, de cortesanas, de batallas, de poetas, de viejas casas de campo. Se suponía que yo escribiría sobre tres islas. Conocía bien dos de las islas que había elegido: Zanzíbar y Tiree. Había pensado que una de las Azores completaría un trío atractivo. Alguna otra persona, ahora, ha escrito ese libro sobre tres islas. Creo que alguien agregó a la serie el título *Tres hombres en mi vida*.

Robinson continuó machacando acerca de las ventajas de llevar un diario. Mi rabia se había extinguido por completo al ver El Horno y, con un humor más afable, dije:

—Oh, bueno, ya veré.

—Aténgase a los hechos —dijo Robinson—. Está El Horno, por ejemplo. Y hay muchas otras cosas singulares en la isla. ¿Ya descubrió las polillas? Y no olvide esos largos lagartos, los árboles, esos enebros en miniatura que crecen en las partes más castigadas de la montaña, los helechos…

“Y la granja derruida, la ausencia de cultivos”, pensé.

Como si me hubiese oído, prosiguió:

—No ha visto mi plantación de granadas.
—No —dije—. Tal vez quiera llevarnos allí.
Guardó silencio durante el resto del camino de vuelta.

CAPÍTULO VII

Bluebell cazaba mariposas en el patio. Tom Wells estaba sentado adentro, en tirantes. Jimmie estaba con Robinson, reparando la cañería rota detrás del depósito. Miguel estaba sentado a la mesa de la cocina haciendo ejercicios de aritmética. Yo estaba sentada al sol, sumamente cansada por haber atravesado la montaña el día anterior. Estaba escribiendo una entrada en mi diario:

> *Miércoles 30 de junio*. Robinson nació en Gibraltar en 1903, en el seno de una familia militar adinerada. Fue educado en Inglaterra y en Francia. Más tarde, alrededor de los veinticuatro años, entró en un seminario irlandés para ordenarse como sacerdote. A su madre viuda y católica, de quien Robinson era único hijo, esto le parecía muy loable. A su padre lo mataron en 1917.
>
> Tras un período en el seminario y en el momento preciso en que iba a ser diácono, rehusó ordenarse. Viajó por España, Italia y América del Sur, supervisando los ritos católicos y, al cabo de un año, abandonó la Iglesia por lo que consideraba el carácter supersticioso de la institución. En particular, objetaba la creciente ola de devoción a la virgen María y sobre ese asunto envió numerosas cartas y artículos a revistas católicas que después reunió en un libro titulado *Los peligros de la doctrina mariana*. Si bien aún profesaba la fe católica, Robinson sostenía que la Iglesia había incurrido en herejía.
>
> Robinson luchó en España en el bando republicano, pero desertó asqueado al cabo de seis meses. Se retiró entonces a México, donde vivió en un rancho desierto durante unos diez años.
>
> La madre de Robinson murió en 1946. Él regresó para enterrarla. Confió su considerable fortuna a un tío que vivía en

> Gibraltar y que tenía negocios en Tánger. Compró esta isla, que en ese momento se llamaba Ferreira, por un portugués de ese nombre. Ha vivido aquí desde entonces.
>
> Su nombre completo es Miles Mary Robinson. Por alguna razón que no me resulta del todo clara, nadie lo llama señor Robinson ni imagino que alguien lo llame Miles.

Estaba sentada lánguidamente en la silla de caña, agotada por esta acumulación de datos. Había disfrutado de esa pequeña y maliciosa tarea —ya que su consejo de que me atuviera a los hechos no incluía los hechos acerca de sí mismo— y disfrutaba al pensar que él había conseguido lo que me había pedido. Pero no podía descansar en aquel pensamiento tan simple. En ese momento ni siquiera estaba segura de que todos esos hechos fueran ciertos. Me los había contado Jimmie.

Volví a preguntarme cuál de mis hermanas se consideraría la responsable de Brian. Acababa de empezar la escuela y había que decidir si viviría en casa de Curly Lonsdale o en la de Ian Brodie cuando llegaran las vacaciones de verano.

Había visto sobre el escritorio de Robinson su libro *Los peligros de la doctrina mariana* con páginas de notas escritas en lápiz, en las que aparentemente aún trabajaba. Mi cuñado Ian, católico de nacimiento y bastante agresivo en lo que hacía a su religión, siempre usaba esa palabra, “peligro”, en relación con nuestra santísima virgen, aunque en lo que a mí respecta no veía ningún motivo para hacerlo. Al regresar de sus vacaciones, Ian solía escribir cartas alarmadas a los periódicos católicos acerca de los excesos en el culto a la virgen María que había presenciado en España o en Italia en los días de fiesta y del peligro que todo aquello implicaba.

—¿En qué estaban pensando los obispos —me preguntó una vez— cuando permitieron aquellas peligrosas extravagancias?

—No sé, Ian —respondí—, qué piensan los obispos porque no conozco a ninguno.

—Todo buen católico debería horrorizarse al ver a la Madre de Dios adorada como si fuese una diosa pagana.

—¿Tú crees en las diosas paganas? —pregunté—. ¿Crees que existen? ¿Que tienen poder?

—Bueno, en el sentido psicológico…

—Me refiero al sentido real y material.

—No, no exactamente.

—Entonces no veo el peligro. Es improbable que las diosas paganas reciban las plegarias dirigidas a la virgen María.

—Está el asunto de la distorsión de la doctrina —dijo Ian—. Esa gente hace más alboroto por la virgen María que por Jesucristo. Eso es muy peligroso. Y está ocurriendo en todo el mundo. Acabo de escribir una carta…

—No veo que las plegarias a la virgen María sean recompensadas con el don de una doctrina corrupta.

—Aleja a la gente de la fe —dijo Ian.

—¿A qué gente?

—A los no católicos, a los católicos no practicantes, a los cristianos respetables…

—Siempre hay un obstáculo. Si no es una cosa es otra.

Pensaba en el propio Ian y en el hecho de que durante años yo me mantuve alejada de la Iglesia Católica porque él era uno de sus miembros más quejosos.

—Decía en mi carta —continuó Ian— que es tiempo de que se erradiquen esas peligrosas impurezas…

Luego de aquella ocasión evitaba discutir con Ian porque él siempre salía victorioso. Podía apoyarse en un espectro de referencias teológicas que me era desconocido y yo no confiaba en que las estuviera usando del modo correcto. Más aún, él era católico de nacimiento y yo era conversa; los católicos hereditarios no soportan que los recién venidos los contradigan. Además, quizá lo más importante de todo, yo sentía cierto temor hacia Ian Brodie y me sentía veladamente amenazada por él.

Agnes me había dicho una vez que su marido sufría de impotencia sexual. No tenía derecho a decirme semejante cosa, pero sentí que no me decía nada que yo no supiese. Hasta el día de hoy tengo la vaga sospecha de que la impotencia de Ian está de algún modo ligada a sus sospechas acerca de la virgen María, que él llamaba “celo por la Fe Verdadera”, una frase que, según descubrí, Robinson había usado en sus publicaciones.

Durante aquellas primeras semanas en la isla me sorprendían cada vez más las similitudes entre Robinson y Ian Brodie. En aquel momento las exageraba, pero aun así existían, tenues. Robinson, petiso, musculoso y de piel oscura, no se parecía a primera vista al alto y desgarbado Ian Brodie; solo encontraba, cada tanto, un parecido en las formas de las cabezas. Pero Robinson era mucho más inteligente y más

controlado.

Por otra parte, el fervor antimariano de Robinson me resultaba mucho más interesante que el de Ian, porque en el primero era una obsesión de tal peso que lo había llevado a abandonar la Iglesia; se había creado para sí mismo un sistema sostenido por una mera cadena de identidades: identificaba la mariología con la mitología terrenal, luego identificaba a ambas con la superstición y la superstición con el Mal. Aunque la idea me parecía estéril, constituía un sistema, tal como lo había expuesto en su libro. Y Brodie, por el contrario, estaba repleto de emociones inarticuladas acerca de la religión que sus espasmódicas racionalizaciones no conseguían satisfacer; de temperamento mezquino, era un mísero reduccionista que siempre se empeñaba en demostrar cuán lejos podía llegar en su oposición a la Iglesia sin ser excomulgado.

Y mientras nunca pude detestar realmente a Robinson, odiaba las agallas de Ian Brodie.

Pero cuando Robinson mostraba su preocupación por mantener la autoridad en su isla, por saber qué sucedía entre nosotros, por evitar que nos peleásemos o que estableciésemos relaciones personales, por impedir que nos hiciésemos amigos de Miguel y, sobre todo, por detectar cualquier posibilidad de romance entre Jimmie y yo, me recordaba a Ian Brodie y entonces advertía con nitidez la forma de la cabeza de Robinson. Me recordaba escenas de la extraordinaria ansiedad de Ian Brodie por fisgonear en mi vida privada, en particular una que tuvo lugar una mañana hacia el final de las vacaciones de Pascuas, cuando le dije a mi hijo Brian que nos marchábamos de allí. Llamé por teléfono a Agnes, quien había acordado venir a tomar el té conmigo al día siguiente, para decirle que viajaría al extranjero por un par de días.

Fuimos a Dieppe y luego tomamos un ómnibus a Rouen. Yo estaba sentada sola afuera de un café, mirando una torre con un gran reloj. Brian había salido a pasear por los alrededores. Había visto pasar un automóvil inglés. Me sentía demasiado satisfecha con la vida para preocuparme por algo así. El automóvil volvió a pasar. Brian regresó y me anunció que había encontrado una pastelería cuyo dueño se llamaba Marcel Proust y eso nos pareció sumamente divertido. El automóvil inglés pasó una vez más. Reconocí inmediatamente el Singer de Ian Brodie y a él al volante.

—Creía que estaba en Alemania —dijo Brian.

—También yo creía que estaba en Alemania.

Estaba segura de que nos había seguido. Me equivocaba, pero él merecía ser la víctima de mis sospechas precisamente por el modo sospechoso en que pasaba con su automóvil una y otra vez frente al café donde yo me encontraba. En eso no me equivocaba; al verme sola en Rouen, estaba empeñado en averiguar quién me acompañaba. Siempre se mostraba incansable en su tarea de intentar descubrirme en un romance clandestino, pero nunca lo logró y pueden estar seguros de que Ian Brodie todavía se pregunta si eso se debía al hecho de que jamás tuve un amante o a que lo tuve y conseguí ocultarlo. Desde el momento en que advertí su obsesión con este asunto, decidí mantenerlo en vilo; siempre, cuando su horrible curiosidad sobre mi vida privada parecía flaquear, yo la revivía rápidamente con alguna referencia casual que, luego de una ávida investigación, no lo conducía a ninguna parte.

Aquella vez en Rouen, cuando se dio cuenta de que lo había reconocido, era muy tarde para detenerse con alguna excusa inocente. Sin embargo, volvió a pasar unos diez minutos más tarde, esta vez dejando en claro que me había reconocido.

—No podía creer lo que veían mis ojos. ¿Qué haces aquí?

Debería haber respondido "¿Qué haces tú aquí?", pero dije:

—Oh, solo estoy dando un paseo.

Mientras tanto, Brian decía:

—Tomando aire.

—Oh —dijo él, mirándonos alternadamente—. Bueno, no me sorprende que nunca tengan dinero.

—¿Quieres una taza de café? —le preguntó Brian.

Robinson apareció en el patio cargando tres cajas atadas con una soga. Cerré mi cuaderno, con un movimiento culposo; él lo advirtió y yo pensé: "Ahora sabe que estoy escribiendo sobre él". Estaba acostumbrándome a esa idea ligeramente perturbadora, cuando dijo:

—Debería tener una mula. Siempre me resistí a tener una porque la molestia de criar animales en la isla a veces supera la utilidad que ofrecen.

Me pregunté si no era una oscura referencia a mi persona, pero enseguida decidí que no lo era. A veces tenía que resistir la tendencia a encontrar alusiones escondidas y desagradables en las palabras de Robinson.

—Una mula sería útil para cruzar la montaña —observé.

—Exactamente —dijo Robinson—. Tengo que atravesar la montaña

a pie con todos estos paquetes.

Jimmie regresó del depósito con dos atados de cajas. Parecían pesadas.

Tom Wells salió de la casa en sus tirantes, estirando los brazos y bostezando.

—¿Qué pasa? —dijo.

Jimmie señaló las cajas.

—Las provisiones se echaron a perder.

—¿Qué? ¿Cuáles provisiones? —dijo Wells. Era obvio que acababa de despertarse.

—Buena parte de mis latas de comida no pueden consumirse. Tenemos que deshacernos de ellas cuanto antes —dijo Robinson.

—Abrimos estas grandes latas —dijo Jimmie—, mirábamos su contenido, apartábamos la vista, mirábamos otra vez y apartábamos la vista.

En el depósito había altas pilas de latas de comida, tanto grandes recipientes de tres kilos como las pequeñas que suelen venderse en las tiendas.

—¿Qué pasa con las restantes? —dije.

—Están en buenas condiciones —dijo Robinson—. Solo se estropeó una parte del último cargamento.

Jimmie, en su afán por consolarlo, dijo:

—Las arrojaremos al océano.

—Las arrojaremos en El Horno —dijo Robinson con tono cansado—. Cuánto desearía tener una mula.

—Oiga —dijo Wells—, no tiene que acarrear esa basura por toda la montaña.

—Arrástrelas por el acantilado y échelas al mar —dije.

—Tienen que ir al Horno —dijo Robinson—. La comida está en mal estado, las latas están abiertas. El mar las devolverá a la orilla y no quiero ver mi playa cubierta de carne podrida. El Horno evitará todo eso.

—Los tiburones no dejarán nada —dije.

—No si están en latas —dijo Robinson—. Las latas son demasiado para ellos.

Me pareció que Robinson se mostraba particularmente perverso. Se cargó el primer paquete atado al hombro y se encaminó hacia la montaña. Jimmie quiso acompañarlo. Robinson rechazó con firmeza su

ayuda.

—Sé bueno y apila la mercadería en el depósito. Y échale bastante desinfectante. El lugar apesta.

El olor de los dos paquetes de cajas restantes era atroz. Me preparé para acompañar a Jimmie al depósito, con baldes de desinfectante, mientras Tom Wells se abrazaba las costillas.

—Espero que el resto de la comida esté en buenas condiciones. Todavía nos quedan cinco semanas. Podríamos morir de hambre —dijo.

—Está en buenas condiciones —dijo Jimmie—; probamos muestras de toda la mercadería.

Robinson regresó una hora más tarde en busca de otro paquete. Parecía exhausto. También lo estábamos Jimmie y yo tras nuestro trabajo en el depósito. Yo había preparado té. Pensaba que, al menos, podría haberlo hecho Tom Wells. Nos sentamos, deshechos, en la enorme cocina con piso de piedra.

—Le puso azúcar a mi té —dijo Wells—. Lo tomo sin azúcar.

Lo había hecho a propósito.

—Oh, le serviré otra taza —dije.

Esta vez lo hice muy aguado, pero no se quejó. Sin embargo, dijo:

—Estoy harto de tomar té sin leche.

Estábamos quedándonos sin leche en polvo.

—Deberíamos traer limones —dije—. El té con limón es rico. Estoy segura de que podríamos cultivarlos aquí.

—No se podría —dijo Robinson.

“No si dependiera de ti”, pensé, porque la ausencia de cultivos en la isla era un motivo de irritación permanente para mí. No se trataba solamente de que ese hecho ofendiera algún instinto de economía y de producción. Había algo más; ofendía mi sentido estético. Si uno elige una vida que no sigue un patrón convencional, está obligado a hacer de ella un arte; de lo contrario, se convierte en un desastre.

—Creo que podrían cultivarse limones al pie de la ladera del Brazo Sur —dije.

Nadie prestó atención a mi comentario.

—Con la falta de maquillaje y la comida enlatada —continué—, se me está secando demasiado la piel.

—El limón no la ayudará a remediarlo —dijo Robinson.

—Aquí estamos —dijo Wells, mirándonos y haciendo un ademán histriónico—, varados en una isla desierta, y January se preocupa por

su piel.

—Me propongo verter esta bebida sobre su rostro en el caso de que no mantenga la boca cerrada —dijo Jimmie a Wells—. Es monstruoso declarar semejantes insultos cuando se trata de una dama preocupada por su cutis en una isla.

Robinson se puso de pie.

—Me faltan dos viajes —dijo.

—Déjelos para mañana —dijo Wells.

—No puedo dejar las cajas pudriéndose en el patio.

—Arrójelas junto a la montaña por esta noche —dije—. No hay necesidad de hacer semejante caminata hasta El Horno.

—Está bajando la neblina —señaló Jimmie para animarlo.

—De acuerdo —dijo Robinson inesperadamente, porque casi nunca aceptaba nuestros consejos.

Esta vez también aceptó la ayuda de Jimmie para transportar la pesada carga hasta la montaña. Cuando se marcharon, volví a advertir el aspecto de extenuación de Robinson, no solo en su cara, sino también en la flojera de sus brazos y en su modo de andar.

Al día siguiente, Robinson y Jimmie se marcharon a recoger los paquetes que habían dejado al pie de la montaña para llevarlos hasta el cráter. Aquella fue la primera visita de Jimmie a El Horno.

—Gritan —me dijo al volver—. Echamos los paquetes hediondos al cráter. Primero ruedan, luego caen y, ¡diablos!, cuando entran en ese caldero, se oyen gritos.

El señor Wells, que lo había oído, dijo:

—Ya sabe, viejo, estar varado en una isla tiene efectos psicológicos sobre uno. Yo mismo los siento. No es natural vivir a solas con la naturaleza. Si fuera usted, me cuidaría de las alucinaciones. Un curso de meditación…

—El Horno grita cuando uno le arroja algo dentro —dije.

—Me gustaría verlo descender por ese horno tremendo —dijo Jimmie a Wells—. Entonces se oirían dos gritos: uno del horno y otro del señor Wells.

Sin embargo, en las noches no solíamos reñir tanto. La noche después que vaciamos el depósito, cuando nos reunimos en la habitación de Robinson —algunos bebían ron, otros brandy—, estábamos lo bastante cansados y relajados para especular cómo sería nuestro rescate y lo sorprendidos que estaríamos cada uno de nosotros.

—Ruego a Dios que mi mujer se haya marchado a casa de su hermana —dijo Wells—. A uno de mis hermanos, soltero, le gusta mi esposa. No me sorprendería que se hubiesen casado al darme por muerto. Si así fuera, estaría muy mal porque yo sigo siendo su marido. ¿No le parece, Robinson?

—Usted sigue siendo el marido —dijo Robinson—. Y, de todos modos, creo que tienen que esperar siete años antes de que puedan darlo por muerto.

Hablaba muy lentamente porque estaba extenuado después de sus dos viajes a la montaña.

—Está demostrado que usted sigue siendo el marido de su esposa —dijo Jimmie amablemente—. Y en el caso de que su hermano sea un bastardo honorable, no se casará con su mujer. En el caso contrario, es evidente que usted tendrá todo el derecho del mundo a romperle el alma a ese cretino.

—Reconozco que lo haría —murmuró Wells.

—Sería llevar las cosas demasiado lejos —dijo Jimmie—. No, no, mejor sería desfigurarle la cara. Sería un acto de justicia para su esposa.

—A ella sí que le pondría los puntos sobre las íes.

—No, no, por favor —dijo Jimmie—. No está bien ponerle los puntos sobre las íes a una dama.

—Oh, bueno, tenemos suerte de estar vivos.

—Habrá que deshacerse de la cabra —dijo Robinson.

—Pobre Bella, ¿está muy enferma?

—Sí. Y sufre.

—¿La matará? —dijo Jimmie.

—Oh, sí, tendré que pegarle un tiro.

—Es mejor degollar a un animal como ese con un cuchillo —dijo Jimmie.

—No es mejor —dijo Robinson—, solo es más tradicional.

—Echo de menos la leche —dijo Wells—. Lo confieso. Justo cuando estaba acostumbrándome a ella.

—Sí, todos la echamos de menos.

—Oh, bueno, tenemos suerte de estar vivos.

Recuerdo aquella noche como las horas más gratas que pasé en la isla. Una fuerte tormenta había dejado la atmósfera húmeda y fresca. Robinson hablaba, como solía hacerlo, de la historia y las leyendas del lugar. Era un refugio tradicional para ermitaños. En el siglo xiv, cinco

ermitaños que vivían en distintas partes de la isla sufrieron el ataque de una banda de piratas y solo uno de ellos vivió para contarlo. La isla siempre había sido propiedad privada; había pasado por las manos de una serie de portugueses. Vasco da Gama, en uno de sus viajes, había atracado en un lugar de la isla, ubicado entre el Brazo Norte y la Pierna Norte, en un punto ahora llamado Bahía de Vasco da Gama. Piratas y traficantes habían usado la isla en repetidas ocasiones, a menudo sin que sus habitantes lo supieran. Porque en los escarpados acantilados del Brazo Sur había una cueva conocida como El Mercado, a la que solo se podía acceder por mar y aun así era peligroso acercarse, debido a las múltiples rocas y en particular a un remolino que había en su boca. Sin embargo, se decía que los piratas se reunían y repartían su botín en El Mercado.

De una larga grieta en la pared de la habitación de Robinson salían hormigas voladoras que extendían las alas y revoloteaban por doquier. Tom Wells se había quedado dormido. Yo también prestaba cada vez menos atención a la voz de Robinson. Había sacado un mantel rojo de cachemira de un cajón del comedor y lo usaba como chal, que llevaba prendido como un sari indio sobre una camisa que Robinson me había prestado. Eso me había permitido lavar y remendar mi raído vestido verde y el cambio de vestimenta contribuyó de algún modo a mi tranquilidad mental.

Robinson y Jimmie estaban poniéndose de acuerdo para examinar un bote de rescate en desuso, encallado en la Bahía de la Pierna Oeste, con el objetivo de repararlo.

Temía tanto perturbar nuestra paz que postergué decirle a Robinson que había encontrado una de mis pertenencias que creía perdida en el momento del accidente.

Esa pertenencia era mi rosario. Lo llevaba en el bolsillo del abrigo en el momento del accidente y, más tarde, cuando me recuperé, no me sorprendió haberlo perdido porque, si bien el resto del contenido del bolsillo —un pañuelo y una caja de fósforos— estaba intacto, eran objetos livianos en comparación con el rosario y por ello era menos probable que se hubiesen caído cuando salí despedida del avión.

Encontré el rosario en un cajón del escritorio de Robinson.

Una vez había mencionado casualmente a Robinson que mi rosario podía estar en algún lugar cerca de los restos del avión, donde habían recogido los despojos.

—Es antiguo —dije—, está hecho de madera de palo santo y plata. Es bastante valioso.

En ese momento debí de haber sentido que si él pensaba que yo lo valoraba sobre todo por su antigüedad y porque estaba hecho de madera de palo santo y plata, eso lo induciría a devolvérmelo. Y, de hecho, era un objeto muy atractivo.

Lo encontré por casualidad en el escritorio de Robinson. Es cierto que no tenía motivos para abrir los cajones, examinar los papeles y leer sus cartas. Supongo que deseaba saber hasta qué punto se parecía a Ian Brodie y esperaba descubrir algo que me revelara su relación con Jimmie y con su familia: hasta entonces no tenía más que la versión de Jimmie, que era bastante comprometedora e incitaba a una investigación más profunda. De todos modos, fui a su escritorio en primer lugar en busca de un sacapuntas y me dejé llevar por la curiosidad. Y, sea como fuere, descubrí mi rosario en el fondo del segundo cajón de la derecha. Lo tomé y, para no juzgar a Robinson con demasiada dureza, también saqué un cigarrillo.

Dos días después, estaba en la cocina ocupada cocinando unas ortigas que Jimmie había recogido para mí. Recordaba haber leído algo acerca de las propiedades nutritivas de estas plantas y me parecía que necesitábamos mejorar nuestra dieta. A través de la celosía abierta vi a Robinson que sacaba a la cabra enferma del corral. Temí que decidiera sacrificarla allí mismo, frente a la ventana.

—¡Robinson! —grité—. No la mate aquí. No soporto ver sangre.

—Voy a llevarla a la montaña, cerca de El Horno —dijo.

Vino a mi mente la imagen del cuerpo de Bella cayendo dentro de El Horno, entre aullidos. Salí corriendo y acaricié a la cabra, que estaba parada allí, sumida en un estupor cansino. Miguel llegó corriendo, la abrazó y estuvo a punto de derribarla, de lo flaca y débil que estaba. El niño lloraba.

—No importa —dije—. Tengo algo que mostrarte.

—Si se refiere al rosario —dijo Robinson rápidamente—, no quiero que el muchacho lo vea.

Miguel pareció interesado.

—Muéstreme a Rosario.

Ese fue el primer signo de que Robinson había descubierto la falta del rosario de su escritorio.

—Iba a decirle que lo había encontrado —dije.

—¿Cómo es? —preguntó Miguel.

—Bastante bonito, de plata y madera de palo santo.

—Muéstreme a Rosario.

—Le dije que no quiero que el niño lo vea —dijo Robinson—. Es sumamente sensible a esa clase de cosas.

Acaricié a la pobre Bella e intenté que se interesara en su cubo de agua, pero se negó a tocarlo.

—Esa clase de cosas pueden corromper muy fácilmente la Fe —dijo Robinson.

—Déjese de tonterías —dije con una vehemencia que estaba más dirigida a Ian Brodie que a Robinson—. Armar tanto escándalo por un rosario.

—Déjeme ver el rosario —dijo Miguel.

Robinson arrastró a la alicaída cabra a través de la verja que daba al camino de la montaña. Miguel lo siguió, pero regresó al cabo de veinte minutos.

—Robinson no quiere que vea morir a Bella.

—Tiene razón —dije con brusquedad.

—Muéstreme…

—Regresa en media hora porque ahora estoy ocupada —dije.

El ruido de un disparo resonó en la montaña.

—Pobre Bella —dijo Miguel—. ¿Ya habrá muerto?

—Sí.

—Tal vez no murió con el primer disparo.

—Robinson es un excelente tirador —dije.

—¿Habrá sangre?

—No mucha.

Ian Brodie solía regresar del continente tras haberse desviado de su camino para presenciar todas las procesiones y festividades religiosas y así alimentar su furia.

—Un montón de viejas arpías que marchaban cojeando detrás de las estatuas, agitando sus rosarios, mascullando sus avemarías como si se les fuera la vida en ello. Y lo más repugnante era ver a los jóvenes, en la flor de la vida, atrapados en la histeria colectiva. Esa clase de cosas corrompe la Fe.

Cuando hacía estas denuncias, a Ian Brodie casi le salía espuma por la boca. Y a veces, entre repelida y atraída, no podía quitarle los ojos de encima; cuando Ian vociferaba su desprecio, se veía realmente lascivo.

—¿Por qué te acercas a los santuarios? ¿Por qué asistes a las festividades si tanto te molestan? —pregunté.

—En Italia no puedes evitarlos —dijo.

—¿Por qué no pasas tus vacaciones en Islandia?

—También los encontraría allí —farfulló Ian—. Estos fanáticos están por todas partes.

—Es cierto —dije, mirándolo con dureza.

—Pareces no darte cuenta nunca de las consecuencias materialistas que tienen esas exhibiciones. No entiendes la gravedad de lo que sucede en esas orgías y procesiones que tanto defiendes.

—Yo no las defiendo —dije.

—Toda esta mariolatría está devorando el corazón cristiano que hay en la fe católica —dijo Ian—. Es una herejía materialista.

—Déjate de tonterías —dije.

Si había algo en ese momento contra lo que reaccionaba con tanta vehemencia era Ian Brodie, con esa manera tan ofensiva que tenía de mirar a una mujer. “No me extraña que Agnes haya jurado que jamás se convertirá al catolicismo”, pensé.

Aborrecía tanto a Ian que, de cuando en cuando, deseaba que le ocurriese una desgracia, para librarme así de los sentimientos de mojigatería que despertaba en mí. El método más efectivo que tenía para herirlo era decirle que había ganado dinero apostando a los caballos, aunque no fuera cierto. Esto lo hería de dos modos: en primer lugar, porque le recordaba que no tenía influencia sobre mí, puesto que él se oponía moralmente al juego; y en segundo lugar, el mínimo indicio de que alguien que no fuera él hubiera recibido una suma de dinero —más aún si la había obtenido sin esfuerzo alguno—, realmente lo exasperaba, lo sacaba de quicio.

El deseo de regresar a casa me obligaba a pensar en el pasado. Ian Brodie había manifestado su desacuerdo con la idea de que yo me ausentara durante tanto tiempo. Para entonces Brian viviría en la escuela y estaba encantado con la idea. Por lo tanto, yo también. Y me parecía que sería bueno para él alejarse de la compañía de Curly Lonsdale. Ian Brodie sospechaba que yo tenía un amante con quien me proponía encontrarme en el extranjero, en época de clases, para volver compuesta y saciada a mi casta viudez en las vacaciones de verano. Debía esta información a Agnes.

Al imaginar mi vuelta a casa, mi regreso de entre los muertos, mi intrusión en las nuevas circunstancias —como sea que las hubiesen

dispuesto—, solía recordar mis pasadas discusiones con Ian. Me complacía pensar en el efecto que tendría mi llegada con Jimmie pisándome los talones. Porque Jimmie siempre repetía: “Si me permite una opinión sincera, es un hecho providencial que usted no haya perecido en el accidente para poder casarse conmigo”.

Ian solía caer en un estado de agitación espantosa si descubría algún indicio de que podría casarme. Mientras fantaseaba con las posibilidades que incluían a Jimmie —como la de que le dejara un ojo negro a Ian—, calculaba el precio que me costaría esta tentadora forma de entretenimiento. Y cuando digo que me relaciono con otra clase de gente, como ciertos bohemios y poetas cínicos a quienes adoro, puede apreciarse la intensidad de la tentación que significaba para mí casarme con Jimmie. Muchas veces me senté a orillas del lago azul y verde a pensar en cómo aquellos haraganes inteligentes, cuya opinión tanto valoraba, tomarían el hecho de que cayera en mis redes un pájaro tan excepcional y de hablar tan florido como Jimmie. Se lo llevarían con ellos al Soho. Los deleitaría al menos durante medio año.

> *Diario. Jueves, 1º de julio*. Jimmie Waterford nació en 1919. Es primo segundo de Robinson y la madre de este lo crio en Gibraltar porque era huérfano de padre y su madre había desaparecido.
>
> Estas eran las circunstancias de la desaparición de la madre de Jimmie: poco después de enviudar, partió de viaje para visitar a sus padres en Namur y dejó a Jimmie al cuidado de su niñera en Holanda. En casa de su familia, había un cocinero que era el orgullo del padre. Valoraba tanto los platos de su cocinero que no permitía que su familia condimentara la comida de acuerdo con el gusto de cada uno. A su mesa llegaban pocos invitados, por el riesgo de que pidieran sal y pimienta, y solo se admitían aquellos que comprendían y compartían las reglas de su anfitrión. El hombre sostenía que la comida era excelente sin necesidad de condimentos adicionales; de lo contrario, se estropearían los platos y se insultaría al cocinero.
>
> Sin embargo, los antiguos recipientes de plata para los condimentos aparecían en la mesa sin excepción, para mantener las formas. Se los vaciaba y llenaba con regularidad; cualquier descuido al respecto se consideraba un grave crimen doméstico.
>
> La primera noche de su estadía, la madre de Jimmie tomó con descuido el pesado salero de plata e, ignorando los gritos

> ahogados que provenían de la garganta de su padre, sus ojos desorbitados y las manos trémulas de su madre, colocó una pizca de sal en el borde del plato. El padre la echó a la calle en ese mismo instante. Como no le faltaba el dinero, fue a pasar la noche a una posada y bien podía haber regresado a su casa en el norte de Holanda al día siguiente. Pero el hecho de que la echaran con todo su equipaje pareció trastornarla y por eso permaneció en la calle el resto de su vida, al menos hasta donde se sabe.

Hasta el día de hoy ignoro si esta historia es cierta. En Jimmie había bastante de esa desarraigada frivolidad europea, de modo que cualquier patraña que tejiera acerca de su familia parecía posible, pero también, al mismo tiempo, sospechosa. Y eso puede haber sido parte de su modo de cortejarme; tal vez creyera que tengo debilidad por las historias y que prefiero que me regalen una buena antes que un ramo de flores, por ejemplo, y que casi siempre me sentiré atraída por un hombre que sabe contarlas.

Más adelante podría reunir elementos para corroborar algunos de sus relatos, cuando encontrara pruebas entre los papeles de Robinson. No cabía duda de que estaba emparentado con Robinson y que la madre de este lo había criado en Gibraltar. Me parece posible que fuese hijo ilegítimo del padre de Robinson y, por ende, su medio hermano. Los datos que me había dado acerca de Robinson eran, en apariencia, verídicos, pues había encontrado cartas enviadas a México, muchas de las cuales se referían a problemas teológicos que lo ocupaban entonces, así como también acerca del asunto de su ruptura con la Iglesia. Pero, en lo que a Jimmie se refería, a su vida y aventuras, me proporcionaban tantas dudas como entretenimiento.

Estábamos ya en nuestra séptima semana en la isla cuando empezó a sentarse a mi lado por las tardes, entre el lago azul y verde y el campo de mostaza, y a embarcarse en sus recuerdos: “Fue por ese entonces cuando se declararon las hostilidades…”. Estaba segura de que Jimmie era el hombre más delicioso que había conocido, pero ello no me impedía preguntarme si era cierto que él había participado en la Resistencia y escapado con un par de pantalones de la Gestapo como recuerdo, si había rescatado a una condesa polaca, ella escondida en un aparador vacío, él disfrazado de empleado de mudanzas. Nunca sabré la verdad acerca de esa y de otras aventuras. Desde luego, es posible que sean ciertas; yo misma alguna vez asistí disfrazada de gitana al Derby,

donde abordé a Ian Brodie, quien se negó a pagar por mis servicios, aunque insistí bastante; él no había ido para apostar ni para mirar las carreras, sino para hacer lo que llamaba “una investigación sociológica”. En realidad, iba para castigarse a sí mismo con el despreciable espectáculo que ofrecía una muchedumbre histérica. Me salí con la mía: Ian jamás se enteró de que sé cómo se comporta él cuando una gitana le pide dinero. De modo que tal vez me equivoque al dudar de las aventuras de Jimmie.

Más tarde aquel día, añadí a la entrada de mi diario del 1º de julio:

> El tío a quien se confió el futuro de Robinson murió al comienzo de año. La mayor parte del dinero está en el negocio de las motocicletas y ese es uno de los motivos de preocupación de Jimmie. Él es el siguiente beneficiario después de Robinson y su heredero. Hasta ahora, Robinson se ha mostrado indiferente a los argumentos de Jimmie y se niega a regresar o a compartir en modo alguno su preocupación por las motocicletas.
>
> Tom Wells sigue armando escándalo por los papeles que, dice, faltan de su portafolio. Fue incluso hasta la escena del accidente para buscarlos. Jura que vio los papeles en su maletín a bordo, minutos antes de que el avión se estrellara. Robinson sostiene que los papeles no pudieron haber salido del portafolio, ya que estaba completamente cerrado cuando lo encontró.

Al día siguiente, viernes dos de julio, descubrí que mi rosario volvió a desaparecer del bolsillo del abrigo donde lo había guardado. Para rezar el rosario no es estrictamente necesario tener las cuentas; se lo puede rezar utilizando los dedos. Las razones de mi aflicción eran, en primer lugar, que era mi única posesión material aparte de la ropa que llevaba puesta en el momento del accidente; en segundo lugar, si bien puede rezarse utilizando los dedos, no hay nada comparable al objeto en sí; tercero, era un objeto hermoso, único y, a diferencia de mi ropa, estaba intacto; cuarto, había intentado mostrárselo a Miguel para llamar su atención; quinto y principal, el hecho de perder el rosario tan pronto después de encontrarlo me parecía un presagio funesto y me di cuenta de que le había adjudicado una importancia mística. Luego venía la sexta razón: el misterio de su desaparición. A última hora de la noche, lo tenía en el bolsillo del abrigo que colgaba detrás de la puerta de mi habitación. Al despertar por la mañana, ya no estaba allí. Alguien lo había sacado del bolsillo durante la noche. Decidí armar un escándalo y

salí en busca de Robinson.

Él había abandonado la casa y no había signo alguno de Jimmie ni de Miguel. Recordé entonces que habían acordado partir temprano en una expedición a la Bahía de la Pierna Oeste para examinar el viejo bote.

Encontré a Tom Wells en el patio, afeitándose, una escena que normalmente no soporto. Tom Wells se lavaba y se vestía en cualquier parte de la casa y sus alrededores, frotándose la cara con una toalla mientras caminaba por los pasillos, poniéndose una camisa mientras se presentaba a desayunar; me parecía que a Robinson tampoco le gustaba, pero lo toleraba.

—Perdone que me afeite aquí. Hay mejor luz —dijo Wells mientras me acercaba.

—¿Ha visto mi rosario? —dije—. Lo perdí.

—¿Perdón?

Repetí mi pregunta.

—No sabía que tuviera un rosario —dijo—. ¿Cómo es?

—Una cadena de cuentas de madera de palo santo con un crucifijo de plata en la punta —dije.

—Ah, uno de esos artículos que usan los católicos —dijo.

—¿Lo ha visto en alguna parte?

—No, cariño.

—Anoche lo tenía en el bolsillo del abrigo. Esta mañana ya no estaba allí.

—Oí a Robinson merodeando durante la noche —dijo—. Se fueron temprano esta mañana.

—Si Robinson se lo ha llevado, lo mataré.

—Podría haber sido Robinson —dijo—. Es católico, ¿no?

—No sé nada sobre eso —dije—. La cuestión es que no tiene ningún derecho a llevarse mis pertenencias.

—Tiene razón —dijo Wells. Guardó puntillosamente en su caja los elementos de Robinson que había usado para afeitarse—. Y me gustaría saber qué pasó con mis papeles. Escúcheme, querida, ya que estamos en el tema, quiero hablar con usted.

—Tengo que buscar mi rosario. Tengo que asegurarme de que no lo olvidé en alguna parte. —Estaba dispuesta a armar un escándalo.

—Espere un minuto, querida.

—Está listo para el desayuno —dije—. Iré a preparar el café.

Pero, mientras tomábamos nuestro café con leche enlatada y bizcochos secos, preguntó:

—¿Qué piensa de Robinson?

—Si descubro que entró en mi habitación mientras dormía, no sabe la que le espera.

Wells rio.

—Él no entraría en su habitación por ninguna otra razón, querida. Se lo aseguro. No es precisamente un mujeriego, se lo aseguro.

—Oh, no estaba sugiriendo que…

—Apuesto que no. También está su amigo. Él es otro.

—¿Otro qué?

—Rarito.

—¿Qué?

—Homosexuales. Los dos. Es repugnante. Antinatural.

Apartó su plato con violencia, como si lo que contenía también fuese repugnante y antinatural.

Me había cruzado antes con hombres que creían que todo otro hombre que no estableciera un contacto físico inmediato con su presa femenina era homosexual. Y algunos que conozco consideran que todos los célibes son homosexuales.

—Fíjese —dijo Tom Wells—. Su amigo es bien parecido, no lo niego. Y tampoco niego que Robinson es un tipo agradable, a su manera. Oírlo hablar es como tomar un curso acelerado de cultura general. Pero se lo digo por su propio bien, cariño; estos homos pueden ser resentidos, de modo que tenga cuidado.

—Prefiero no discutir el asunto —dije—, porque no creo que usted lo entienda. —No me creía capaz de explicar a Tom Wells los matices temperamentales de Jimmie y de Robinson. No sentía que me correspondiera hacerlo.

Era cierto que a veces se notaba una suerte de ternura entre ambos, que Jimmie se mesaba las leves ondas de su pelo entre el índice y el mayor, que Robinson no era “precisamente un mujeriego”. Me sentía incapaz de convencer a Tom Wells de que nada de eso era determinante; ni siquiera era infrecuente en los hombres. Porque él habría repetido, como le oí decir a Curly Lonsdale: “¿Crees que no sé reconocer a un hombre cuando lo veo?”, como si todo el mundo consistiese en la clase de personas con quienes trataba. Pero, de todos modos, no me sentía obligada a explicarle nada a Tom Wells.

—De todos modos —dije—, no es asunto nuestro.

Pero Wells me echó una mirada que podía describirse como “cómplice”, si no fuese por el hecho de que era también calculadora. Me guiñó el ojo con picardía y detecté el cálculo en el otro ojo. Fue en ese momento cuando se me ocurrió que Wells era un chantajista. No tenía un motivo claro para pensarlo, pero recordé con claridad ciertas insinuaciones. En primer lugar, era probable que Wells creyera que existía una relación homosexual entre Robinson y Jimmie; en segundo lugar, si eso era cierto o no le resultaba irrelevante; tercero, su propósito al mencionar el asunto delante de mí no era, como había dicho, para advertirme, sino para fijar ese hecho en mi mente; cuarto, era capaz de decir cualquier cosa sobre cualquiera si eso servía a sus intereses.

Miguel llegó corriendo, sosteniendo una liebre muerta por las orejas. Corrió a mostrársela a Tom Wells, su héroe.

Aquella tarde le pregunté a Robinson por mi rosario. No negó ni admitió haberlo sacado del bolsillo de mi abrigo.

—Si usted entró en mi habitación mientras dormía, está muy mal —dije con mi mejor tono moralista, ya que, después de todo, él mismo se había erigido en nuestro líder moral.

—¿De qué habitación me habla? —preguntó.

—De la mía —dije.

—¿Habla en serio? —dijo él—. ¿De la suya?

Por su defensa bastante débil supe que Robinson mismo se sentía en falta.

—Me gustaría recuperar mi rosario.

—¿Me promete que no le enseñará a Miguel a rezarlo?

—No le prometo nada. Devuélvame lo que me pertenece.

—Lo hago por el bien de Miguel —dijo—. Quiero que crezca libre de toda superstición.

—Váyase al diablo —dije—. No hay nada de superstición en un rosario. Es un objeto de culto cristiano, no un amuleto mágico.

—Todos esos avemarías.

Advertí de repente que Robinson no seguía el hilo normal de la conversación, que no declaraba sus objeciones a mi pedido ni oponía su punto de vista al mío. Conocía muy bien el contenido del rezo del rosario y probablemente fuera menos ignorante que yo acerca de su naturaleza. Por primera vez pensé que no intentaba crear pequeñas dificultades ni ejercer su autoridad en la isla por un mero afán de poder,

sino que sentía un miedo constitutivo a cualquier manifestación material de la Gracia.

—Bah, como quiera —dije—, puedo prescindir de él.

No me sorprendió que, tarde aquella noche, cuando estaba a punto de irme a la cama, Tom Wells me interceptara para decirme que el portafolio donde guardaba las muestras de los amuletos de la suerte, todas las pruebas de imprenta de *Su Futuro* y los artículos que había estado escribiendo había desaparecido.

CAPÍTULO VIII

A la mañana siguiente, sábado tres de julio, Robinson se había marchado. No era nada extraño que desapareciera antes de que los demás despertáramos, pero siempre regresaba antes de las once de la mañana. Habíamos desayunado y nos disponíamos a ocuparnos de nuestras tareas habituales. Al mediodía, nos preguntamos unos a otros dónde estaría Robinson. A la una en punto, Miguel se largó a llorar.

La cama de Robinson estaba hecha y su habitación en orden. No estaba en ninguna parte de la casa. Tampoco en el depósito ni en las inmediaciones. Nos reunimos al borde del acantilado y gritamos: "¡Robinson! ¿Está ahí, Robinson?", en caso de que hubiera bajado a la playa o se hubiera caído.

Le servimos un poco de sopa a Miguel y tuvimos que dársela en la boca, porque lloraba frenéticamente. Jimmie y yo, provistos de algunos improvisados sándwiches de galleta y del botiquín de primeros auxilios, salimos en busca de Robinson, ya que parecía claro que había tenido algún tipo de accidente. Atravesamos la montaña por una ruta que nos llevó hacia el noroeste, porque esa era una zona surcada por arroyos ricos en depósitos de hierro, de los cuales Robinson solía extraer nuestra provisión de agua mineral, temprano en la mañana. Tom Wells se quedó con Miguel, prometiendo que estaría atento a la aparición de Robinson desde la meseta.

No habíamos andado mucho cuando Miguel apareció detrás de nosotros y nos gritó que nos detuviéramos.

—¡Regresen! Regresen. —Ya no lloraba. De pronto se veía como un anciano que había empezado a rejuvenecer o, una vez más, como un niño muy pobre, con el rostro ajado por la responsabilidad y la miseria.

—¿Apareció Robinson?

—No. El señor Tom encontró la sangre.

—Robinson debe de estar herido —dije.

Regresamos los tres; Jimmie con Miguel montado sobre los hombros

y el niño encorvado y aferrado a él.

Tom Wells salió a nuestro encuentro. Extendió hacia nosotros una pesada chaqueta de corderoy de un color marrón gastado, que reconocí como una de las que Robinson usaba cada tanto, cuando hacía frío o cuando salía de noche.

—La encontramos en el campo de mostaza —dijo Tom Wells.

—¿Y qué hay de Robinson? —dijo Jimmie.

—Mire el abrigo.

Vi una mancha roja brillante en el abrigo. La toqué. La mancha estaba húmeda, pegajosa por la sangre, y se extendía por tres tajos separados que había en la tela.

Jimmie exclamó algunas palabras en holandés.

—Alguien está herido —dije.

—Estaba tirada en el campo de mostaza —dijo Wells—. Miguel la recogió y de uno de los bolsillos cayó este cuchillo. —Hurgó en el bolsillo del abrigo y extrajo una navaja. La hoja estaba abierta. La reconocí. Estaba muy afilada, tenía un mango de unos diez centímetros y una hoja de quince. Robinson siempre la llevaba consigo, cerrada en su funda.

—Es la navaja de Robinson —dije.

Fuimos al campo de mostaza y una vez allí, aun antes de que Miguel corriera para mostrarnos el lugar donde había encontrado el abrigo, vi los manchones oscuros entre las brillantes plantas amarillas, donde alguien había pisado. Había sangre en la tierra, todavía un poco pegajosa. Cuando nos acercamos para mirar mejor, parecía haber rastros de sangre por todas partes. Había un sendero hecho de plantas pisoteadas, también salpicado con sangre, que iba desde el campo hasta el lugar donde había aparecido el abrigo. Siguiendo este camino recién abierto hacia el sendero de la montaña, encontramos un pañuelo de seda verde que pertenecía a Jimmie. También estaba empapado en sangre, todavía fresca.

Jimmie abrió nuestro saco y extrajo el brandy. Lo pasó con solemnidad. Todos tomamos un trago, incluso Miguel.

—Hay algo turbio en todo esto —dijo Tom Wells—. Arrastraron a un herido a través del campo. Se dan cuenta, ¿no?

Pasé toda la noche despierta, acostada, escuchando cómo el elegante reloj a cuerda de Robinson marcaba las horas. De golpe, se me ocurrió que debía darle cuerda por la mañana, de lo contrario perderíamos la

noción del tiempo en la isla. Dar cuerda a ese reloj era tarea de Robinson, por supuesto, pero él ya no estaba. Por absurda que fuera la idea, fue abriéndose paso entre las preocupaciones mayores que perturbaban mi mente. Porque la confusión, los aterrados diálogos y conjeturas, la extrañeza y el temor del día se agolpaban, casi como si les hubiera reservado un lugar de antemano; como si, desde el momento del accidente hasta ese día, hubiera tenido un vacío dentro de mí que esperaba agazapado la llegada de un rápido torrente de horror postergado; como si, en realidad, no se pudiera confiar en el hecho de haber salido sin más que un simple golpe y un brazo roto, en mi suerte de haber caído en manos de Robinson, en mi pronta recuperación ni en la vida normal de la casa; y como si la verdadera consecuencia del desastre del avión cayera al fin sobre nosotros. Entre las formas y las sombras del día anterior, distinguí numerosos contornos nítidos: la huella iba desde el campo de mostaza hasta la montaña. Allí, un sendero conectaba con el que cruzaba la montaña hacia El Horno. Ahora que nos disponíamos finalmente a buscar sangre, veíamos manchas de sangre por todas partes a lo largo de la huella. Debe de haber habido una hemorragia sostenida, un derrame de sangre durante todo el camino. Más aún, en varios puntos nos topamos con cosas manchadas de sangre, ya sea en el mismo sendero o cerca de allí: un zapato que pertenecía a Robinson, una camisa —la que yo había llevado el día anterior mientras lavaba mi vestido— y, un poco más adelante, el mantel de cachemira rojo que me había puesto como sari. Me los había quitado la noche anterior y, al ponerme el vestido recién lavado por la mañana, no había notado que faltaran de mi cuarto. La camisa blanca de algodón estaba salpicada con sangre casi seca y en la tela roja de cachemira había una mancha de rojo más oscuro que casi cubría un lado entero hasta el borde y que aún estaba pegajosa en algunos lugares. Tom Wells, que la había recogido entre las plantas, a algunos metros de distancia, apartó rápidamente la mano al tocar las partes pegajosas. Noté que hacía esto cada vez que rozaba sangre húmeda con la mano. El gesto me pareció extraño hasta advertir que yo misma hacía lo mismo sin pensarlo cuando tocaba sangre. Luego de detenernos a escudriñar estúpidamente cada uno de estos objetos, los dejamos en el camino y continuamos la marcha como sonámbulos.

A mitad de camino hacia El Horno, en el punto donde se veía el mar a ambos lados, Tom Wells se aferró las costillas y dijo que no podía caminar más.

—Regrese —dije—. Y llévese a Miguel con usted.

—No, quiero buscar a Robinson —dijo Miguel.

—Ven con el señor Tom —dijo Tom Wells.

—Quiero a Robinson. —Estaba fuera de sí; parecía, al mismo tiempo, mucho más joven y más viejo de lo que era.

Jimmie y yo continuamos la marcha, mientras Miguel nos precedía con paso decidido, mirando a derecha, a izquierda y detrás de él para ver si aún lo seguíamos.

En determinado momento, dije:

—Me pregunto si habrá algún otro habitante en la isla… alguien a quien no conocemos.

—Es posible —dijo Jimmie.

En los tramos más escarpados me tendía la mano para ayudarme, automáticamente, sin su aire habitual de deliberada cortesía.

—Parece que atacaron a Robinson. O que atacaron a alguien, al menos —dije.

—Disculpe que no hable —dijo Jimmie—. Es que tengo los nervios hechos trizas.

Encontramos otros objetos manchados con sangre que ya estaba seca por el efecto del calor de la tarde. Encontramos un pañuelo de bolsillo —era mío, lo llevaba en el bolsillo en el momento del accidente—, un chaleco de seda azul que Jimmie llevaba en el momento del accidente, el otro zapato de Robinson y, finalmente, en el extremo de la cuesta que daba a El Horno, vimos más prendas de Robinson: otra de sus chaquetas de tweed oscuro, sus pantalones de corderoy marrones, su ropa interior. Estaban desparramadas en la pendiente que desembocaba en el cráter activo, y un claro donde la vegetación había sido arrancada dejando al descubierto la tierra colorada, como si hubiera habido un desmoronamiento, unía el trayecto final desde el borde del cráter hasta su boca. El volcán parecía reír y emanaba sus vapores rojizos como si también estuviesen teñidos de sangre. Pensé en sus gritos y grité. Jimmie apoyó con delicadeza la petaca de brandy sobre mis labios.

Veía toda aquella sangre mientras yacía despierta, tratando de ordenar los detalles del día. En el camino de regreso encontramos otras cosas: una bufanda que Robinson siempre usaba para protegerse de la neblina, manchada de sangre; su lapicera; su brújula de bolsillo.

No recuerdo qué comimos aquel día, si es que comimos; tampoco recuerdo nada ahora, salvo que dimos a Miguel un tranquilizante mezclado con leche tibia y que se durmió antes de que se pusiera el sol.

También recordé una conversación que tuve con Tom Wells. Jimmie

había salido, azorado y taciturno como estaba, y se paseaba por la playa de la Bahía de las Granadas. Todo lo que puedo recordar de la conversación que mantuve con Wells aquella noche, es lo siguiente:

—Alguien debe de haber colocado esas prendas manchadas de sangre a propósito.

—Ah, ¿lo dice en serio?

—Si hubieran caído por accidente, no estarían desparramadas de una manera tan obvia.

—Ah, ¿le parece?

No podía quitarme de la cabeza la imagen de la sangre. Aun cuando cerraba los ojos, sentía como si una luz roja me atravesara los párpados. Y cuando intentaba recordar el día anterior, sentía la rara y perturbadora impresión de tener conciencia objetiva del funcionamiento de mi raciocinio, aislado del resto de mis facultades mentales, como si fueran los engranajes de un reloj abierto. Esto solo me ocurre cuando estoy frente a un conjunto de hechos que atentan contra mi capacidad de razonar, así como uno cobra plena conciencia de un brazo o de una pierna solo cuando se los lastima.

Pero, habiendo forzado mi mente para comprender los hechos, salí de la cama de inmediato y, poniéndome el abrigo sobre el pijama prestado, caminé descalza por el pasillo hasta la habitación de Robinson, solo asistida por la luz de la luna que se filtraba por las hendijas de las ventanas cerradas.

Allí encontré, colgado en su lugar habitual, el manojo de llaves de la casa que usaba Robinson. Al mismo tiempo, hurgué en los compartimientos de su escritorio hasta encontrar una pequeña linterna eléctrica que solía guardar allí. Como no conocía el camino, usé la linterna para guiarme por una escalera de dos o tres pequeños peldaños, luego giré por una curva con muros de piedra y recorrí otro pasillo que terminaba en la sala de armas. Allí, sin molestarme en encender la lámpara que estaba preparada con su caja de fósforos, probé una llave tras otra hasta dar con la correcta. Con ayuda de la linterna, extraje esa llave del manojo y cerré la puerta. Devolví el manojo a su lugar, en el cuarto de Robinson, y guardé conmigo la llave de la sala de armas. Luego fui a la cocina, donde había carretes de hilo guardados en un cajón. Allí, en la cocina, me estremecí entera al contemplar a Robinson bajo una nueva luz y a pensar en lo que podría haberle ocurrido. Sin embargo, corté un trozo de hilo y con él me colgué al cuello la llave de

la sala de armas. Apagué la linterna y regresé a mi habitación, guiada por la luz de la luna que se filtraba a través de las hendijas. Al pasar frente al cuarto de Jimmie di un salto porque, en lugar de la puerta cerrada, había una franja abierta por la cual se lo veía de pie, observándome.

No le hablé, sino que seguí caminando hacia mi cuarto, satisfecha de que él se hubiera limitado a abrir la puerta al oír ruido, es decir, de que no hubiera visto nada de lo que yo había hecho con la llave y de haber hecho algo razonable, teniendo en cuenta que estaba en una isla con un niño y dos hombres, uno de los cuales era probablemente un asesino. A pesar de todo, esa pequeña y razonable satisfacción quedó sepultada por el miedo, por los tajos rojos que se abrían en la pantalla de mi mente y por lo absurdo que resultaba todo lo que había visto, que me hacía exclamar en voz alta, de tanto en tanto, a lo largo de la noche: "¡No es posible! ¿Cómo puede ser?". Seguía pensando que Robinson llegaría caminando a la mañana siguiente y nos explicaría todo; en ese caso, lo único que me recordaría la gravedad de la situación sería la angustia que había visto en Miguel.

A lo largo de las dos semanas siguientes, viví en un estado similar al de mis primeras semanas en la isla, conmocionada y perpleja. O así me lo parecía. Estaba llena de temores y de sospechas. Formulaba hipótesis y a veces me preguntaba si la desaparición de Robinson sería un sueño o si lo era la existencia de la isla entera, o si la vida misma —mi vida pasada, Brian, Chelsea— era un sueño.

Recogimos del camino la ropa manchada de sangre. Las manchas todavía estaban pegajosas, pues se habían secado y vuelto a humedecer con la neblina. Las apilé en el piso del dormitorio de Robinson, con la idea de que era posible que se abriera una investigación sobre él cuando diéramos la noticia luego de que el barco nos rescatara.

Nos llevó doce días registrar la isla. Pero, al tercer día de la desaparición de Robinson, todos —en mayor o menor medida— estuvimos de acuerdo en que había muerto.

Pensé: en suma, o bien lo había asesinado Jimmie o Tom Wells o los dos juntos. Con dolores de cabeza, barajé todas las hipótesis restantes: que se había suicidado, que Miguel lo había matado, que yo, dormida, u otro habitante desconocido de la isla lo había hecho. Pero las rechacé todas por disparatadas. Una y otra vez volví a Jimmie, a Tom Wells o a los dos juntos. No me parecía probable que fuesen cómplices, pero

agregué esa posibilidad a la lista para demostrar mi objetividad.

Tom Wells propuso una teoría propia, que me parecía que lo inculpaba por el solo hecho de haberla sugerido. Una fuerza sobrenatural se había llevado a Robinson, en venganza por algún sacrilegio cometido contra los amuletos mágicos que le había confiscado.

—¿Se refiere a un *poltergeist*?

—Algo así.

Encontramos muchas dificultades al recorrer la isla. Tom Wells arguyó que sus costillas dañadas le impedían el esfuerzo necesario para todo lo que había que escalar. De modo que el registro de la isla recayó en Jimmie y en mí, con Miguel como guía. Ni Tom Wells ni Jimmie parecían considerarla una tarea urgente. Pero insistí en que lo hiciéramos, por más que pareciera una formalidad, pues debíamos saber dónde estábamos con la mayor exactitud posible.

—Existen pruebas de que está en El Horno —dijo Jimmie.

—Aun así, debemos descartar todo lo demás.

—Hay una fuerza maligna en esta isla —dijo Tom Wells—. Creo que deberíamos permanecer en la casa. Las costillas me han dado muchos problemas.

Entonces decidí evitar, en la medida de lo posible, quedarme a solas con cualquiera de estos hombres, de estos extraños. Por lo tanto, prefería ir a todas partes durante nuestro registro de la isla, con Jimmie y con Miguel, antes que permanecer en la casa con Wells. Este se quejó:

—No me gusta la idea de que todos se vayan temprano a la mañana y no regresen hasta la noche. Para ser franco, no me gusta estar solo, después de todo lo que ha ocurrido.

Y para entonces, la singularidad de Jimmie había perdido todo el encanto que tenía; empezó a exasperarme. Y cuando él exclamaba: "¡Oh, cielos! El hombre nace, padece y perece", me sonaba frívolo y aun falso.

También estaba el problema de las armas. Jimmie dijo que debíamos llevar una con nosotros.

—Es mera sensatez. Si vemos un extraño, disparamos.

—¿No ha visto ya demasiada sangre? —dije. Pero mi pregunta no era sino la expresión del miedo, un intento de distraerlos mientras pensaba qué hacer.

—Por alguna razón que ignoro —dijo Tom Wells—, la sala de armas está cerrada.

—Yo tengo la llave —dije.

—Ya es hora de comer un buen conejo —dijo Wells—. Tendrá que entregarnos la llave. Necesitamos armas para conseguir comida.

—Te traeré un arma —dije a Jimmie—, si prometes devolvérmela cuando regresemos. Quiero mantener el control de las armas.

—Lo entiendo a la perfección. Es razonable —dijo Jimmie.

—Oigan —dijo Wells—, no me gusta que una mujer controle las armas. No estoy de acuerdo.

—Tendrá que aceptarlo —dijo Jimmie.

—Tengo la llave —dije, o algo parecido, y fui a buscar un rifle Winchester y algunos cartuchos para Jimmie. Para mí elegí una pequeña Browning automática. No pude encontrar las balas. Tenía miedo a las armas, de modo que tuve que esforzarme para examinar la Browning. Estaba cargada. Cerré la armería, fui a mi habitación a buscar el abrigo, eché otro neurótico vistazo al seguro de la pistola y, tras guardarla en el bolsillo, me sentí al fin bastante segura para darle el rifle a Jimmie.

Era martes seis de julio. Ese día exploramos el Brazo Sur, bajando desde nuestra montaña a la pradera frondosa. Registramos el molino y la granja abandonada. Caminamos por la costa, solo interrumpida por los acantilados perpendiculares que se extendían unos ochocientos metros a lo largo de la orilla occidental de la pequeña península. Allí no había playa ni acceso al agua por tierra; los acantilados se hundían súbitamente en el mar.

Caminando junto a Jimmie volví a sentirme como en los días de la convalecencia, cuando mis acciones eran mecánicas y tenía los sentidos embotados. Pero en aquel entonces estaba a salvo. Hay que entender que Jimmie y Tom Wells de pronto se habían vuelto extraños para mí, mucho más de lo que lo habían sido cuando los conocí, porque ahora sus rasgos familiares parecían advertirme que no sabía nada de ellos.

Nos perdimos cinco veces bajo una súbita neblina y en una ocasión pareció que íbamos a pasar toda la noche vagando por allí hasta que, con Miguel encaramado sobre los hombros de Jimmie, descubrimos que nos hallábamos a pocos metros de la casa. Normalmente estábamos bajo techo antes de que cayeran las grandes neblinas nocturnas.

Recuerdo haber observado mi sombra con el sol detrás, alta, muy alta, pero no tanto como la de Jimmie.

Terminamos nuestro registro al cabo de doce días, tras cubrir el Brazo Sur, la Cabeza con sus cuidadas plantaciones de granadas, el

rocoso Brazo Norte y su Pierna, los frondosos prados de la Pierna Oeste. Cubrimos la costa blanca y negra, con sus acantilados y playas; dedicamos dos días a la montaña central, trepando, escalando, saltando, y me alegré de que nuestro agotamiento y la falta de energía impidieran que habláramos entre nosotros. Yo solía ir detrás de Jimmie, pero si alguna vez me encontraba delante de él sujetaba con firmeza el arma automática que tenía en el bolsillo. Miguel solía marchar delante de nosotros, a cierta distancia. En una de esas excursiones, le dije:

—Tengo una pequeña pistola en el bolsillo. Si oyes un disparo, tienes que correr. —Se lo dije para evitar que saliera herido si había algún forcejeo entre Jimmie y yo.

Pensaba que eran precauciones sensatas. En realidad, de quien sospechaba todo el tiempo era de Tom Wells. Y fumaba cigarrillos todo el tiempo, de la ración de Robinson y de la mía propia.

Tenía los zapatos destrozados. Rebusqué entre los ordenados atados de despojos del accidente, porque ya no tenía remilgos después de haber visto tanta sangre. Al fin, encontré un par de zapatos un poco grandes y con la punta un poco chamuscada.

En el undécimo día, descansamos. Al día siguiente, salimos a explorar las cuevas subterráneas. Al principio Miguel no quiso llevarnos. Supongo que los secretos que guardaban pertenecían de algún modo a Robinson.

—Es importante, Miguel. ¿Y si encontráramos a Robinson allí?

—Robinson no podría vivir en las cuevas. No son para vivir. Son para recorrer.

—Alguien puede estar escondido allí.

—No hay nadie más en la isla.

Miguel todavía estaba asustado. Le decíamos, una y otra vez, que todo saldría bien, que lo cuidaríamos, que era nuestro muchacho. No parecía creernos. No se le escapaba la extrañeza, las sospechas y el miedo que existía entre nosotros.

Finalmente, tuve que decirle a Miguel:

—Si no nos llevas a las cuevas, tendremos que buscarlas nosotros mismos. Podríamos perdernos y no regresar jamás.

Y así partió con nosotros en el duodécimo día.

En total había tres túneles: uno llevaba desde la Bahía de las Granadas en el sur hasta la desolada región del molino y la granja en el Brazo Sur. Un segundo pasaje atravesaba la montaña desde la cima del

acantilado que había detrás de nuestra meseta; su entrada era una grieta vertical oculta entre frondosos matorrales y llevaba a un punto en la montaña cercano a El Horno. El tercer túnel empezaba entre las rocas de lava del Brazo Norte. Era el más largo y el más difícil de atravesar. Terminaba en la playa del lado oriental de la Bahía Vasco da Gama.

El primer túnel era el que Miguel había usado para escapar de mí cuando di mi paseo inicial hasta la playa. La entrada era increíblemente visible cuando uno ya sabía de ella. Había pasado muchas veces por delante sin notar la delgada sombra en la pared de la montaña, dentro de una gruta alargada. Miguel iba delante, seguido de Jimmie. Luego de la estrecha entrada, el túnel tenía unos tres metros de diámetro y una altura de alrededor de dos metros, aunque Jimmie tuvo que agacharse un poco para entrar. Comencé a toser.

—Voy a ahogarme —dije.

La sensación era producto de la combinación del polvo de azufre, del calor abrumador y del potente olor a lava. Sentía que marchábamos hacia el centro ardiente de la Tierra.

“Me voy a ahogar, ahogar”, dijo mi eco.

—Haga el favor de regresar y espérenos —dijo Jimmie. También parecía sofocado por el polvo y el calor. Miguel tosía, pero no parecía demasiado afectado por todo aquello.

La tos me impidió responderle a Jimmie, pero estaba dispuesta a aceptar su sugerencia hasta que añadió:

—No son condiciones apropiadas para una dama.

No sé por qué, pero aquellas palabras me recordaron que Jimmie era el heredero de la fortuna de Robinson. Y cuando me recuperé del acceso de tos, dije:

—Voy con ustedes. Quiero cerciorarme de que las cuevas están vacías.

La linterna de Jimmie arrojaba una luz rojiza: supongo que el lugar estaba lleno de motas de polvo rojo. Bajo esa luz, la piel oscura y la delgada figura de Miguel tenían un aspecto diabólico. La oscuridad envolvía la cabeza de Jimmie y solo podía ver el tenue resplandor rojizo de su largo cuerpo. No fue sino hasta mucho después cuando, al recordar aquella escena, se me ocurrió que también yo tendría una apariencia macabra.

Un hilo de agua llevaba a la entrada de la cueva y corría débilmente junto a nosotros. Jimmie se volvió y entró chapoteando en el túnel. Miguel y yo lo seguimos. Me detenía cada pocos minutos para

recuperarme de la tos.

Llegamos a un punto donde hasta Miguel tuvo que agacharse mucho y todos nos deslizamos con dificultad por una estrecha curva de piedra. Allí el agua era más profunda y me llegaba a las rodillas y hasta los muslos de Miguel. Este angosto pasaje daba a una vasta cámara que Jimmie recorrió con la luz de su linterna. El aire era más puro. No podía ver ninguna apertura de salida de aquella enorme cueva, pero Miguel vadeó el agua hasta llegar a la pared opuesta, trepó y pareció disolverse en ella. Lo seguimos y encontramos una pequeña saliente detrás de la cual había una hendidura. Nos introdujimos en ella y emergimos al pie de un acantilado negro, abrupto y resbaladizo, que Miguel había empezado a escalar con gran habilidad. Varias veces tuve que tomar la mano que Jimmie me ofrecía para ayudarme. Al llegar a la cima, vimos la luz del día y los altos pastos del Brazo Sur. Habíamos estado en el túnel alrededor de veinte minutos.

Advertí que Jimmie no quería seguir arrastrándose por los pasadizos subterráneos. Yo no me habría opuesto a que dejáramos la exploración de los dos túneles restantes para el día siguiente. Pero Jimmie no hizo la menor sugerencia al respecto; imagino que estaba convencido de que me negaría. Y no dije una palabra, temiendo que él pensara que mi vigilancia disminuía. Yo no estaba en un estado que pudiera llamarse alerta: me sentía bastante embotada, con la imaginación desbordada. Casi no podía reconocer los hechos, menos aún interpretarlos, pero me sentía obligada a demostrar a Jimmie y a Tom Wells que era capaz de hacerlo.

Regresamos a la casa para lavarnos, pues estábamos cubiertos de una pátina herrumbrosa. Apenas terminamos de almorzar, emprendimos la marcha hacia el segundo túnel, cuya entrada se hallaba cerca del fondo de la casa.

—Es una lástima —dijo Jimmie— que no viva en la isla ningún policía que se ocupe de hacer estas exploraciones.

Me pregunté si era un comentario irónico u otra de sus frases incongruentes.

Nos llevó quince minutos recorrer el segundo túnel. También estaba lleno de polvo volcánico y un musgo resbaladizo cubría todo el suelo, lo cual hacía que nuestra marcha resultara peligrosa. Cuando Jimmie se volvió para decirme “Es peligroso”, las palabras se repitieron una y otra vez entre las paredes y los recovecos de la cueva. Para darme valor al oír el “peligroso, peligroso”, pensé que si bien Jimmie y Tom Wells me

aventajaban en fuerza física, la inteligencia sumada de ambos probablemente no era superior a la mía. Noté que mi sentido del peligro se había incrementado por la pérdida de la inteligencia de Robinson. También se me ocurrió que si Tom Wells se rebelaba, no vacilaría en poner a Miguel de su lado. El niño conocía a fondo la isla. Por otro lado, carecía de la clase de inteligencia que habría resultado útil a Tom Wells.

Hacia el final del segundo túnel tuvimos que agacharnos y arrastrarnos a lo largo de varios metros; a medida que nos acercábamos a la salida el olor que emanaba de El Horno se hacía cada vez más fuerte. Poco a poco la cueva fue ensanchándose y, sin dejar de arrastrarnos, avanzábamos aferrándonos a las salientes y las muescas de las paredes. Cuando faltaban unos pocos pasos para llegar a la salida, resbalé y me lastimé una rodilla. Jimmie me alzó en sus brazos y no fue sino hasta que estuvimos afuera cuando me entregó la pistola automática que había caído de mi bolsillo, sin que yo lo advirtiera, cuando resbalé.

—Gracias, Jimmie —dije, con una sonrisa amable.

Pero no logré engañarlo; parecía esperar esas tácticas de mí.

Era imposible acercarse a El Horno sin sentir el impulso de mirar dentro. Caminamos por el borde del cráter y nos detuvimos a contemplar la ancha cuenca hirviente. Jimmie desprendió una roca y la empujó hasta hacerla caer dentro. Entró en el magma con un grito. Alcé los ojos y lo sorprendí mirándome la cara. Con espanto, se me ocurrió que pudo haber arrojado la roca para observar mi reacción al oír el grito. Nunca había pensado que yo misma estuviera bajo sospecha. De inmediato, por supuesto, sentí que me veía culpable y para ocultarlo dije rápidamente “Ese grito me enferma”, lo cual enseguida me pareció el comentario equivocado. Ser considerada una potencial asesina era una idea nueva para mí. Con movimientos nerviosos desprendí una roca bastante más grande de la que había arrojado Jimmie y la eché dentro de El Horno. Supongo que mi intención era probar que el grito no me asustaba. Jimmie observó la enorme huella que la roca había dejado en la tierra y me dijo:

—Tiene fuerza.

En ese preciso momento, desde lo profundo del lodo turbulento llegó un súbito resoplido, seguido de un fuerte suspiro. Jimmie pareció tan sorprendido como yo, pero enseguida recordé lo que Robinson me había dicho acerca de El Horno: “A veces suspira”.

—¿Se asustó? —dije a Jimmie.

—Oh, no.

—Me pareció que había perdido la compostura —dije.

—No es en un momento como este cuando pierdo la compostura. La perdí cuando descendí de los cielos sobre esta isla de pesares.

Nuestra última excursión por el interior de la montaña duró cuarenta minutos. Llegamos a ese túnel a través de una gruta ubicada en la angosta Bahía Vasco da Gama, en el Brazo Norte. Sus paredes reflejaban tanto la luz que no se veía nada hasta que se llegaba bien adentro de la cueva, donde había un tramo de escalones tallados en la roca que conducían a un foso oscuro y profundo. Olía a cal y a lava y un arroyo profundo y burbujeante atravesaba el suelo a unos veinte metros bajo el nivel del mar. El sendero que corría junto al arroyo era irregular y resbaladizo. Miguel extrajo una soga de un rincón de la cueva, donde la habían dejado preparada, y nos explicó que debíamos formar una cadena y caminar en fila india aferrados a ella. Quería lucirse ante nosotros, lo cual era un espectáculo alentador, y vi que también Jimmie sonreía. Finalmente llegamos a una pendiente bastante pronunciada, donde habían tallado peldaños en la roca. Allí el arroyo rompía contra las rocas que había debajo en una suerte de cascada de la que se desprendía un rocío que nos empapaba. Al pie de los peldaños había un bote amarrado. El túnel se ensanchaba y el arroyo cubría todo el suelo. Miguel nos advirtió que era demasiado profundo para vadearlo. Subimos al bote y avanzamos algunos metros hasta llegar a una cámara circular, que Jimmie iluminó con su linterna. Sus paredes estaban estriadas en forma de abanico, como la superficie de una concha marina. El río terminaba allí en un lago que giraba en un constante remolino. Desembarcamos en un muelle improvisado en la otra orilla y desde allí trepamos con firmeza hasta alcanzar el aire y la luz de la salida en el Brazo Norte. Era un paisaje sembrado de rocas que, si se lo contemplaba con los ojos entrecerrados, parecía un campo de batalla que acababa de ser abandonado.

Cuando volvimos, bien entrada la tarde, Tom Wells dijo:

—¿Recorrieron todas las cuevas?

—Sí, pero ninguna tiene —dijo Jimmie.

—¿Tiene qué?

—A Robinson —dijo Jimmie.

—Naturalmente —dijo Wells.

CAPÍTULO IX

Estaba en el patio, haciendo caras, cuando advertí la presencia de Tom Wells, de pie bajo la sombra de la fuente. No sé cuánto tiempo había estado allí, observándome.

El objetivo de mis contorsiones faciales era intentar descubrir cómo era ser Jimmie o Tom Wells, respectivamente. Mi método no era infalible, pero a veces servía para agudizar la percepción. Lo practicaba desde la infancia. Solo hay que torcer la cara hasta adquirir la expresión de la persona cuyo estado mental y emocional se quiere conocer y luego esperar a ver qué clase de emoción se siente. Había empezado con Jimmie. Primero imaginé que estaba erguida y firme, con mucha presencia y la boca ancha y recta; luego estiré la boca, achiqué los ojos, alcé las cejas, fruncí el entrecejo, coloqué la lengua bajo el labio inferior y empujé hacia fuera el mentón; la nariz, tan concentrada estaba en imaginarla, se curvó un poco en el puente. Entonces me transformé deliberadamente en Jimmie. “Así es”, dije y asentí moviendo la cabeza con solemnidad. Me invadió una sensación de impotencia y me dije a mí misma, en voz baja: “Tengo los nervios hechos trizas”. Coloqué a Robinson en la escena y verlo delante de mí me llenó de temor y de exasperación: era honrado, austero, una reprimenda viviente. Cerré los dedos de mi mano derecha alrededor de un cuchillo invisible, pero no lo apuñalé. El amor hacia mi primo me paralizaba. Abriendo un poco los ojos y moviendo los labios rectos pero sin emitir sonido alguno, dije: “Es el negocio de las motocicletas”, y Robinson respondió: “No necesito motocicletas en la isla”. Pero Jimmie seguía sin intenciones de apuñalar a su primo y yo, mientras volvía a mi cara normal, no podía imaginar cómo podría haberlo hecho.

Ignoro cuánto de esa pantomima observó Tom Wells, escondido bajo la sombra de la fuente, porque aún no lo había visto.

Luego fui Tom Wells. Me senté con las piernas abiertas y mirando hacia delante, con la valija de amuletos mágicos sobre el regazo y

algunos de ellos esparcidos a mi alrededor en el suelo del patio. Abrí la boca y empujé el labio inferior hacia afuera. Torcí hacia abajo las comisuras de la boca y apreté el mentón para que aparecieran más mentones, tan flácidos como me fuera posible imaginarlos. Tenía la piel manchada y surcada por venas rojas. Entrecerré los ojos hasta hacerlos más pequeños y celestes, casi llorosos, y sentí el peso de las bolsas cetrinas debajo de ellos. Tenía el pelo rizado y gris en algunas partes. Moviendo con soltura mi labio inferior, formé algunas palabras: “Tenemos suerte de estar vivos. Mi esposa es una clase de mujer bastante natural”. Tenía una profunda sensación de calor, de sudor alrededor del cuello y sentía las manos mojadas y regordetas. Sentí añoranza por la zona de Piccadilly Circus y el Soho en una tarde de verano; Dean Street, Frith Street, con el polvo y los papeles sobre el pavimento, el olor a ajo y gente que salía apresuradamente de una puerta para entrar en otra, hombres obesos en visitas de negocios y hombres esmirriados que emergían de las tiendas con sus trajes grises y sus anteojos sin marco. Deseé estar allí. Pero en medio de esa añoranza, pensé: “No, no es Tom Wells. Estoy haciendo a Curly Lonsdale”.

De modo que volví a empezar, con las bolsas debajo de los ojos redondos y el mentón. Esta vez sonreí con la sonrisa de Tom Wells, que era distinta a la de Curly y que dejaba al descubierto sus encías superiores. Eso marcaba una enorme diferencia y empecé a despotricar contra el accidente de avión, sin dejar de sonreír mostrando las encías y con una sensación de impaciencia furiosa ante el derroche de tiempo, la pérdida de dinero y el incierto destino de mi revista *Su Futuro*. Cuanta más rabia sentía, más sonreía. Cuando Robinson apareció frente a mí y dijo: “¿Cómo se siente hoy?”, me apreté las costillas y respondí: “Bastante mal. Pero tenemos suerte de estar vivos”, mientras aferraba entre los dedos a Ethel de la Fuente y le imploraba: “Tráeme suerte, Ethel. No permitas que Henry se case con mi esposa. Haz que la compañía aérea nos indemnice. Haz que la compañía de seguros nos pague. Haz que Robinson nos pague”. Ethel de la Fuente se transformó en un puñal. Robinson había robado mis amuletos de la suerte. Me había arrebatado mi suerte. Seguía sonriendo. “¿Dónde está Ethel? ¿Qué hizo con ella?”, dije moviendo los labios pero sin emitir sonido alguno. Robinson respondió: “Son malos para Miguel. Son maléficos”. Tuve deseos de matar a Robinson, pero no logré que Tom Wells hiciera semejante cosa a una gallina que podía poner huevos de oro. En cambio, dije con desprecio: “Hablando de maldad, ¿cómo está su novio?”. Robinson me miró con aire cansado y se alejó. Aún sonreía con

el flácido y húmedo labio inferior volcado hacia fuera como el borde de una copa y las encías mojadas y artificiales que brillaban encima de los dientes superiores, cuando advertí la presencia del verdadero Tom Wells bajo la sombra de la fuente, que me observaba con su sonrisa. Cuando notó que lo miraba, asintió con la cabeza, como si dijera: "La estoy viendo". Cruzó el patio en dirección a mí y dijo:

—¿Se siente bien?

No puse mi cara normal enseguida, con la esperanza de que creyera que mis contorsiones faciales obedecían a alguna evidente causa física. En cambio, apreté los ojos y fruncí la nariz y luego me pasé la mano sobre los ojos con un ademán exagerado.

—El sol está muy fuerte. Me duele la cabeza —dije.

Volví a hacer una mueca para que no le quedaran dudas.

Dejó de sonreír y me miró con detenimiento.

—¿Demasiadas preocupaciones, cariño?

—Oh, es el sol, nada más. Me hace doler la cabeza.

De hecho, estaba sentada bajo la sombra de la casa y el sol iluminaba la mitad opuesta del patio. Sin embargo, el resplandor era considerable.

—Es una tontería sentarse a la intemperie si el sol le da dolor de cabeza —dijo Wells.

—Oh, me gusta el aire fresco.

—¿Dónde está su amigo íntimo?

—¿Quién?

—Perdóneme —dijo—, debería haber dicho el amigo íntimo de Robinson.

No respondí.

—Quizás "amigo íntimo" no sea la expresión adecuada, después de todo. "Íntimo" sí es la palabra adecuada, pero no puede decirse que "amigo" también lo sea. ¿Entiende lo que le digo?

—Entendí lo que quiso decir la primera vez —respondí.

—Ah, ¿en serio? —dijo.

—Si tiene alguna queja contra Jimmie, diríjasela a él.

—Leal hasta la muerte —dijo—. Bueno, ahora usted ya no tiene competencia, ¿no?

Entré en la casa. La cuestión era si yo estaba bajo sospecha por el asesinato de Robinson y quién sospechaba de mí. No podía dejar de pensar en el comentario de Jimmie: "Tiene fuerza". ¿Era posible

argumentar con seriedad que yo pude haber apuñalado a Robinson y también arrastrar su cadáver desde el campo de mostaza hasta El Horno? La pregunta me perturbaba profundamente por dos razones. La primera de ellas era que, una vez probada mi capacidad física, yo estaría bajo las mismas sospechas como asesina que Tom Wells y que Jimmie, una vez que se descubriera nuestra existencia en la isla y el crimen saliera a la luz. No faltarían motivos: ¿cómo eran las relaciones de la señora Marlow con el difunto? ¿Amistosas u hostiles? Pensé otras preguntas que podrían hacerme, todas igualmente difíciles de responder. Reflexioné, también, que si Jimmie realmente creía posible que yo había matado a Robinson era porque él mismo era inocente. Lo mismo se aplicaba a Tom Wells.

Entré en el estudio de Robinson y me detuve frente a su pequeño escritorio. Alcé uno de los extremos. Era pesado. Sin soltar la esquina del mueble, separado unos veinte centímetros del suelo, observé el reloj a cuerda de Robinson. Lo contemplé durante cuatro dolorosos minutos hasta que mis brazos y dedos cedieron. No fue un gran esfuerzo y no me afectó demasiado, salvo por el terrible dolor en mis manos y brazos. Supuse que no era una idea descabellada que pudiera arrastrar el cuerpo de Robinson hasta la montaña. Había oído que algunos criminales llegan a tener una fuerza sobrehumana en el momento en que cometen un asesinato.

Era el comienzo de nuestra undécima semana en la isla; ya habían transcurrido quince días desde la desaparición de Robinson. Había recobrado la tranquilidad; la sensación de aturdimiento había pasado. Mi estado de ánimo oscilaba como un péndulo. En las mañanas me sentía inquieta a causa de la impaciencia y la indignación, deseaba ocuparme en algo, dilucidar el misterio y saber qué papel tenía en él cada uno de nosotros. Hacia el anochecer, me sentía desconsolada y nostálgica y mis pensamientos se concentraban en Robinson.

Ya había completado el cuaderno azul que Robinson me había dado para que escribiera mi diario. Tomé algunas hojas sueltas de uno de los cajones del escritorio de Robinson; era el mismo cajón donde había encontrado el rosario y eso también me perturbó. Sin embargo, me puse a escribir tal como había planeado.

Diario, lunes 19 de julio.

Suponiendo que:

1) Robinson haya sido asesinado por un solo hombre.

2) Y que haya sido apuñalado con su cuchillo, en el campo de

mostaza, probablemente entre la medianoche del 2 y la madrugada del 3 de julio.

3) Que el asesino lo llevara hasta El Horno.

4) La prueba de ese viaje, el rastro de sangre, era imposible de ocultar, por lo cual el asesino decide mezclar las pruebas. Mancha varias prendas de ropa con la sangre de Robinson y las esparce indiscriminadamente a lo largo de la ruta.

Noto que:

5) Todas las prendas manchadas de sangre pertenecían a Jimmie, a mí, o a Robinson, o habían sido prestadas a Jimmie y a mí por el propio Robinson. No se encontró nada que perteneciera a Tom Wells o a Miguel.

6) El asesino debe de ser alguien físicamente capaz de cargar o de arrastrar el cadáver de Robinson a través de la montaña hasta El Horno.

7) Por lo tanto, Miguel está libre de sospechas, aunque un investigador oficial pueda contemplar la posibilidad de que el niño haya sido un cómplice.

8) Desde mi punto de vista, los sospechosos son Jimmie Waterford y Tom Wells. Uno es inocente; el otro, culpable.

9) *Móviles*. Jimmie Waterford hereda la fortuna de Robinson. La disposición de esa fortuna se hallaba bajo debate en el momento de la muerte de Robinson. El debate no era, hasta entonces, favorable a Jimmie.

10) Debo señalar que es primo de Robinson, fue criado por la madre de este y se hallaba emocionalmente ligado a Robinson.

11) También observo que mi amistad con Jimmie no agradaba a Robinson y que puede suponerse que ambos habían mantenido alguna discusión al respecto.

12) Asimismo, señalo que el propio Jimmie me contó los detalles acerca de su herencia. Eso puede parecer extraño, si contemplaba el asesinato para beneficiarse.

13) Tom Wells estaba resentido con Robinson porque le había quitado sus amuletos de la suerte. Descubrió la ausencia de su maleta en la noche del 2 de julio, la misma en que Robinson desapareció.

14) Wells tenía la idea, o manifestaba tenerla, de que existía una relación homosexual entre Jimmie y Robinson.

15) Cuando me hizo partícipe de esa creencia, también

expresó un horror personal hacia ella.

16) Agrego que Tom Wells, con sinceridad o sin ella, atribuye la desaparición de Robinson a una acción sobrenatural.

17) Y que Tom Wells exagera su herida. Corretea como loco con Miguel bajo el sol del mediodía, pero cuando se le pide que haga alguna tarea útil, se aprieta las costillas como si le dolieran.

Otras observaciones:

18) Las relaciones de Jimmie Waterford con Robinson, si bien eran insatisfactorias, no eran ásperas.

19) Tom Wells tiene una mente opaca. No puede precisarse el alcance de sus supersticiones, ni saber si lo obsesionan al punto de llevarlo a cometer un asesinato, o si la confiscación de sus muestras por parte de Robinson pueda haber sido causa suficiente. Desde luego, en su personalidad hay un lado completamente materialista y otro muy problemático. (¿Es posible que esté loco? ¿Es posible que haya asesinado sin ser consciente de ello?).

20) *Consideraciones adicionales*. El inocente necesariamente especulará acerca de la identidad del asesino. Sus sospechas pueden recaer en el otro hombre. Sin embargo, no podrá contemplar la posibilidad de que yo sea la asesina.

21) Se espera que la parte inocente evite cuanto sea posible la compañía de los posibles sospechosos, por ejemplo, si Jimmie es inocente, no querrá estar demasiado cerca de Wells y de mí. Puede que nos tema. Wells, si es inocente, reaccionará del mismo modo.

22) Por otra parte, puede que el asesino quiera mantener una relación amistosa con sus compañeros. Estará ansioso por hacerlo, por su propia seguridad.

23) ¿Es posible inferir culpa o inocencia de tales actitudes? Si Jimmie no trata de evitarnos a Wells y a mí, como si fuésemos potencialmente peligrosos y asesinos, ¿eso significa que es culpable?

24) Queda aún la incógnita de si Robinson fue asesinado por una sola persona.

25) Jimmie está construyendo un monumento en memoria de Robinson, que consiste en una rústica cruz de madera montada sobre un pedestal.

Dejé el lápiz y deseé estar en casa, en Chelsea, donde una vez, en mitad de la noche, al oír voces y pasos en el piso de cemento del jardincito trasero, con solo levantar el teléfono hice que la calle se llenara de policías, tantos que parecían nacer de los dientes de un dragón. Los oficiales llegaron de inmediato a la puerta de calle y a la verja del jardín. Atravesaron corriendo el vestíbulo y se amontonaron en la cocina antes de salir por la puerta trasera. En el preciso momento en que atraparon al intruso, otra patrulla se detuvo frente a la casa, mientras de la esquina aparecieron cuatro oficiales más caminando dos en dos con su paso firme, fatídico y casi contemplativo. Es cierto que en aquel entonces un lunático peligroso merodeaba armado por el barrio. Mi intruso resultó ser el amante de mi inquilina del cuarto de arriba que salía a hurtadillas antes de que amaneciera. Pero agradecí la atención de la Fuerza y lo repetí varias veces mientras abandonaban la casa, con sus uniformes azul oscuro, para subir a la hilera de automóviles que esperaban bajo la luz de los faroles.

Hablé del incidente con Agnes porque los temas de conversación con ella no abundaban, y estaba segura de que Ian Brodie tendría alguna acotación que hacer al respecto. Al día siguiente, dijo en el teléfono:

—Tienes que echar a esa prostituta cuanto antes. Una mujer en tu posición puede ser tomada fácilmente por una…

—¿Por qué no te ocupas de tus propios asuntos?

Porque, en el peor de los casos, aunque lo quisiera, no habría tenido el coraje para armar un escándalo a la muchacha por semejante asunto; una mujer en mi posición puede caer fácilmente en el ridículo, puede ser tomada por una viuda envidiosa y lo peor de esas insinuaciones es que, nunca se sabe, pueden ser ciertas.

—Bueno, si lo que *quieres* es regentear un prostíbulo… —dijo Ian, y su voz subió una octava al pronunciar la palabra “quieres”.

Lo que sentí mientras estaba sentada en el escritorio de Robinson con el expediente acerca del asesinato delante de mí, fue la sorpresa de haber descubierto un parecido entre el estridente Ian Brodie y el solemne Robinson.

En las paredes colgaban dos grabados de William Blake, la reproducción de una obra de El Greco y una notable pintura de Stubbs o de alguno de sus imitadores, en la que se veía un espléndido zaino rodeado de gente que parecía hecha de madera. La pregunta se imponía por sí sola: ¿cómo conciliar los gustos de Robinson?, ¿cuál había sido su *centro*? Y dado que suele haber inconsistencias en el gusto de la gente, o

simplemente heredan los objetos de los cuales se rodean, la pregunta solo tenía una importancia simbólica. Pensaba en el misterio de su muerte; cada vez que recorría sus habitaciones trataba de encontrar indicios de su destino; ¿llevaba dentro de él alguna señal que revelara que moriría asesinado y quién sería su verdugo?

Vagué por el cuarto, mirando los libros de Robinson detrás de las puertas vidriadas y recordando mi primera repulsión ante las pulcras colecciones ordenadas con cuidado; no lograba entender por qué me habían afectado de ese modo. Las bibliotecas eran elegantes y el frente vidriado acrecentaba su dignidad. Y conocía mucha gente que guardaba sus libros bajo vidrio. Los libros en sí mismos parecían admirables, aun envidiables: treinta y ocho volúmenes de la Biblioteca Antigua Bohn, doce volúmenes de la Biblioteca Histórica Bohn; una impresión de la *Vida de los poetas*, de Johnson; un conjunto de reimpresiones de la casa Pickering; una colección completa de las obras de Hegel en alemán, junto a unas bonitas e imponentes ediciones de filósofos como Bosanquet, por ejemplo, y otros cuyos nombres leía por primera vez: Green, Caird, Wallace. Los mayores poetas alemanes e ingleses, ninguno menor, pero era posible que Robinson no tuviese interés alguno en la poesía. También había numerosas publicaciones de la Bacon Society y al verlas me dije: “¿Por qué no?, Shakespeare no es una religión”. Algunos números encuadernados de la *Aristotelian Society, La rama dorada* completa. Todos los dramaturgos griegos y los filósofos griegos y romanos en las ediciones Loeb, Lamennais, Von Hügel, Lacordaire, cientos de otros autores y, en un mueble ocupado solo por ellas, las primeras ediciones con las páginas sin cortar.

Cuando vi por primera vez los libros me sentí mareada y me dije: “Hay colecciones *enteras* de *todo*”. Grandes nombres por doquier. Pero pensándolo bien, después de todo era una biblioteca de referencia, apropiada para una isla.

Abrí una de las bibliotecas junto a la ventana, donde la luz era pobre, y al mirar de cerca descubrí que los estantes más altos contenían teología mística, una centena de libros: obras de los místicos cristianos, concordancias y comentarios. Los estantes inferiores estaban ocupados por literatura patrística en griego y en latín y todos los volúmenes en inglés de la Biblioteca de los Padres. Ubicada a la izquierda de estos, una biblioteca en esquinero estaba dedicada a la sección mariana; todos los volúmenes parecían muy manoseados y repletos de anotaciones. Pensé: “Bueno, el pobre Robinson al menos se dedicó a pensar en el asunto; Ian Brodie se limita a dar su chillona desaprobación apoyado en

citas teológicas sacadas de contexto”.

—Si le apetecen algunos de los volúmenes que nos rodean, le ruego los elija. —Era la voz de Jimmie, que estaba de pie en la puerta del estudio de Robinson—. Siéntase libre de conservar los que desee.

—Oh, no me llevaría los libros de Robinson —dije.

—Ya no son propiedad de Robinson —dijo con tono melancólico—. Ahora son míos.

Jimmie no me evitaba y así probaba su inocencia. Era como un juego; yo tocaba la flauta y él se negaba a bailar. Buscaba cualquier excusa para estar cerca de él y lo observaba subrepticiamente para ver si intentaba alejarse de mí. Parecía aliviado por ese aparente enternecimiento de mi parte. Era evidente, me decía a mí misma, que no sospechaba que yo hubiera asesinado a Robinson y aquel comentario suyo —“Tiene fuerza”— había respondido, muy probablemente, al intento de sondear las sospechas que yo tenía acerca de él, como si me dijera: “Cuidado. Si me acusa, también yo puedo acusarla”.

A veces me preguntaba a mí misma: “¿Qué sentido tiene preocuparse? ¿Acaso Robinson significa algo para ti? ¿Por qué tomarse semejante molestia?”. Siempre era deseable, pensaba yo, que se hiciera justicia, pero jamás me consideré una vengadora, una hostigadora del mal. Una cosa era aplaudir la justicia; otra, ocuparse de aplicarla. Mi fervor me sorprendía, por supuesto. Pero de una cosa estaba segura: me preocupaba tanto evitar la injusticia como hacer justicia. En la isla yo corría peligro físico y no podía dejar de sentir que lo mismo, en mayor escala, le ocurría a Jimmie. Porque, aunque careciera de pruebas, sospechaba que Tom Wells era el asesino.

Y debido a que Jimmie no me trataba como a una candidata para la autoría del crimen, en lugar de atribuirlo a su culpa, pensaba que él también había decidido que Tom Wells era el criminal.

La idea de que la isla ahora pertenecía a Jimmie me había sorprendido. Poco después, cuando Tom Wells y Miguel no podían oírme, le dije:

—Tenemos que hablar del asesinato.

—Me resulta intolerable. Tengo los nervios hechos trizas.

—Si ahora la isla le pertenece, usted es responsable de lo que suceda en ella. Tiene que convocar a una reunión.

—¿Una reunión? ¿Con qué objeto? Ya tengo bastante con la pena

que hay en mi corazón.

No era mi intención confiarme a Jimmie, pero su respuesta me molestó porque me pareció irresponsable.

—Tom Wells es un asesino —dije.

—En lo que a mí respecta, no acuso a nadie —dijo.

Permanecí de pie junto a la puerta abierta, lista para salir corriendo en caso de que hubiese algún problema, ya que en realidad sabía muy poco sobre Jimmie.

—Si no fue él, tiene que haber sido usted, Jimmie.

—No es así —dijo.

—En ese caso —dije—, usted cree que la asesina soy yo.

—Le ruego que no profiera semejante declaración.

—Vea —dije—, no va a suponer que Miguel…

—No es razonable. No considero la posibilidad de hacer ninguna acusación.

—Entonces quizá comparta la opinión de Wells —dije—, según la cual Robinson fue apuñalado por un espectro.

—Es un dislate imaginar un hecho tan irracional —dijo.

—¿Cuál es su opinión?

—¿Opinión? Ay, no es momento de opiniones. Sufro, tengo los nervios hechos trizas.

Luego de esa conversación, volví a poner a Jimmie, a regañadientes y provisoriamente, bajo sospecha.

Quedaban menos de tres semanas antes de la llegada del barco que vendría a recoger las granadas. Miguel comía cada vez menos. Cuando conseguíamos, por la fuerza, que comiese algo, solía vomitarlo media hora después. A veces tenía ataques de fiebre que duraban un par de horas. Le dábamos medicamentos e inyecciones, pero su enfermedad reaparecía. Lo atribuíamos al "peso terrible", sin jamás mencionar de qué. Entre un ataque y otro, paseaba por el patio con Tom Wells o me seguía por toda la casa. No parecía sentir afecto por Jimmie. No es que se pusiera en contra de él, era solo que parecía tomarlo por una suerte de tonto, al que no valía la pena prestar atención.

A menudo me preguntaba cómo explicaba en su cabeza la muerte de Robinson y si la pregunta acerca de su causa y de su autoría se le habían siquiera ocurrido. En apariencia, no temía a ninguno de nosotros, pero había adquirido una suerte de nerviosidad general.

Me costaba creer que Robinson no hubiese dejado alguna disposición testamentaria en favor de Miguel en caso de muerte.

—Robinson debe de haber dejado un testamento —dije a Jimmie—. Tal vez esté entre sus papeles. Tal vez la isla no sea suya, después de todo.

—Es mía, hasta donde tengo conocimiento, puesto que ya he hallado el testamento de Robinson entre sus papeles.

—Vaya, podía haberlo mencionado antes.

—Es un asunto de familia.

—Ah, ya veo. Al igual que el asesinato, supongo.

—Así es, quizá.

—¿Qué sucederá con Miguel?

—Es un asunto de familia. Lo llevaré con las tías.

El jueves veintidós de julio, un avión sobrevoló a gran altura la isla. Lloviznaba. En ese momento yo estaba en el estudio de Robinson haciendo un rosario para Miguel con una hilera de cuentas de ámbar que habían encontrado entre los despojos del accidente. Me había vuelto bastante insensible a los despojos y ya me había apropiado de varios vestidos.

La temperatura de Miguel era normal aquel día, aunque se lo veía inquieto y enfermizo. Había estado vagando por la casa, observando a Tom Wells mientras escribía y a mí mientras hilvanaba el rosario y luego se había marchado en silencio al campo de mostaza donde Jimmie ya había levantado su monumento en memoria de Robinson y tallaba algunas palabras en la base. Alrededor de las dos y media de la tarde, Miguel entró corriendo en la casa.

—Hay un aeroplano que viene desde el cielo.

Afuera, podía ver la neblina que cubría parcialmente la isla desde el oeste. El avión se aproximaba desde el noreste. Jimmie llegó a toda velocidad desde el campo de mostaza y se dirigió a la sala de armas donde se guardaban las bengalas. Tomé la enorme cometa roja que se usaba como señal de ubicación y la llevé al patio, donde encontré a Tom Wells, que miraba hacia el cielo y se apretaba las costillas. El avión sobrevolaba la isla y estaba alejándose cuando Jimmie volvió a pedirme la llave de la sala de armas que yo llevaba colgada en el cuello.

Le entregué la cometa.

—Remóntela —dije—. Yo traeré las bengalas.

—Demasiado tarde —dijo Tom Wells—. El avión se ha ido.

—Puede que vuelva.

La brisa era insuficiente para elevar la cometa, pero disparamos las bengalas a intervalos durante toda la tarde y la noche siguiente. No hubo más señales del avión, que no debe de haber visto nada digno de mención en nuestra isla, una pequeña roca verde perdida en el Atlántico. Pero la excitación que nos provocaron las bengalas en medio de la noche tuvo un buen efecto en Miguel. Aunque al día siguiente amaneció con fiebre, estaba de mejor ánimo y por la tarde parecía recuperado. Como aquel día soplaba una ligera brisa, le di la espléndida cometa roja de Robinson, con su larga cola de lentejuelas, que antes tenía prohibido tocar. Le enseñé a remontarla y mientras lo hacía, aferrando con dificultad el pesado bastidor que permitía maniobrarla, dijo:

—¿Puedo quedármela?

—Intenta hacer señales al avión para que regrese —dije.

—¿Puedo quedármela?

—Tendrás que preguntárselo a Jimmie —dije.

—¿Es de Jimmie, ahora que Robinson está muerto? —dijo, casi con tono casual y los ojos clavados en la cometa.

—Sí. La isla es de Jimmie.

Advertí que estaba empezando a olvidar la ausencia de Robinson, a menos de tres semanas de su muerte, y sentí alivio, porque su ensimismamiento había sido una preocupación. Me pregunté si Brian, si bien era mayor y de carácter diferente, podría haber aceptado, para ese entonces, mi muerte.

El barco de granadas debía llegar entre el ocho y el diez de agosto. Solía sentarme a contemplar el mar con la esperanza de que apareciese antes de tiempo, pero también con temor, ya que el barco nos encontraría con un asesinato en nuestras manos. Entretanto, hice el rosario para Miguel. Era un proceso difícil, porque los diminutos agujeros en las cuentas doradas eran demasiado pequeños para la aguja y como debía agrandar cada agujero con una aguja para coser lona trabajaba con lentitud. Aún no lo había terminado cuando Jimmie anunció que había concluido el monumento. Miguel y yo bajamos hasta el campo de mostaza. El monumento estaba ubicado en el lugar donde habíamos encontrado la chaqueta manchada de sangre y la navaja de Robinson. Consistía en una cruz de madera, tallada y encastrada con esmero, aunque el brazo izquierdo era más largo que el derecho y el

asta estaba ligeramente torcida. En la rústica base estaba inscripto, en letras desparejas, lo siguiente:

In Memoriam
MILES MARY ROBINSON
1903 – 1954

Eso ocupaba todo el espacio en el frente del bloque.

—No queda espacio para el R.I.P. —dijo Jimmie—. Inicialmente, me propuse insertarlo, pero no fue posible. Hice las primeras letras demasiado altas y entonces, como ven, no quedó más espacio.

Miguel dijo a Jimmie, señalando el monumento:

—¿Eso es Robinson?

—¿A qué te refieres con "eso"? —dijo Jimmie.

Miguel pareció desconcertado con la pregunta y, por más que Jimmie lo presionó, se negó a responder. Supuse que pensaba en el monumento como una suerte de estatua de Robinson, porque más tarde, en la casa, me preguntó:

—¿Por qué Robinson tiene un brazo más largo que el otro?

Luego de reflexionar acerca de su pregunta, respondí:

—Ah, ¿te refieres al monumento?

Y a veces, aunque se refería a él como monumento, parecía incurrir en una especie de falacia patética:

—¿No tendrá frío el monumento, allí afuera durante toda la noche?

Parecía sentir que la presencia real de Robinson se había encarnado en el monumento. Siempre resultaba imposible saber qué pasaba exactamente por su mente.

Cuanto más reflexionaba sobre el asesinato, más pensaba en Robinson como una suerte de figura legendaria, pues era difícil creer que solo habían pasado unas pocas semanas desde que me había llevado por primera vez a El Horno. Quizás él había asumido, ya en ese momento, dimensiones casi míticas ante mis ojos. Lo veía entonces como a un austero héroe marítimo, un hereje noble, que para seguir su destino místico se había escondido en la isla con un discípulo de nueve años como única compañía. Supongo que había reconocido una fuerte e incipiente potencialidad religiosa en Miguel. Robinson mismo era, en esencia, un hombre religioso. Una vez, como si hablara de un pariente

poseído por una ambición excéntrica, Jimmie se había referido al deseo de Robinson por procurarse un enriquecimiento espiritual. Al pensar en Robinson tenía que realizar un acto de distorsión imaginativa, ya que no podía considerarlo parte del presente, como un ser humano nacido en una época determinada y en un punto determinado de la doctrina; vagamente, pensaba en él como alguien que, a diferencia de nosotros, no tenía una condición precisa en la vida. Pensaba en su trabajo de rescate en el momento del accidente, en la forma en que nos había cuidado hasta que sanamos, en el entierro de los muertos y en la paciencia con que toleró nuestra ingrata intromisión en su soledad elegida. El hecho de que hubiese encontrado la muerte en manos de uno de sus protegidos me parecía la esencia de su tragedia. Y bajo esa luz reveladora adquirió el carácter heroico de la víctima pagana y precristiana de una expiación.

Solía pasar bastante tiempo en el cuarto de Robinson, recordando sus intentos de distraernos con sus discos de Rossini e impartiendo, en ocasiones, informaciones acerca de la historia y las leyendas de la isla. Era evidente que aquellas noches significaban un gran esfuerzo para él; en aquellos momentos tenía entonces la sensación de que él trataba de extraer orden del caos como un maestro de escuela, sin confiar jamás en que la velada sería agradable a menos que él la organizara por nosotros.

Me sorprendía la claridad y la cantidad de sus observaciones casuales, que mi memoria, como un aparato de grabación, me hacía escuchar de nuevo. Y por primera vez recordé ciertos datos a los que no había prestado demasiada atención cuando Robinson los había mencionado.

Nos había dicho que si la isla era el extremo sur de la Atlántida, como sugería la leyenda, eso agregaría unos dos mil cuatrocientos kilómetros al tamaño del continente perdido, según las especulaciones actuales. La isla había sido una península, famosa por sus huertos de granadas, que habían sido plantados por el rey Arturo. Otra leyenda hablaba de una hermosa princesa del norte que había sido llevada a la isla por un demonio semihumano y encerrada en una cueva dentro de la montaña, debajo de El Horno. Desde allí sus gritos habían atraído a un pastor, que se arrojó con gallardía en El Horno para ser encerrado con ella. Todavía se oían sus gritos cada vez que un objeto caía dentro del cráter. Los amantes solo pueden ser liberados si un sacerdote está dispuesto a bendecirlos y luego morir de inmediato. Otra serie de leyendas afirmaban que la isla era la morada del Héspero griego y asignaban una función oracular a El Horno.

Fragmentos aislados de la conversación de Robinson acudían a mi mente, aunque cuando me contaba esas historias yo solía pensar en otra cosa, intrigada por las enigmáticas cualidades de Jimmie, enardecida de rabia contra Tom Wells, o soñando despierta con Chelsea. De hecho, no fue sino hasta varios meses después de haber abandonado la isla, al ser interrogada acerca de su historia, cuando recordé retazos de la conversación de Robinson que creía haber olvidado. Y aun ahora sigo recordando nuevos hechos que Robinson nos contaba entonces, noche a noche, como si se sintiera obligado a hacerlo para evitar que nos rebeláramos.

Cuando me sentaba en la habitación de Robinson a evocar su presencia, no era solo la sustancia de su conversación lo que volvía a mi mente, sino también el tono de su voz, uniforme, rítmico, casi un cántico, que tenía un efecto ligeramente hipnótico:

“La historia es oscura…”.

“Un refugio tradicional para ermitaños. Había cinco… uno en cada Brazo, uno en cada Pierna, y uno…”.

“Algunos árabes, daneses…”.

“La propiedad de la isla perteneció sucesivamente a una línea de portugueses”.

“Sí, excéntricos, podría decirse…”.

“La historia es oscura…”.

“La isla siempre estuvo en manos privadas”.

“Comprada y vendida”.

“Guarida de contrabandistas, por supuesto…”.

“Es demasiado pequeña para necesitar algo más que una protección nominal…”.

“Las grandes potencias nunca se interesaron en ella…”.

“La historia es oscura…”.

“La mayor parte de los cráteres estaban activos hace seiscientos años…”.

“Llegó la flota de Vasco da Gama…”.

Hacia el final de la tarde del día en que Jimmie terminó el monumento, deambulé por las habitaciones de Robinson, pasando un trapo a los muebles, acariciando los libros y casi oyendo su voz entonada narrando historias acerca de la isla. En una mesa de arrimo estaban sus anteojos de lectura, con las patillas hacia arriba, en la misma posición en que los había dejado. Por curiosidad y porque había estado pensando acerca de la peculiar esencia de Robinson, me los puse.

Normalmente, cuando por alguna peregrina razón me puse los anteojos de otra persona, veía todo fuera de foco, ondulante, como si estuviese mareada. Esperaba una sensación similar cuando me puse los anteojos de Robinson, pero no estaba preparada para lo que sucedió. La habitación empezó a sacudirse y a balancearse en un movimiento giratorio. Los libros saltaron de los estantes y se apilaron sobre la alfombra. Todas las cosas que había en las mesas y en el escritorio cayeron precipitadamente al piso y ni siquiera permanecieron quietas allí. Yo misma trastabillé y giré junto con el cuarto y mientras me aferraba al respaldo de una pesada silla de cuero, la *Agonía* de El Greco salió volando de la pared donde estaba colgada y pasó violentamente junto a mi cabeza. En cuanto a los anteojos de Robinson, habían estado apenas un segundo sobre mi nariz, pero no necesité su ausencia para comprender que la habitación se movía por sí sola, sin ayuda de ellos. Poco a poco, el vaivén fue volviéndose más suave. Fijé la vista en el lomo de uno de los libros desparramados en el piso. Tenía la tapa entreabierta, de modo que alcanzaba a ver el ex libris y a leerlo: *Nunquam minus solus quam cum solus*. Vi a Miguel que pasaba corriendo frente a la ventana con una sonrisa en la cara. Entró en la casa y abrió la puerta del estudio, sonriendo con excitación:

—El señor Tom se metió debajo de su cama —dijo.

—¿Son frecuentes los terremotos en la isla?

—Creo que sí. Jimmie se cortó la mano con un trozo de vidrio.

—¿Son siempre tan intensos como este? —dije.

—¿Tan qué?

—Intensos. Peligrosos. ¿Son tan peligrosos como este?

—No son peligrosos. Robinson lo dijo.

—Yo digo que sí lo son —dije.

—El señor Tom se metió debajo de su cama.

Tom Wells debió de haber salido de su refugio, porque ahora cruzaba el patio en penumbras, pálido, caído y atribulado.

—¿Dónde está su novio? —preguntó con brusquedad.

Jimmie entró por la puerta de la cocina con una mano envuelta en una toalla, como si fuera un enorme muñón.

—Sufrí una conmoción —dijo.

—Oiga, Waterford —dijo Tom Wells—. ¿Ahora la isla es suya, verdad?

—Es mía —dijo Jimmie, desenrollando la toalla, primero con lentitud y luego, al ver la sangre, con mayor velocidad para volver a

cubrir la herida con una parte limpia.

—Se lo advierto —dijo Wells—, va a tener que indemnizarme por daños y perjuicios.

—Vaya, ¿y dónde están esos daños y perjuicios? —dijo Jimmie, acariciando la toalla.

—Tengo golpes por todas partes. Voy a exigir indemnización por daños y perjuicios.

—Dígale que es un acto de Dios —dije a Jimmie.

—Es un acto de Dios —dijo Jimmie.

—Como el asesinato —dijo Tom Wells.

—¿A qué se refiere? —preguntó Jimmie.

Pero Tom Wells entró en la casa, temblando.

Miguel había empezado a ordenar el desastre, como si fuera una rutina. Me uní a él en la cocina, para separar la vajilla rota de la que había quedado intacta o simplemente rajada. Sin embargo, muy pronto sentí los efectos demorados del terremoto y la lámpara de la cocina se volvió borrosa y empezó a ondular frente a mis ojos, como si me hubiera puesto los anteojos de otra persona. Entré en mi cuarto y me acosté. No estaba segura si al entrar en la habitación había vuelto a encontrar junto a la puerta a Tom Wells, sorprendido y culposo, o si lo había imaginado.

Al día siguiente Jimmie tuvo que volver a levantar el monumento. El terremoto lo había derribado. Sin embargo, Miguel no lo acompañó, sino que prefirió quedarse conmigo mientras terminaba el rosario que para entonces ya lucía presentable. Le había atado una cruz que yo misma había hecho, con dificultad, enhebrando las cuentas de ámbar más pequeñas con un alambre muy fino. Miguel estaba encandilado con esa nueva chuchería y cuando le enseñé cómo usarla no descansó hasta dominar la técnica, pasando entre su pulgar y sus frágiles dedos morenos las cuentas brillantes, asintiendo con la cabeza al ritmo de las oraciones repetitivas, completamente hechizado. Pensé en lo fácil que era influenciarlo. “*Santa Maria*”, dijo de pronto, “*Mae de Deus*”, y advertí que había oído recitar el rosario en su infancia.

Para sacar conversación y porque le gustaba conocer los pormenores de todo, una vez que hube captado su interés, le dije:

—Tendría que bendecirlo un sacerdote, pero como en la isla no hay ninguno, supongo que puedes obtener todas las indulgencias sin necesidad de una bendición.

Esas palabras, que entendió solo a medias, despertaron su fascinación. Supongo que ese elemento desconocido, “las indulgencias”, que podía obtenerse con “la bendición de un sacerdote”, daba un prestigio adicional a su rosario. Me hizo preguntas durante toda la tarde.

—¿Qué son las indulgencias? ¿Se le puede rezar a Ethel de la Fuente? ¿El señor Tom es católico? ¿Y Jimmie…?

A la primera oportunidad, exhibió el rosario ante Tom Wells.

—Es un artículo católico. Robinson no lo habría aprobado —dijo Wells.

Miguel percibió el peligro y se alejó corriendo con su tesoro.

—Debería respetar los deseos de Robinson —dijo Wells—. Siempre decía lo fácil que era corromper al muchacho.

—Es demasiado tarde —dije—, porque ya empecé a corromperlo.

—No es para tomárselo en broma.

—Muy cierto.

Algo más en sus palabras me sonó raro: me resistía a creer que el asesino de Robinson pudiera decir: “Debería respetar los deseos de Robinson”.

CAPÍTULO X

No es que juzgue a las personas por su apariencia, pero es cierto que sus caras me fascinan. No las miro mucho cuando las tengo delante. Me gusta llevarme a casa la impresión que me deja una cara, para examinarla con detenimiento y rumiar acerca de ella en privado, como una bestia salvaje prefiere devorar a su presa a escondidas.

Como medio para juzgar el carácter de alguien es una práctica engañosa y en cuanto a la ciencia de la fisonomía, no sé nada de ella. De hecho, el elemento engañoso es lo que proporciona la esencia de mi satisfacción. En el proceso de descifrar una cara, su forma, sus tonos, sus líneas y sus protuberancias como si fuesen las palabras y las oraciones de un mensaje emitido desde el interior, le imprimo un carácter que, aunque distorsionado y nunca del todo falso, y nunca del todo verdadero, me interesa. Estoy tan cerca de la verdad como el mito lo está de la historia, los apócrifos, del canon. No busco justificación alguna para esta costumbre, es una de las tantas cosas que hago. Por sobre todas las cosas, me encanta comparar caras. He visto a un conductor de ómnibus que se parece a una profesora universitaria que conozco; he visto la cara de Agnes moviéndose de un lado a otro en el púlpito; me hago un festín con ellas.

Durante todo el tiempo que pasé en la isla di considerable importancia a las caras. Y a falta de criterios de juicio normales, recurrí a las intuiciones que me suscitaban las caras cada vez que me sentía asustada.

El parecido facial entre Tom Wells y Curly Lonsdale residía más en la expresión que en los rasgos propiamente dichos. La boca de Curly no era tan floja. Pero ambos tenían el hábito de mantener la boca abierta todo el tiempo y podía creerse que sonreían cuando en realidad no lo hacían.

Curly Lonsdale observó alguna vez que “la vida se basa en el chantaje”, pero con el tiempo he llegado a pensar que hablaba sobre sí

mismo, no como chantajista, sino como chantajeado. Creo que pensaba en el hecho de que siempre había vivido al filo de la ley y para Curly la "vida" consistía en esos criterios de conducta que él se había fijado para sí mismo.

El barco de granadas llegaría en nueve o diez días. Estaba cada vez más impaciente y al mismo tiempo más aprehensiva. Imaginarse a los hombres desembarcando en la playa blanca provocaba una sensación no demasiado distinta de la culpa. "¿Dónde está Robinson?". O quizá solo hablaban portugués e interrogarían a Jimmie o a Miguel. Tom Wells y yo observaríamos la escena, como si fuéramos de palo. Y llegado el momento nos mirarían y por supuesto nos pondrían bajo arresto. Probablemente transcurrirían semanas y meses de encarcelamiento e investigación antes de que pudiera volver a casa.

Tom Wells me encontró sola en el estudio de Robinson y dijo:

—Quiero decirle algo en privado.

—Si se trata de un chantaje, lo siento. No soy rica —dije.

—No entiendo —dijo.

—Muy cierto —dije—. Nadie le creerá si trata de culparme de asesinato.

—Jamás soñaría con involucrarla en eso, cariño. Lo que quería decirle es que…

—¿Por qué está chantajeando a Jimmie?

Por un momento pensé que él sonreía, pero me equivocaba; era su boca floja.

—Si sabe lo que le conviene, mantenga la boca cerrada —dijo.

—Por lo general, no suelo mantenerla abierta.

—Es una arpía —dijo—. Siempre fue una arpía con Robinson.

—Usted está tratando de chantajear a Jimmie.

—Estoy negociando un acuerdo. He sufrido daños y perjuicios en esta isla. Si él no quiere llegar a un arreglo conmigo ahora, será peor para él.

—Jamás lo conseguirá —dije.

—Escuche —dijo—, sea razonable. ¿Quiere poner a su novio en dificultades?

—¿Cuáles dificultades? —pregunté y miré por la ventana para ver si Jimmie o Miguel estaban cerca.

—Lo que quiero decirle —dijo— es lo siguiente. Será mejor que nos

pongamos de acuerdo con respecto al asesinato.

—En mi opinión —dije—, fue ocasionado por una fuerza sobrenatural.

Me miró para saber si yo hablaba en serio, pero no pareció decidirse.

—Eso es una buena explicación para nosotros, querida —dijo—. O mejor dicho lo *fue* hasta que su novio se calmó un poco. Debió de preocuparse, naturalmente, después de lo que hizo. Pero no debe hablar de lo sobrenatural a la policía, querida, porque los saca de quicio.

—No —dije—, no diré nada de eso. —Miré por la ventana.

—Veo que está entrando en razón, cariño, está entrando en razón al fin. Ahora bien, será mejor que nos entendamos. Yo pensé en el suicidio. ¿Qué opina del suicidio?

—Si usted quiere suicidarse —dije—, es asunto suyo. Pero debo recordarle que es un pecado mortal.

—¿Está haciéndose la sorda, querida?

—No estoy de acuerdo en inventar el cuento de que Robinson se suicidó —dije y eché otro vistazo por la ventana para ver si había alguien cerca.

—Entonces tendrá que ser un accidente. Robinson tuvo un accidente. Resbaló, cayó de la montaña y se quebró el cuello. Tenía la cara tan golpeada, ¿no?, que estaba irreconocible. Pobre tipo, lo enterramos entre las víctimas del accidente.

—¿Se le ofrece algo más? —dije—. Porque ahora estoy ocupada.

—Esta noche quemaremos las pruebas —dijo— y mañana firmaremos la declaración.

—¿Qué declaración?

—La que voy a preparar. Solo quería saber si usted prefería suicidio o accidente. Tenga en cuenta que el suicidio es creíble porque Robinson estaba un poco tocado de la cabeza.

—¿Consultó a Jimmie? —pregunté.

—¿Acerca de los daños y perjuicios? Ese es otro asunto, en el que usted no tiene nada que ver. Firmaremos la declaración acerca de la desgracia de Robinson luego de que Jimmie haya firmado su acuerdo conmigo sobre los daños y perjuicios.

—¿Jimmie aceptó jurar que Robinson murió en un accidente?

—Oh, sí, y cumplirá su promesa. ¿Por quién lo toma?

—No le creo. —No había señales de nadie en la ventana. Ignoraba si Jimmie o Miguel estaban cerca de la casa.

—¿Supone que va a confesar? —dijo Wells.

—No; ¿por qué lo haría?

Tom Wells repitió: “Sí, *por qué* lo haría”. Me dirigió una mirada amenazadora y dijo:

—Usted no será tan arpía para delatar a su hombre, ¿no es cierto? —Posó su enorme mano en mi hombro y lo apretó hasta provocarme dolor.

—Saque su mano de mi hombro —dije.

—Usted firmará esa declaración —dijo.

—Saque su mano de mi hombro o voy a gritar.

Dejó caer la mano y dijo:

—Usted firmará esa declaración.

—No veo por qué debería permitir que se quedara con el dinero de Jimmie.

—Lo que pide, dulzura —dijo—, es bastante natural. Le daré una tajada, pero no va a necesitarla, téngalo por seguro, si sabe manejar a su novio. Tiene una buena cantidad allí y la mayor parte está en motocicletas acuáticas. No puede equivocarse con las motocicletas.

—Olvidó a Miguel —dije.

—Tom Wells nunca olvida —dijo.

—Vio la sangre —dije— y el cuchillo manchado.

—Naturalmente —dijo Wells—, vio la sangre y el cuchillo. Cualquiera puede ver que el muchacho es retrasado. Y tiene mucha imaginación y ataques de fiebre, además de tener algo extraño dentro de la cabeza. No es sorprendente cuando se piensa en la vida anormal que lleva. Nadie va a prestar atención a lo que diga Miguel acerca de la sangre y el cuchillo.

—¿Algo más? Porque estoy ocupada.

—Firmará el acuerdo —dijo.

A través de la ventana vi a Jimmie y a Miguel, que cruzaban el patio.

—Váyase al infierno —dije a Tom Wells y salí de la habitación.

Diez minutos después vi a Miguel, que se acercaba sigilosamente a Tom Wells en el patio. Hacía tiempo que me había desengañado de la idea de que un niño es un juez instintivo del carácter de los adultos, pero nunca dejó de sorprenderme la atracción que Miguel sentía hacia Tom Wells, quien solía tratarlo con dureza.

—Firme este papel —dijo Jimmie—. Es lo mejor.

—Debe de estar loco —dije.

—Es por eso mismo que quiero que me examinen la cabeza —dijo Jimmie—. Pero entiendo que firmar es lo mejor.

—Usted tiene que ser culpable del asesinato de Robinson —dije.

—No es así. Siempre quise cuidar a Robinson.

—Entonces prefiero ver a Tom Wells en el infierno antes que firmar esa declaración. Y no firme ningún acuerdo que lo obligue a darle dinero.

—Es un hombre peligroso —dijo Jimmie—. No se imagina qué historia tiene preparada en caso de que yo no firme.

—Lo acusará por el asesinato. No se preocupe, el móvil de la herencia de Robinson no lo explica todo. La policía suele encontrar al culpable y si usted es inocente, dígalo y listo.

—Esa no es la historia que tiene preparada —dijo Jimmie—. Está dispuesto a acusarla a usted, a decir que usted lo apuñaló con el cuchillo.

—A decir verdad, no me parece que nadie le crea —dije—. A simple vista se nota que no tengo fuerza suficiente para arrastrar el cadáver hasta la montaña.

—Tom Wells va a decir que usted apuñaló a Robinson al alba, en el campo de mostaza, y que luego la oyó regresar a la casa y confesarme lo que había hecho. Wells va a declarar que oyó todo. Después nosotros dos fuimos hasta el lugar donde está el cuerpo de Robinson y lo transportamos hasta El Horno.

—¿Por qué querría yo matar a Robinson? —dije.

—En su declaración, Tom Wells dirá que usted cometió el crimen para que yo heredara la fortuna. Y luego se casaría conmigo.

—Tiene que reconocer, Jimmie, que Tom Wells es el asesino —dije.

—Yo no acuso. Acusar es peligroso. Si lo hiciera, hasta podría retarme a duelo. Tiene derecho a exigir una reparación. Entonces podría derramarse más sangre. Es grave decir a un hombre: “Oiga, usted ha cometido un asesinato”. Es mejor firmar la declaración.

Esas palabras no me proporcionaron alivio alguno.

—¿Usted realmente piensa que alguien va a creer semejante historia? —pregunté.

—Es mejor firmar —dijo él.

Aquella noche, sábado 31 de julio, me puse a escribir en mi diario. En aquel momento ignoraba que sería la última entrada, pero advertí por primera vez que mi diario podría ser una suerte de documento fatídico y que podría ser útil; de modo que me puse a escribir con especial concentración.

> 1) En primer lugar, declaro haber llegado a la conclusión de que T. Wells asesinó a Robinson.
>
> 2) Me permito señalar que el móvil de ganancia económica que podría arrojar sospechas sobre Jimmie Waterford o sobre mí misma no debe tomarse como una prueba concluyente. Puede que surja la siguiente pregunta: la transparencia de ese móvil, ¿bastaría para frenar a un asesino potencial? Asimismo, ¿no tomaría el criminal los mayores recaudos para esconder su culpa? Debe recordarse que los objetos manchados de sangre que fueron encontrados entre el campo de mostaza y El Horno habían sido usados por Jimmie, por Robinson y por mí misma. No se encontró nada que perteneciera a Tom Wells. Lejos de contribuir a la acusación contra Jimmie y contra mí, ese dato arroja sospechas, a mi entender, sobre Tom Wells.
>
> 3) Además, observo que por el tipo y la posición de los objetos manchados con sangre, fueron colocados deliberadamente allí.
>
> 4) Tom Wells es un chantajista. Me propuso que los tres firmásemos a los efectos de declarar que Robinson había muerto en un accidente. Digo “me propuso”, pero de hecho parecía dar por sentado que yo aceptaría. Tuve la impresión de que Wells contaba con mi afecto por Jimmie y con mi deseo de encubrirlo.
>
> El precio de silenciar este crimen es obtener de Jimmie una suma de dinero.
>
> Pero obtuve más información acerca de las intenciones de Wells a través de Jimmie. En caso de que no firmáramos su declaración, se propone informar a las autoridades portuguesas que yo maté a Robinson a puñaladas con un cuchillo y que luego convencí a Jimmie para que me ayudase a deshacerme del cadáver; el móvil sería que Jimmie heredara la fortuna de Robinson para luego casarme con él.
>
> 5) Jimmie me dijo que está dispuesto a firmar la declaración. Esto puede significar una de las siguientes cuatro cosas:

i) Que él es culpable.

ii) Que es inocente pero teme quedar involucrado, o desea evitar problemas en general.

iii) Que desea salvarme de quedar involucrada.

iv) Que está aliado con Tom Wells.

6) Avalo la hipótesis de que Jimmie es inocente pero quiere evitar problemas y por ello está dispuesto a acceder a los pedidos de Tom Wells.

7) Dejo la posibilidad de que Jimmie sea culpable para considerar la cuestión de Tom Wells.

8) Tuve al menos una ocasión de comprobar que es un chantajista. Creo que puede ser un chantajista profesional.

En ese caso, y si Robinson tenía pruebas de ello, eso proporciona un móvil para el asesinato.

Pienso en los papeles que desaparecieron de la valija de Tom Wells cuando le fue devuelta por Robinson y en el escándalo que aquel hizo (véase la entrada del 1º de julio de este diario), y creo posible que ese asunto de los amuletos y de lo oculto es una pantalla y un medio para sus chantajes. Estoy pensando en toda la gente que le escribe para contarle sus secretos.

9) Es posible que el cadáver pueda ser extraído de El Horno.

10) No creo que firme la declaración de Tom Wells.

Desde que llené el cuaderno azul que me había dado Robinson, escribía mi diario en hojas sueltas. Deslicé las hojas dentro de las tapas posteriores del cuaderno y lo coloqué en uno de los cajones del escritorio de mi habitación, donde solía guardarlo.

La cuestión de la firma de la declaración me resultaba más ardua de lo que me permitía contar en el diario. Dejando de lado el aspecto moral, estaba persuadida de que sería la mayor de las locuras falsificar pruebas que no podrían engañar a criminólogos expertos y, además, tenía horror de quedar en manos de Tom Wells.

Sentía que al oponerme a Jimmie y a Wells me enfrentaba a dos clases de mente melodramática; una, coloreada por nociones de hidalguía; la otra, por el crimen. Estábamos en la misma isla, pero vivíamos en mundos diferentes.

Si bien sabía todas esas cosas, tenía miedo de que me presionaran. Temía la presión conjunta de Jimmie y de Tom Wells y, más aún, la que

ejercían las oportunas atracciones del plan. Si tenía éxito, se facilitaría mi regreso a casa: nada de interrogatorios ni menciones desagradables en los diarios. Estaba empezando a acostumbrarme a la idea de que realmente no había motivos para que el plan fracasara, cuando decidí poner la tentación fuera de mi alcance. Salí en busca de Miguel. Estaba pescando en el lago.

—Miguel —dije—, ¿sabes qué es una mentira?

—Sí —dijo.

—¿Qué es una mentira?

Hizo una mueca mientras buscaba en su memoria y luego dijo:

—Es cuando lo que dices sobre algo es distinto de lo que crees que es.

Sonaba como una consigna de las que Robinson le enseñaba. Aunque Miguel era sincero, no estaba segura de que hubiese entendido la fórmula.

—¿Recuerdas el día en que Robinson desapareció? —pregunté.

Volvió a hacer una mueca como si se esforzara por recordar algo y comprendí que estaba tratando de recordar la fecha.

—Me refiero a si recuerdas lo que sucedió aquel día y lo que hicimos.

—Sí, el señor Tom encontró el cuchillo y la chaqueta de Robinson. Salimos a buscar a Robinson.

—¿Qué crees que sucedió con Robinson? —pregunté.

—Alguien lo mató —dijo.

—¿Quién crees que lo mató?

—El Podermalífico —dijo.

—Dilo otra vez.

Lo repitió dos veces y de inmediato descubrí la influencia de Tom Wells y de su Poder Maléfico.

—Suponte que alguien diga que Robinson se cayó mientras caminaba solo en la montaña y murió.

—¿Quién lo dijo?

—*Suponte* que alguien lo haya dicho, ¿qué pensarías?

—Que está equivocado —dijo.

—¿Recuerdas las cosas que encontramos cuando buscábamos a Robinson? —pregunté.

—Toda la ropa —dijo.

—Eso es. ¿Cómo estaban?

—Estaban todas llenas de sangre —dijo.

—Suponte —continué— que uno de nosotros dijera que no encontramos ninguna ropa y que no había nada de sangre.

—Sería una tontería —dijo.

—¿Sería verdad?

—No, estaría equivocado.

Pensé que no importaba que no supiese qué es una mentira mientras dijera la verdad. Y por su mirada de desconcierto comprendí con satisfacción que nuestra conversación quedaría grabada en su memoria. Sería difícil, de ahora en adelante, persuadirlo de que había soñado las pruebas de la muerte de Robinson.

El traje de baño era un poco grande para mí, pero era el mejor que pude encontrar entre los despojos del accidente. Lamenté no haberme apropiado de él antes, cuando estaba obligada a sentarme en la playa y mirar con envidia a Jimmie y a Robinson que chapoteaban en sus pantalones cortos mientras Miguel nadaba desnudo, zambulléndose como un torpedo. Entonces no había ninguna prenda que pudiera usar para bañarme.

—Báñese sin nada —me había aconsejado Jimmie— y nosotros desviaremos nuestras miradas.

—Entre los despojos hay un traje de baño de mujer —había dicho Robinson.

Había ido al lago para refrescarme luego de un encuentro violento con Tom Wells y con Jimmie. Durante el desayuno les había dicho a ambos que no firmaría la declaración y lo había hecho deliberadamente delante de Miguel, con la esperanza de que el niño absorbiera algo del sentido de mis palabras y no solo sus vibraciones.

—Firmar es lo mejor —dijo Jimmie.

—Vea, reunámonos los tres y discutamos el asunto en privado —dijo Wells con la mirada fija en Miguel.

—No hay nada que discutir.

—Nos reuniremos a las dos de la tarde —dijo Wells—. Y ni una palabra más.

—Firmar es lo mejor —dijo Jimmie.

—Usted me da asco —dije a Jimmie.

Se levantó de un salto y golpeó la mesa.

—¡Es por su propio bien que le doy asco!

Nunca había visto a Jimmie perder los estribos. Me desconcertó y debo de haberlo demostrado, porque Tom Wells aprovechó mi estado para gritarme:

—¡Firmará, aunque sea lo último que haga! Robinson murió por accidente, ¿entendido?

Jimmie se volvió hacia él y dijo:

—Entendido. Pero no está bien dirigirse a una dama con voz de trueno. ¿Entendido?

—Ven, Miguel —dije suavemente—, ven conmigo.

Me siguió, vacilante. Tom Wells me gritó:

—¡A las dos de la tarde!

A las dos de la tarde estaba refrescándome en el lago. Había evitado acercarme a la casa durante el resto de la mañana y había traído comida al lago. Lamentaba no haberme apropiado del traje de baño en nuestros primeros días en la isla. Habría preferido el mar, pero Robinson nos advirtió acerca de los tiburones. Además de los arroyos que surcaban la isla, cuya agua solo llegaba hasta los tobillos, el lago era el único lugar donde bañarse.

Era un lugar sumamente tranquilizador y el efecto verde-azul solo disminuía un poco cuando se estaba dentro del agua. Creo que el color provenía de algún mineral que había en el agua y no del reflejo del cielo; cuando salpiqué agua hacia arriba parecía una lluvia de gemas de un azul transparente. Zambullirme aliviaba bastante las puntadas de angustia que sentía en el estómago, un dolor físico que había tenido durante las dos últimas semanas y que —lo supe entonces— había estado carcomiéndome por dentro desde la desaparición de Robinson.

Uno de los juegos favoritos de Bluebell, cuando Robinson nadaba en el lago, era correr por la orilla tratando de capturar las destellantes gotas de agua azul que él le arrojaba. Mientras chapoteaba en el agua, vi a la gata en la orilla, que me incitaba a jugar. Lo hacía juntando sus patas delanteras en el borde mismo del lago y moviendo las traseras como si estuviese lista para saltar. La técnica del juego, por parte del nadador, era enviar una lluvia de agua un poco por encima de la gata, que daba grandes saltos, como si volara en el aire, intentando cazar las esquivas gotas. A Bluebell no parecía importarle mojarse un poco, pero se sacudía el agua azul de la cabeza y se agazapaba para dar el próximo salto. Nadé hasta llegar cerca de la orilla y le arrojé bien alto el agua con ambas manos. Dio un hermoso salto; su pelaje azul pizarra parecía más azul todavía en contraste con el color del lago. Me acerqué más

todavía, esparciendo la lluvia en dirección a Bluebell con el dorso de la mano. “¡Vamos, Bluebell!”, le grité, “¡el agua es buena para los nervios!”. Me pregunté cuánto tardaría en cansarse y decidí comprobar si podía seguirme alrededor del lago, trotando, agazapándose, saltando con su ritmo maravilloso. Habíamos pasado ya la mitad del lago cuando se aburrió y se perdió entre los helechos rumbo al borde del acantilado. Nadé un rato y decidí regresar al lugar de la orilla donde había dejado mi ropa. Todavía no quería volver a la casa; tenía pensado dar un paseo por el sendero de los acantilados, atravesar el bosquecillo de siringas hasta la playa de las granadas y allí dejar que la arena se deslizara entre mis dedos. Empecé a cruzar el lago y cuando estuve casi en la mitad, vi a Tom Wells que desaparecía detrás de unos arbustos cerca del lugar donde yo había dejado mis ropas. Primero pensé que estaba esperándome detrás de los arbustos, pero cuando me acerqué a la orilla vi que se alejaba rápidamente en dirección a la casa.

La llave de la sala de armas, que solía llevar colgada en una soga alrededor del cuello, ya no estaba entre mis ropas, donde la había dejado. Volví a sentir el dolor en la boca del estómago.

Me vestí con rapidez y fui en busca de Jimmie. Lo encontré bebiendo brandy en el estudio de Robinson. Al verme, dijo:

—Ay, me siento con el ánimo por el más bajo de los pisos.

Temblé, porque con la prisa no había tenido tiempo de secarme del todo.

—Me gustaría tomar un trago —dije.

Sirvió un poco de brandy para mí.

—Tengo los nervios hechos trizas.

—Wells me robó la llave de la sala de armas —dije.

Dio un salto.

—¿La atacó para apoderarse de esa llave?

—No, la había dejado por ahí.

Jimmie llenó su copa y dijo:

—Es mi llave, diablos, todo es mío.

—Tenga cuidado con lo que hace. Probablemente esté armado —dije.

—Estaba furioso al extremo porque usted no firmó la declaración hoy —dijo Jimmie—. Por eso va a insistir a punta de pistola. No es chiste.

—¿Usted la firmó?

—No, no. Es inútil si no estamos todos de acuerdo.

—¿Firmó algún documento que lo obligue a pagarle dinero?

—No, es inútil si no estamos todos de acuerdo acerca del accidente de Robinson.

—Tengo una especie de arma para usar contra Tom Wells.

—Sí, sí —dijo Jimmie—, recuerdo la pistola.

—No me refiero a la pistola, me refiero a mi diario —dije—. Es una suerte de prueba, un expediente. Será difícil para la gente conciliar la historia de Tom Wells con el diario.

Jimmie escuchaba a medias.

—Por favor, es mejor que deje la pequeña pistola bajo mi cuidado —dijo—. Voy a necesitarla en caso de que me vea obligado a protegerla.

Guardaba la pequeña Browning en el bolsillo de mi abrigo. Siempre les tuve miedo a las armas de fuego y si bien no creo que puedan dispararse solas, siento hacia ellas un vago temor de que lo hagan. Cada mañana revisaba la Browning para comprobar que el seguro estuviera puesto y a veces, durante la noche, me levantaba para echarle otra mirada; así era mi relación con la pistola automática.

—Puede que yo misma necesite la automática. De hecho, creo que ahora la necesito más que usted —dije a Jimmie.

—El asunto es así —dijo Jimmie—. No es bueno tener un arma, a menos que se entienda su funcionamiento. Muchas damas no entienden cómo funciona un arma. En caso de que las palabras lo requieran, ¡puf!, la dama disparará y matará al caballero.

—Tengo que conservarla por seguridad. No me gusta la idea de que Tom Wells tenga la llave de la sala de armas.

—Es mi intención lograr que entregue esa llave.

—¡Dios santo! —exclamé—. Si le entrego la pistola habrá otro asesinato.

—No, no —dijo Jimmie—. Sería ir demasiado lejos. Jamás en mi vida disparé a matar. Entiendo cómo funciona un arma. Es mejor para usted que me entregue mi arma, de ese modo no habrá asesinato alguno en el caso de que usted cometiera algún error.

No dejé de reparar en las palabras “mi pistola”. Sin duda, la automática era propiedad de Jimmie y sentí que, si se lo proponía, podría quitármela fácilmente. Pero me impresionaba más la idea de que yo podría matar a Tom Wells si me veía empujada a apuntar la automática contra él. De hecho, era probable que eso ocurriese, pensé, ya que el miedo que sentía hacia él y hacia lo que podría hacer en los próximos días me crispaba. Siete u ocho días, me dije, es mucho tiempo

cuando puede matarse a un hombre en menos de un segundo y arruinarse la vida para siempre. Matar en defensa propia está muy bien, pero dos asesinatos en la isla…

—Es mejor —dijo Jimmie— no tener un arma si no se tiene experiencia en dispararla. En el transcurso de las hostilidades tuve ocasión de…

Como una tonta, fui en busca de la Browning. Aun mientras se la entregaba, lo lamenté; me sentía insegura y me invadió una sensación de desconfianza hacia Jimmie.

Me alejé de él enseguida, decidida a dejar registradas en mi diario la entrega del arma y las razones por las que lo había hecho.

El diario había desaparecido del cajón. Tampoco estaba en ningún lugar de mi habitación. Contaba con él para refutar las acusaciones de Tom Wells en mi contra. No contenía pruebas directas, por supuesto, pero se me había ocurrido, al leerlo entero, que no era la clase de diario que pudiese haber escrito alguien que estuviera urdiendo fríamente un asesinato. Y, además, contenía el expediente del asesinato mismo, las notas de mis sospechas y reflexiones que esperaba entregar a los portugueses. Tenía particular confianza en mi teoría de que Robinson había descubierto alguna de las actividades de chantaje de Wells y por ello este había decidido silenciarlo.

Por alguna razón, cuando comprobé que el cuaderno azul no estaba en mi cuarto, me sentí exaltada. Me sentí despreocupada y temeraria. Fui a la habitación de Robinson y puse un disco de Mozart en el gramófono, me serví un trago, encendí un cigarrillo, me senté y cerré los ojos. Bluebell, que había entrado en el cuarto conmigo, saltó sobre mi regazo y, ronroneando con fuerza, empezó a darme golpecitos con sus patas, antes de acurrucarse. Cuando terminó el disco, lo giré y oí un poco más de Mozart. Me serví otro trago. Cuando sentí que la música me aburría, recorrí los anaqueles en busca de una novela y descubrí que las escasas novelas de Robinson habían sido elegidas, aparentemente, por su encanto bibliográfico. Extraje de la biblioteca vidriada una novela encuadernada en cuero y la abrí en la mitad de un capítulo. La tipografía del siglo dieciocho, con la “s” que parecía una “f”, me irritó. La arrojé sobre el sofá más cercano. Puse otro disco y me serví otro trago. Volví a tomar el libro:

> Ahora, la agonía que afectaba la mente de Sofía, en lugar de difminuir su belleza, la aumentaba, puef laf lágrimaf añadían brillo a fuf ojof y fuf pechof fe elevaban con cada fufpiro. Así es,

> quien no ha vifto la belleza afligida, no la ha vifto en fu máf alto efplendor…

Dejé el volumen a un lado y me abandoné al interesante ejercicio de pensar cuánto me parecía en ese momento a mi hermana Julia. Cuando algo me preocupa mucho, Julia aflora en mí; es una reacción temporaria pero típica de su conducta permanente. Julia se pasa la vida poniendo y sacando discos en su gramófono eléctrico, encendiendo la televisión, apagándola, sirviéndose un trago, tomando un libro, arrojándolo en el sofá más cercano, alzando el tubo del teléfono para luego arrepentirse. Y me puse a reflexionar acerca de esas otras ocasiones de especial tensión en que, por el contrario, asumía la personalidad de Agnes. Eso ocurría cuando estaba sobreexcitada por algún acontecimiento, como una obra de teatro, o una carta con un cheque inesperado, o una fiesta en la que había hablado toda la noche con éxito y en la que también me habían hablado. Mi resaca, acaso una suerte de protección contra la excitabilidad, tomaba la forma de una obtusa trivialidad doméstica y me enardecía cuando calculaba el tiempo, el mes exacto, desde que no se lavaban las cortinas, o me decidía a limpiar armarios que no habían sido tocados en quince años, o escribía cronogramas que me proponía seguir y en los cuales anotaba mis gastos en una columna y mis ingresos en otra, sumando las cifras y comparándolas, agobiada… Eso duraba solo unas horas, pero Agnes lo hacía cada día de su vida.

Mientras evaluaba el factor genético presente en esas observaciones acerca de mí misma, se me cruzó por la cabeza la idea irrelevante de que Tom Wells era la clase de persona que guardaría mi diario debajo del colchón.

Estuve a punto de acertar. Había escondido el cuaderno azul debajo del cubrecama, a la altura de los pies. Lo examiné y lo encontré intacto, con las hojas sueltas y todo. Me había asegurado de que él estuviera en el patio antes de entrar en su habitación. Había estado sentado allí afuera, y de pronto había adquirido un aspecto horrible, con una mano apoyada en cada rodilla y la llave de la sala de armas colgando ostentosamente de su cuello. Ahora, desde su ventana, veía su nuca encima de la silla donde estaba sentado y pensé en lo estúpido que era.

Se habían hecho casi las cinco de la tarde. Tenía el tiempo contado para llegar a destino y regresar antes que bajara la neblina. Corté rápidamente un trozo cuadrado del impermeable de Robinson —era la tela más resistente que pude encontrar para mis propósitos— y, luego

de envolver mi cuaderno en él para protegerlo de la humedad, emprendí la marcha hacia el túnel secreto que comunicaba los acantilados de la Bahía de las Granadas con el Brazo Sur. Planeaba esconder mi diario cerca del extremo del túnel del Brazo Sur, para que no hubiese posibilidad de que Wells lo encontrara por accidente. Él nunca había estado en las cuevas y rara vez se aventuraba más allá de las proximidades de la casa. Su expedición más temeraria había sido una visita a la escena del accidente y solo había llegado hasta allí para asegurarse de que los papeles que había perdido no estuviesen entre los desechos acumulados en el lugar donde lo habían encontrado. Había regresado de su visita quejándose del cansancio y agarrándose las costillas.

Elegí el túnel de la Bahía de las Granadas porque estaba suficientemente cerca para permitirme ir y volver antes de que bajara la niebla, pero aun así no estaba tan cerca. Me parecía que el túnel cuya entrada llevaba desde el acantilado ubicado justo detrás de la casa hasta El Horno estaba demasiado cerca para resultar seguro en caso de una persecución. Y, por supuesto, la caverna en el Brazo Norte estaba demasiado alejada, aunque habría estado dispuesta a esconder mi diario en un lugar tan distante para que no cayera en manos de Tom Wells.

Estaba llegando a la playa cuando advertí que había olvidado llevar una linterna, sin la cual era imposible subir por el camino de la montaña. Me detuve solo para esconder provisoriamente mi paquete en el tronco de un árbol, cubriéndolo con aulaga y colocando algunas piedritas negras en forma de cruz en el sendero, para señalar el lugar.

En el estudio de Robinson había una potente linterna de unos veinte centímetros de largo; todas las otras daban una luz débil porque sus baterías estaban casi agotadas. Solían dejarlas encendidas en el ancho alféizar de la ventana.

En el estudio de Robinson encontré a Tom Wells, sentado en el escritorio.

—Buenas noches —dijo—. ¿Así que maté a Robinson para que no hablara?

—Usted sabrá —dije.

—¿Piensa que soy un chantajista?

—Sí, eso fue lo que dije.

—Bueno —dijo—, seguramente la decepcionará saber que destruí su cuadernito.

—¿Usted robó mi diario? —dije, abriendo los ojos como si estuviera

aterrada.

—Lo quemé.

—¿Lo quemó? ¿Cuándo? Siempre creí que los chantajistas jamás destruían papeles.

—Lo quemé hace un par de horas. Fue una lectura interesante. ¿Sabe una cosa?

—¿Qué?

—Usted va a firmar mi declaración. —Abrió uno de los cajones del escritorio, extrajo un revólver de tamaño considerable y lo colocó delante de él.

—No podrá ocultar dos asesinatos —dije.

—Hay maneras de hacer un trabajo como este y también hay maneras de hacer desaparecer los restos.

—El disparo de un arma de fuego hace mucho ruido en esta isla —dije—. Resuena en todas partes.

—Es cierto, hace mucho ruido. ¿Pero quién va a oírlo?

—Jimmie no es sordo.

—No, pero es mudo. Me ocuparé de que lo sea por el resto de su vida. Nadie chilla cuando Tom Wells le ordena que se calle. En cuanto al niño, bueno, haré entrar en razón a cualquiera que pretenda usar como prueba lo que diga ese retrasado.

Empecé a retroceder. Él se puso de pie.

—Oiga, cariño. No quiero hacerle daño. No hay por qué alarmarse. Usted firmará mi declaración, es por su propio bien. Y solo quiero advertirle que si al llegar a casa se retracta, tengo a mis muchachos en Londres. Pueden hacerle una visita. Solo quiero que entienda, cariño, que le conviene aceptar mi propuesta.

—Tengo que encontrar a Jimmie —dije, retrocediendo hasta llegar a la puerta.

—Naturalmente —dijo—, por supuesto. Desde luego puede consultarlo con su novio. Él sabe lo que tiene que hacer y le dirá lo mismo que yo.

Estaba a punto de atravesar la puerta cuando dijo:

—Lo encontrará en la bodega. Lo puse a apilar el vino y el licor para que estén listos cuando llegue el momento de transportarlos. No tiene sentido dejar mercadería tan buena en la isla.

—Entonces necesitaré una linterna —dije.

—Es cierto —dijo. Alzó la linterna del alféizar de la ventana y me la

entregó—. No se rompa el cuello al bajar la escalera; no queremos otro cadáver. Vaya y hable con Jimmie, querida.

Me escabullí rodeando el depósito y volví a caminar por el sendero de la montaña atravesando la película de vapor azul que se alzaba desde el suelo y, tras recuperar mi paquete, seguí la marcha a lo largo de la playa hasta llegar a la abertura en el acantilado que ocultaba la boca del túnel.

No podía dejar de toser mientras avanzaba a través del polvo sulfuroso y mi tos resonaba en las paredes de la cueva, como si tres o cuatro personas marcharan delante de mí y tres o cuatro detrás. Resbalé dos veces en las algas viscosas, una de ellas me lastimé bastante un codo, pero casi no lo sentí en mi esfuerzo por avanzar. Mi linterna proyectaba un haz rojizo en el polvo volcánico. Llegué a esa parte del túnel donde se reducía hasta convertirse en un agujero y me vi obligada a arrastrarme por el suelo fangoso con el paquete entre los dientes. Finalmente la cueva volvió a ensancharse, pero el techo seguía siendo bajo; tuve que agacharme y aferrar las salientes de piedra para sostenerme mientras avanzaba. Fue allí donde busqué un lugar adecuado para esconder el diario, palpando con la mano la superficie superior de las protuberancias de piedra, con la esperanza de encontrar una que fuese plana. Ninguna de ellas tenía superficie suficiente para sostener mi paquete acostado, pero al correr mi mano por la cara superior de una saliente descubrí que había un agujero en la roca. Tuve que doblar el paquete para deslizarlo dentro.

Mi próximo plan era regresar a la casa, evitando a Wells en lo posible, y encontrar a Jimmie. Si lograba hacerlo antes de que Wells descubriese la desaparición del diario, podríamos tomar a Wells por sorpresa y, con ayuda de la Browning, ponerlo bajo arresto.

Lo más sensato habría sido volver sobre mis propios pasos y regresar a través del túnel hasta llegar a la playa, ya que por esa ruta había menos posibilidades de quedar atrapada por la neblina si yo emergía en lo alto del Brazo Sur. Pero dudaba si regresar por el túnel porque estaba bastante cerca de la puerta del Brazo Sur y sentía un asfixiante deseo de respirar aire puro. Sin embargo, me senté debajo de la saliente de piedra donde había escondido mi diario y junté fuerzas para emprender el viaje de regreso a través de las cuevas. Lo que más odiaba por anticipado eran los metros en que iba a tener que arrastrarme. Al cabo de un par de minutos, me puse en marcha, agachándome y aferrándome a las protuberancias rocosas; cuando el túnel se redujo a las

dimensiones de un tubo, lo recorrí arrastrándome lo más rápido posible.

En cuanto ingresé en el tramo donde las paredes se ensanchaban, tuve un ataque de tos que resonó a mi alrededor y, al parecer, también un poco más adelante. La tos cedió un poco, pero los ecos del interior parecían más fuertes y más frecuentes que la tos misma. Contuve la respiración durante algunos segundos. Al oír una tos ahogada que se acercaba a mí, supe que no era un eco. En ese instante vi la luz de una linterna que arrojaba un débil resplandor rosado. Dirigí la mía, que era más potente, en esa dirección y vi a Tom Wells que avanzaba a los tumbos y reptando hacia mí. Me volví para huir por donde había venido. Su voz, salpicada de toses, me siguió:

—No se mueva o disparo. No se mueva.

La cueva tosió y repitió sus palabras.

—No se mueva. Mueva, mueva, mueva.

Apagué la linterna y, agachándome, me puse de lado contra la pared. Mientras se acercaba me iluminó con la suya. La sostenía en la mano izquierda, mientras la derecha aferraba, como yo temía, la pistola.

—¿Dónde está ese libro?

—¿Qué libro?

—Su diario.

—Usted lo quemó. Eso me dijo.

Mis ojos estaban fijos en su mano derecha. Bajo la tenue luz de su linterna vi que lo que sostenía era un cuchillo, no un revólver.

—Seguí su consejo —dijo—. Las armas de fuego hacen demasiado ruido.

Encendí mi linterna. Él parpadeó y aproveché para golpearlo fuerte con la linterna en la boca del estómago. Gritó, resbaló y cayó de espaldas.

Volví gateando por el horrendo agujero, avanzando a los tumbos, en busca de aire; me aferraba desesperadamente a los bordes de la roca, lastimándome las manos y los brazos. Cuando por fin salí de la cueva, la niebla había bajado. Me refugié en un cráter poco profundo y permanecí allí por unos veinte minutos, sin importarme que la niebla me cubriera. Luego me incorporé con dificultad para salir del cráter y me encaminé hacia el molino abandonado. Pasé la noche allí, porque la niebla era demasiado densa para permitir que encontrara el camino hasta la casa. Pasé la mayor parte de la noche alerta a cualquier ruido y

escrutando el aire espeso, temerosa, desde las ventanas rotas. Finalmente, me quedé dormida sobre el piso húmedo.

Debían de ser las seis de la mañana cuando oí un ruido. La niebla se disipaba y acababa de salir el sol. Pasos ligeros se acercaron por la parte trasera de la casa. Estaba lista para salir corriendo cuando apareció Miguel.

—El señor Tom está muy resfriado —dijo—. Se perdió en la niebla. Se cayó y se lastimó la cabeza.

—¿Está en la casa?

—Sí. Regresó temprano en la mañana. Se cayó y se lastimó.

—¿Qué haces aquí?

—Vine a buscarla. Jimmie fue a El Horno a buscarla.

—¿Jimmie está en la casa ahora?

—Sí. Está cuidando al señor Tom. El señor Tom está sentado al sol con los pies levantados.

—¿Estás seguro de que Jimmie está en la casa?

—Naturalmente —dijo Miguel con la inflexión de su ídolo.

—Muy bien, iré contigo.

Empezó a caminar en dirección al túnel.

—No —dije—. Prefiero volver a la casa por otro camino.

—Es más rápido —dijo Miguel.

—Este camino es bonito —dije.

—Me gusta el otro camino —dijo Miguel.

—Tú ve por ese camino y yo iré por este —dije.

Pero decidió acompañarme y durante el trayecto me contó que las costillas del señor Tom estaban mejor, porque anoche había salido a pasear.

—Y le mostré el túnel secreto que lleva hasta la playa y él se metió dentro solo —dijo Miguel—. Pero después se perdió en la niebla.

Jimmie estaba en la cocina, preparando una mezcla de ron, agua caliente y azúcar.

—Ah —dijo Jimmie—. Tenía los nervios hechos trizas porque pensé que se había perdido. ¿Dónde se refugió?

—En el molino —dije.

—¿Perdió el rumbo? —dijo Jimmie—. Anoche estábamos muy desolados porque temíamos que estuviera en peligro a causa de la niebla.

—Wells me persiguió con un cuchillo —dije.

—¡No puede ser! —dijo Jimmie.

—Es cierto —dije—. Creo que me habría matado si no lo hubiese empujado y huido.

Me senté y me eché a llorar.

—Ha ido demasiado lejos. Soy un hombre paciente, pero ha ido demasiado lejos. Yo me ocuparé de Wells por usted.

Probó la mezcla de ron y pareció gustarle. Luego la llevó al patio, donde Tom Wells estaba sentado al sol, curándose a sí mismo entre un montón de ropa. Me quedé junto a la puerta y lo observé mientras llevaba la bebida a Wells. Se la arrojó en la cara. De inmediato sacó la pequeña Browning del bolsillo y apuntó a la cabeza de Wells.

—¡Jimmie! —grité—. ¡No le dispares en la cabeza!

Apretó el gatillo. No ocurrió nada, ni siquiera se oyó un clic. Volvió a apretar el gatillo una y otra vez, mirando con furia el arma, sin prestar atención a la puntería.

Wells logró sobreponerse a la sorpresa y apartó los abrigos que lo envolvían. El ron todavía le caía por la cara cuando vio que la pistola de Jimmie no funcionaba. Le arrojó un golpe y le dio encima del ojo. Jimmie arrojó la pistola al suelo y devolvió el golpe; fue una terrible trompada en la boca y la sangre empezó a manchar la camisa de Wells. Ojalá supiese los términos técnicos para describir una pelea porque, al recordarla tiempo después, esta entre Wells y Jimmie me pareció bastante profesional. Jimmie golpeaba con rapidez, un puño tras otro. Wells era lento, pero más potente. Recogí la pistola del suelo. Creo que tuve la impresión de que podría arreglarla por la fuerza. La miré y vi que todavía tenía el seguro puesto.

Wells había sido derribado. Se incorporó, sacudió la cabeza con violencia y volvió a enfrentar a Jimmie, listo para continuar la pelea. A Jimmie se lo veía cansado y con los ojos vidriosos cuando Miguel llegó corriendo al patio con una mirada muy extraña. Parecía no advertir la pelea y corrió hacia los dos hombres jadeantes.

—Vete de aquí, muchacho —dijo Wells.

Pero Miguel ya le tiraba del brazo y Wells pareció contento por la posibilidad de una pausa.

—¿Qué sucede, niño? —dijo.

Miguel tenía los ojos grandes como platos.

—Robinson está mirando el monumento —dijo.

—¿Qué dices? —dijo Wells.

—¿Qué sucede? —dijo Jimmie.

Miguel señaló hacia el campo de mostaza. Aun desde donde me hallaba, junto a la puerta, podía ver la figura de un hombre inclinado, con las manos en las rodillas, leyendo las palabras grabadas en el monumento en memoria de Robinson. Se incorporó y empezó a caminar lentamente hacia la casa. Aunque más delgado y más cansino que antes, no cabía duda de que se trataba de Robinson.

CAPÍTULO XI

Jimmie tuvo que sacar las botellas de las cajas apiladas en el depósito, listas para ser transportadas. Todas las botellas regresaron a la bodega. Con lentitud y por exigencia de Robinson, Tom Wells devolvió la llave de la armería, tres cajas de cigarros, dos camisas, una cámara fotográfica, el *Shorter Oxford English Dictionary*, un par de vasijas de bronce dorado, una Biblia y otros sorprendentes objetos depositados en el baúl que había preparado para llevarse consigo. Durante toda aquella semana, Robinson se la pasó preguntando por sus cosas: ¿dónde estaba esto y aquello? Y se sentaba en su estudio como un potentado que recibía tributos mientras sus posesiones regresaban a sus manos. Jimmie devolvió el testamento. Yo tenía la gruesa pluma fuente de Robinson. Me la pidió, por supuesto.

No parecía comprender por qué debía explicarnos su desaparición. Tan pronto como advertí que había partido por su propia voluntad, me enfurecí aún más.

—Podría haber pensado en Miguel. Fue una mezquindad hacerle eso al muchacho. Hizo que se enfermara —dije tres o quizá cuatro veces durante nuestra última semana en la isla.

Robinson suspiraba. Y respondía: “Uno solo puede actuar de acuerdo a la propia capacidad” o “De todos modos, Miguel se marchará para ir a la escuela. Tiene que dejarme. Ahora será menos difícil”.

—La suya es, por supuesto, la interpretación obvia —dijo una vez—. Bueno, mis actos están más allá del espectro de lo obvio. Solo es necesario que advierta eso, no hace falta que comprenda mis acciones.

—Superé la pose antinomista cuando tenía veinte años. La moralidad privada no existe.

—No para usted. Pero para mí, que vivo en una isla… Tengo un sistema.

En otra ocasión, dijo:

—Normalmente, mi vida está regulada por un sistema. La llegada de

ustedes lo alteró.

—Todo sistema que no contemple lo inesperado y lo inoportuno es una basura —dije.

Al final, dijo:

—Las cosas se acumulan dentro de uno y luego uno se ve obligado a cometer una atrocidad.

Debido a la extrañeza de nuestra situación, a la susceptibilidad de nuestras mentes, a las cualidades de la isla y quizás a la conmoción que nos produjo el accidente de avión, no sospechamos ni siquiera por un momento lo que en realidad había ocurrido. Había sangre por doquier. Solo podíamos pensar en la sangre.

Era evidente que la razón principal por la que hizo aquellas cosas era porque no nos soportaba. Habíamos invadido su privacidad y eso no le gustaba. No le gustábamos. Tal vez porque éramos bastante insoportables.

Cuando ahora pienso en Robinson, lo veo como un egoísta excéntrico pero bienintencionado, aunque durante nuestra última semana en la isla lo aborrecí: en primer lugar, porque había adquirido un aire de superioridad; segundo, como reacción contra la concepción romántica que tenía de él cuando lo creí muerto; y tercero, porque había pescado un fuerte resfrío la noche que pasé en el molino abandonado. Pensé que era un hereje noble, sin duda. Pero después de todo era su isla y probablemente, al comienzo, nos había salvado la vida.

Tom Wells, con la cara y los ojos magullados por la pelea, se metió en la cama el día que Robinson regresó y allí permaneció toda la semana. Robinson intentó encargarme que lo cuidara. Me rehusé.

—Podría contagiarle el resfrío.

—Qué graciosa —señaló Jimmie.

Robinson demostró poco interés cuando Jimmie y yo le dimos un relato bastante gráfico de nuestras peripecias. Nuestra historia estaba ilustrada con el ojo morado de Jimmie y por mis manos, que habían quedado cortadas y rasguñadas por el túnel.

—Era previsible —dijo Robinson.

Una vez me dijo:

—Wells se queja de problemas estomacales a causa de la comida enlatada. Es culpa de usted por haberlo privado de aves y conejos. No debería haber guardado las armas bajo llave.

—Atrapamos algunos peces —dije.

—Eso es una dieta insuficiente para un hombre como Wells.

—Jamás se hubiese molestado en salir de caza.

—Podría haberlo hecho Jimmie.

—Jimmie no sabe nada de armas.

Advertí entonces que Robinson se reía para sus adentros.

—Tom Wells estuvo a punto de matarme.

—No habría sido demasiado grave para usted —dijo—. Tendrá que morir algún día.

Sentía que había una falla en su argumento, pero en ese momento, debido al resfrío, no pude pensar una manera de refutarlo con dignidad. En lugar de eso, cambié de táctica.

—Habría sido grave para Wells —dije.

—Sí, habría sido grave para Wells —dijo.

—Y también para mí —dije entonces—, porque aún no estoy lista para morir.

No logramos que Robinson nos contara dónde se había escondido. Cuando Jimmie le contó nuestra larga búsqueda, adoptó el aire de una triunfante maestra de escuela.

Poco a poco, conocimos la historia a través de Miguel, cuyo trato con Robinson pasó a ser más distante y a quien Robinson, con la esperanza de recuperar su confianza, le había contado una versión de su paradero en los últimos días.

Algunas semanas antes de su desaparición, había planeado abandonarnos. Empezó a acumular provisiones en el viejo depósito de los contrabandistas en la cueva llamada El Mercado, acerca de la cual nos había hablado. El último de esos traslados se realizó desde la casa en el momento en que se había echado a perder nuestra comida y él y Jimmie habían hecho paquetes para arrojar en El Horno. Consiguió engañar a Jimmie, lo cual no me sorprendió, y logró llevarse algunos víveres en buen estado sin levantar sospechas.

El Mercado, ubicado entre los abruptos acantilados de la costa oeste del Brazo Sur, era prácticamente inaccesible desde la isla.

—¿Has visto El Mercado alguna vez? —pregunté a Miguel.

—No, naturalmente.

—¿Cómo llegó Robinson allí con todos sus víveres?

—Viajó en el botecito.

Unos días antes de su desaparición, Robinson se había puesto a reparar el bote con la ayuda de Jimmie.

—¿Robinson solía ir a El Mercado en el bote?

—No, naturalmente. Es peligroso pasar entre las rocas en un botecito.

—Creo que quiero que me examinen la cabeza —dijo Jimmie—, porque yo ayudé a Robinson a reparar ese bote.

—Sí —dije—, ¿cómo no pensamos en el bote?

—Solo pensábamos en la sangre —dijo Jimmie.

Fue la sangre lo que me hizo pensar en el pozo de oscuridad que se abría en el carácter de Robinson. Desde luego, en un sentido era sorprendente que hubiera llevado la cabra hasta la montaña y disparado un tiro para que todos lo oyésemos, sin apuntarle. La degolló unos días más tarde en el campo de mostaza, durante la noche del dos de julio, empapó con su sangre todo lo que tenía al alcance de la mano y, luego de arrastrar el cadáver hasta El Horno, esparció las pruebas sanguinolentas a lo largo del camino. Imaginé cómo había untado la sangre de la cabra en nuestra ropa, omitiendo con cuidado la de Tom Wells y la de Miguel. No podía negar el elemento cómico, al tiempo que no podía evitar pensar que había cierta crueldad en ese acto. ¿Qué lo había llevado a desparramar la sangre? ¿Por qué? ¿Qué placer sanguinario había obtenido con ello?

Una vez, en mi presencia, Ian Brodie llamó por teléfono a Curly Lonsdale, confidencialmente, para anunciarle que Julia tenía cáncer de útero. Sabía que Julia no había estado bien, pero era la primera noticia que tenía del cáncer. Me quedé boquiabierta y miré a Agnes. Estaba desparramada en la silla riéndose por lo bajo. Agnes siempre era cómplice de las bromas pesadas de su marido; en ello era tan inconsciente de su motivación como cuando solía regalarle a Ian, para sus cumpleaños y para Navidad, libros con fotografías de “estudios artísticos”, es decir, imágenes de muchachas desnudas, sin molestarse en ocultarlo, porque… ¿acaso no era arte?

—No hay mucho de qué preocuparse —dijo Ian Brodie al teléfono—, solo es cáncer de útero.

“¿Qué es Julia para él? ¿Qué cáncer en el alma revela su broma?”, pensé.

Durante toda aquella semana, Jimmie acosó incansablemente a Robinson con los detalles de lo que había ocurrido durante su ausencia. Robinson solía responder: “Era previsible”. La frase me resultaba

intolerable por su insinuación de que había previsto todas las consecuencias de sus actos hasta el más mínimo detalle y que en cierto modo manejaba los hilos que nos movían.

Hacia el final de la semana, dije a Robinson:

—Creo que Tom Wells es un chantajista profesional.

—Usted está llena de sospechas —dijo.

—¿Qué hay con su intento de chantajearnos a Jimmie y a mí?

—Eso no prueba que sea un profesional.

—Creo que esos documentos que desaparecieron de su maleta tienen que ver con el chantaje.

—A decir verdad, eran fotografías obscenas —dijo Robinson—. Las quemé.

—Tiene todo el aspecto de un criminal —dije.

—Usted está llena de sospechas. Pensó que él me había asesinado y estaba equivocada.

—No tanto. Intentó matarme.

—Era previsible.

Me sacó de quicio.

—¿A qué se refiere con eso de que era previsible? —dije.

Suspiró y en ese momento podría haberle arrojado cualquier cosa.

—Por lo general, la gente actúa de ese modo —dijo—. La naturaleza humana no varía demasiado. Era previsible que un hombre como Wells amoldara la situación para beneficiarse. Era previsible que una mujer como usted, en esa circunstancia, se alejara muy rápidamente de un hombre como Jimmie.

—¡Ese fue el motivo! —dije.

Pareció perturbado.

—¿El motivo de qué?

—Su motivo para montar esta farsa… era para separarnos a Jimmie y a mí. No tendría que haberse molestado tanto, soy bastante capaz de juzgar por mí misma…

—No quiero que piense… quiero decir, uno nunca sabe adónde pueden llevar estas cosas.

—Nunca lo conseguiría sembrando el caos en la isla —dije.

—No quiero que piense que lo único que tenía en mente cuando decidí marcharme era su relación con Jimmie —dijo—. Los motivos rara vez son simples. No encuentro razón alguna para abundar en mis motivos. Usted está enojada, por supuesto. Es previsible.

—Enseñé al niño a rezar el rosario —dije.

—No creí que lo hiciera —dijo.

—Era previsible —dije—. Le fabriqué un rosario muy bonito con las cuentas de ámbar que encontré entre los despojos del accidente.

—Los despojos no le pertenecen —dijo, con impotencia.

—No había nadie que cuidara de ellos, así que tomé lo que necesitaba. Era solo para…

—La religión de Miguel no es asunto suyo —dijo.

—Es cierto —dije—, era asunto suyo. Pero no le cobraré nada.

—¿Lo hizo para vengarse de algún modo? ¿Por qué lo hizo exactamente? ¿Quería tener más poder sobre el niño? ¿Fue para alimentar su instinto de posesión? ¿Alguna necesidad inconsciente? ¿Fue por…?

—No encuentro razón alguna para esforzarme en explicar los motivos —dije—. Nunca son simples. Me alegra decir que le enseñé al niño a rezar el rosario.

—¿Qué más le ha enseñado? ¿Le dijo algo para volverlo en contra de mí? Desde mi regreso, se ha comportado de un modo extraño conmigo.

—Usted está lleno de sospechas —dije.

—Miguel no es el mismo —dijo.

—Si decide desaparecer en medio de una repentina lluvia de sangre, dejándolo con desconocidos, es obvio que el niño tendrá reservas acerca de su regreso. Es previsible.

—Con el tiempo olvidará el rosario —dijo Robinson.

—Quiere ir a una escuela católica —dije.

—Usted ha sido realmente hostil a mis intenciones —dijo Robinson.

—De hecho —dije—, fue Jimmie quien le metió esa idea en la cabeza. —Aquello era cierto. A menudo, mientras entretenía a Miguel con historias de sus días de escuela en un seminario, Jimmie le había aconsejado: “Es mejor ir a una escuela católica. Es más estricta y terrible que cualquier otra y, por ello, da más placer y alegría romper las reglas”.

—Me alegraré —dijo Robinson— cuando vea llegar el barco de granadas.

Hacia el final de la tarde del domingo ocho de agosto, los cosechadores de granadas desembarcaron en la playa. Era extraño ver a tanta gente, oír tantas voces y que todos hablaran al unísono. Estaban

muy intrigados y desconcertados por el monumento, que Robinson no había permitido que Jimmie desmontara.

Había imaginado vagamente que subiríamos a bordo del barco de granadas y partiríamos. En cambio, enviaron mensajes telegráficos y temprano en la mañana siguiente tres aviones volaron en círculo sobre la isla, descendieron en picada y desaparecieron. Luego apareció otro avión. Robinson remontó su cometa desde la llanura de la Pierna Oeste y allí, mientras el avión aterrizaba, Robinson lo recogió, como un pájaro rojo que volviera aleteando fatigosamente al nido.

Robinson entregó a Tom Wells una caja de cartón que después supimos contenía sus amuletos de la suerte.

—Muchas gracias —dijo Wells. Sonreía a diestra y siniestra. Hizo una mueca en dirección a mí—. Lo pasado pisado, espero.

Mi diario, que Miguel había recuperado del túnel y que aún estaba envuelto en el trozo de impermeable de Robinson, era mi único equipaje.

Antes de que partiéramos, Robinson me preguntó si me gustaría llevar a la gata conmigo. Por un momento pensé que era una pregunta irónica, porque Bluebell ya no parecía prestar atención alguna a Robinson. Pero a continuación nos explicó que abandonaría la isla durante algunas semanas con el barco de granadas, para llevar a Miguel a la escuela. No podía dejar a la gata en la isla y ya había uno en el barco. Estaría agradecido si yo aceptaba a Bluebell como regalo, siempre y cuando no me importara esperar el período de cuarentena.

También me dio una fotografía del arroyo que brotaba desde el cactus, que él mismo había tomado en la montaña.

CAPÍTULO XII

Miré lo que Julia llevaba en la mano. Advirtió mi atención; luego, avergonzada por un recuerdo repentino, se lo metió debajo del brazo. Era mi cartera de auténtico cuero de cocodrilo, que había heredado de mi abuela.

—Comprenderás, por supuesto, que hayamos puesto en venta tu casa —dijo Agnes.

El auto de Curly avanzaba bajo el aguacero, transportándonos desde el aeropuerto.

—Hazme caso, no quiere hablar de estas cuestiones ahora —dijo Curly.

Yo estaba sentada en el asiento trasero, entre Brian y Julia. Ella susurró:

—Tuvimos un montón de problemas con tus asuntos. Tuve un montón de problemas con Agnes. Fue una tontería de tu parte morir sin haber hecho testamento. Será mejor que hagas uno en caso de que esto vuelva a ocurrir.

Brian se dobló en dos.

—¿Cuál es el chiste allí atrás? —dijo Curly.

—Julia quiere que haga un testamento —dije.

—Deberías hacerlo —dijo Agnes.

—Por el amor de Dios —dijo Curly—, ¿no pueden hablar de algo más alegre? Esta es una ocasión especial, muy especial.

Tom Wells vendió la historia en exclusiva a un periódico que la publicó una semana después; poco importa si las que reprodujeron eran sus propias palabras.

> ¿Cómo es ser un náufrago en una isla? ¿Cómo es estar cara a cara ante la inmensidad? … ¿Cómo es soportar la tortura de la

soledad, sabiendo que nuestros seres queridos ya no tienen esperanzas?

Un hombre de familia

Le aseguro que era duro mantenerse con vida. *Era una lucha constante con la naturaleza y con la muerte*… Solo pensaba en mi esposa… January era la única mujer entre nosotros, que éramos tres hombres, y naturalmente podría haber habido situaciones incómodas. Soy un hombre de familia. Pero me propuse desde el comienzo que *se respetaran las más estrictas normas del decoro*. Las noches eran tan tan solitarias…

Verdadera camaradería

Aquellos tres meses fueron duros, penosos, desafiantes, pero no los cambiaría por nada del mundo. *Nunca supe lo que era la verdadera camaradería hasta que viví en aquella isla*. Cada uno aportaba su granito de arena…

Aquel amuleto de la suerte

Resulta que llevaba conmigo un amuleto de la suerte; no era más que un pequeño objeto de metal, con un antiguo diseño druídico. Tengo la firme convicción de que *se lo debo todo a ese amuleto de la suerte*…

Nunca tuvimos un momento de discordia…

Por supuesto, fue una prueba para los nervios de January, pero ella es fuerte como una roca…

Ojalá lo fuese, pensé, para arrojarme contra su gorda cabeza.

Me alojé con Julia y Curly hasta que se solucionara el asunto de mi casa. Me pregunté cómo pude llegar a pensar que Tom Wells tenía algún parecido con Curly. Y la similitud de caras me parecía ahora superficial: en la de Curly había una manifestación de su ávida apertura al mundo, con la cual podía ser difícil convivir todo el tiempo, pero era diferente de la expresión boquiabierta de Tom Wells, tan parecida a la de un perro baboso, con la lengua afuera.

—Supongo que querrás dormir hasta tarde en las mañanas —sugirió Julia con voz triste.

—Naturalmente, naturalmente —dijo Curly—. Después de todo lo que ha vivido, tiene que tomarse las cosas con calma.

Y cada mañana cuando subía pesadamente la escalera con mi desayuno en una bandeja y cuando oía su voz en la puerta de calle, ahuyentando a los periodistas con frases cortantes e impublicables, me parecía el más amable de mis parientes.

—Ay, nunca tengo suerte con las damas inglesas —había dicho Jimmie mientras esperábamos para abordar nuestros respectivos aviones en un hotel de Lisboa—. En la época en que terminaron las hostilidades, me enamoré en Francia de una dama inglesa que conducía el automóvil de un coronel. Esa dama tiene sangre noble y me había declarado: "No tengo edad suficiente para casarme sin el permiso de mi padre, pero tengo licencia para ir a mi casa y le hablaré a él de ti. Quizá él quiera conocerte y, quién dice, hasta permita que nos casemos". "¿Y qué hay de tu madre?", pregunté a esa dama. "Mi madre se casó con otro; el único que cuenta es mi padre", me respondió. Ay, luego esta dama partió rumbo a Inglaterra y me escribió una carta de lo más apesadumbrada porque su anciano y arruinado padre planeaba casar a su hija con un gran lord o quizá con un norteamericano. Y luego, diablos, recibí una visita. Era el hermano de mi amada, un capitán del ejército inglés. "Tenga, son quinientas libras", me dijo, "para que deje en paz a la muchacha de una vez".

Jimmie se reclinó en la silla y tomó con desgano un trago de brandy con soda.

—Nunca tengo suerte con las muchachas inglesas. Es mi destino —concluyó.

—¿Qué ocurrió con esa muchacha? ¿Volvió a verla?

—Jamás. Desde aquel día dejé de escribirle cartas a esa dama.

—¿Rechazó las quinientas libras?

—No, no, por el contrario, arreglé por seiscientas cincuenta. Necesitaba ese dinero para pagar los gastos que tenía en ese entonces.

—Muchos hombres habrían tomado el dinero y la muchacha —dije con admiración.

—Habría sido ir demasiado lejos —dijo Jimmie—. Soy un hombre de honor, tal vez por eso no tengo suerte con las damas inglesas.

—Me inclinaría a pensar que estabas en tu elemento con tres hombres bailándote alrededor y sin ninguna otra mujer a la vista —dijo Ian Brodie.

—Fue muy agradable —dije.

—Eran buenos tipos, ¿no?

—Encantadores.

—Este tal Robinson tiene que ser un sujeto extraño para vivir solo en una isla. No me causa buena impresión.

—Era muy agradable —dije.

—¿De veras?

—Sí, encantador.

—Había un muchachito. Supongo que era adoptado.

—Sí, encantador.

—Debió de haber sido difícil, vivir así, todos juntos.

—Fue muy agradable —dije—; encantador.

—Bueno, es bastante incómodo para mí, ¿sabes? —dijo—, responder cuando la gente me pregunta qué ocurrió.

—¿No leen los diarios?

—Siempre hay mucho más detrás de estas cosas… la gente quiere saber lo que realmente ocurrió.

—Oh, diles que todo fue realmente muy agradable y encantador.

—Lo que no entiendo es por qué Brian prefirió quedarse con los Lonsdale…

Poco a poco fui recuperando la mayor parte de mis posesiones. A veces me preguntaba qué había sucedido con mis seis pares de medias de nailon. Agnes me devolvió dos pares de guantes. Ian Brodie ya había vendido algunos de mis libros.

Bluebell, con sus ojos verdes, salió de la cuarentena al cabo de seis meses. Luego de las dos primeras lecciones, recordó el ping-pong. Para entonces ya estaba más asentada en Chelsea.

Un día, mientras me contaba cómo se había enterado de la noticia del accidente de avión y cómo nos dieron por muertos luego de una semana, Brian señaló con un alarmante aire de sofisticación:

—Para los jóvenes, que no tienen experiencia de vida, es difícil aceptar la muerte.

En el otoño de 1955, leí, bajo el título “Hombre de la isla en prisión”, el caso de Tom Wells, que había sido llevado a juicio en los tribunales del Old Bailey. Lo describían como director de Luck Unlimited Ltd., una compañía dedicada a la venta al por mayor de amuletos y medallas de la suerte, y como propietario de la revista

mensual *Su Futuro*. Acusado de chantajear con cartas a una pareja cuyo nombre no publicaron, se declaró culpable y solicitó que se reconsideraran los otros veintitrés cargos que se le imputaban. Además de otros dos, pensé.

Su abogado defensor recordó que el señor Wells había sufrido una grave tensión nerviosa luego del accidente de avión que le había provocado heridas graves y que luego quedó exiliado en una isla desierta donde, durante tres meses, tuvo que soportar dolor, hambre y sed. Los negocios del señor Wells habían sufrido un profundo perjuicio durante su ausencia y a su regreso había tenido, además, problemas domésticos. A lo largo de los últimos veinte años y durante su trabajo como editor de *Su Futuro* —labor que incluía una profusa correspondencia de naturaleza íntima—, el señor Wells había dado valiosos consejos y brindado consuelo a miles de personas. Teniendo presentes esos factores, esperaba que el juez fuese indulgente con el señor Wells, que había cedido a una de las muchas tentaciones que un trabajo como el suyo presentaba.

El fiscal dijo que era uno de los casos más repugnantes que se habían juzgado en ese tribunal. "Repugnante… en todos los sentidos". Durante un período de diez años —es decir, que se remontaba a mucho antes de que se salvara del accidente aéreo—, el acusado había extorsionado a hombres y mujeres que, con toda inocencia, habían confiado sus secretos mejor guardados, las angustias más profundas que había en sus almas, a Wells. Actuando bajo el nombre de Dr. Benignus, Wells había incitado tales confidencias a través de las páginas de su revista. La corte coincidirá en que "benigno" era la última palabra que podría adjudicársele…

Le dieron siete años. Dos de sus cómplices, una secretaria acusada de encubrimiento y colaboración, y un hombre, presumiblemente contratado por Wells, acusado por violación de domicilio con intento de intimidación, recibieron una condena de tres y cinco años respectivamente.

Supongo que solo a Miguel lo apenaría la noticia.

La primavera siguiente supe, por una breve noticia en el diario de la tarde, que la isla estaba hundiéndose.

> "Robinson", la diminuta isla del Atlántico con forma humana, propiedad de un ermitaño, el señor M.M. Robinson, está hundiéndose, según la opinión de los expertos.
>
> Se estima que dentro de tres años, la parte más alta de la

> montaña de mil metros desaparecerá en el mar. El nivel del mar ya se ha elevado más de seis metros y una franja de la playa blanca de la costa sur, que era el orgullo de la isla, está cubierta de agua. Esta circunstancia es el resultado de la acción volcánica.
>
> El señor Robinson ya ha hecho planes para la evacuación.
>
> Cabe recordar que un avión que viajaba rumbo a las Azores se estrelló en "Robinson" en mayo de 1954 y los sobrevivientes…

En cierto sentido, ya había empezado a pensar en la isla como un lugar imaginario. Abrí una vez más el cuaderno azul envuelto en el cuadrado de tela que había cortado del impermeable de Robinson; todavía olía tanto a azufre que por un momento sentí que gateaba de nuevo por la cueva con el paquete entre los dientes.

De hecho, ahora es una isla apócrifa. Hundir en las aguas de la memoria el miedo y la exasperación que sentimos puede ser una treta de nuestra mente, pero también puede ser una verdad de la mente.

De tanto en tanto, desde que leí aquella noticia, imagino a Robinson trasladando cansinamente sus posesiones a bordo de un barco con destino a algún otro lugar aislado. He pensado con codicia en sus libros. Y también en Miguel, y me pregunto si en su escuela de Lisboa lo consideran retrasado.

Y quizá sea porque está desapareciendo por lo que ahora pienso tanto en la isla. Aunque el diario me recuerde los hechos sobre los cuales escribí, aparecen transformados; indudablemente el cambio es rotundo y la isla me parece ahora un escenario de la infancia, peligroso y lírico a la vez. Conservo impresiones de la isla de las cuales no he hablado y de las que no podría hablar aunque tuviese cien lenguas: el campo de mostaza mirándome con sus ojos amarillos, el lago azul y verde reflejándome como una dura turquesa, la sangre de la cabra observándome roja, culpable, enrojeciéndolo todo. Y a veces, mientras camino por King's Road o bebo un sorbo de mi *espresso* a la mañana —sintiéndome no exactamente vieja, sino adulta y anticuada—, y por casualidad vuelvo a recordar la isla, de pronto todo parece posible.

MURIEL SPARK nació en Edimburgo en 1918. Poeta y novelista, escribió libros para niños, obras para radio, una comedia, *Doctors of Philosophy*, estrenada en 1962 en Londres y publicada en 1963, y biografías de figuras literarias del siglo XIX, Mary Shelley y Emily Brontë, entre ellas. Es más conocida por sus relatos y novelas, que incluyen *Memento mori, La intromisión, Muy lejos de Kensington, Los encubridores* y muchas otras. Por su larga carrera de logros literarios ha sido internacionalmente aclamada y ha merecido numerosos premios, incluidos el T.S. Eliot, el David Cohen, el Observer para cuento corto y el Boccaccio, de repercusión europea. En 1993 recibió el título de Dama al Servicio del Imperio Británico. Murió en 2006.